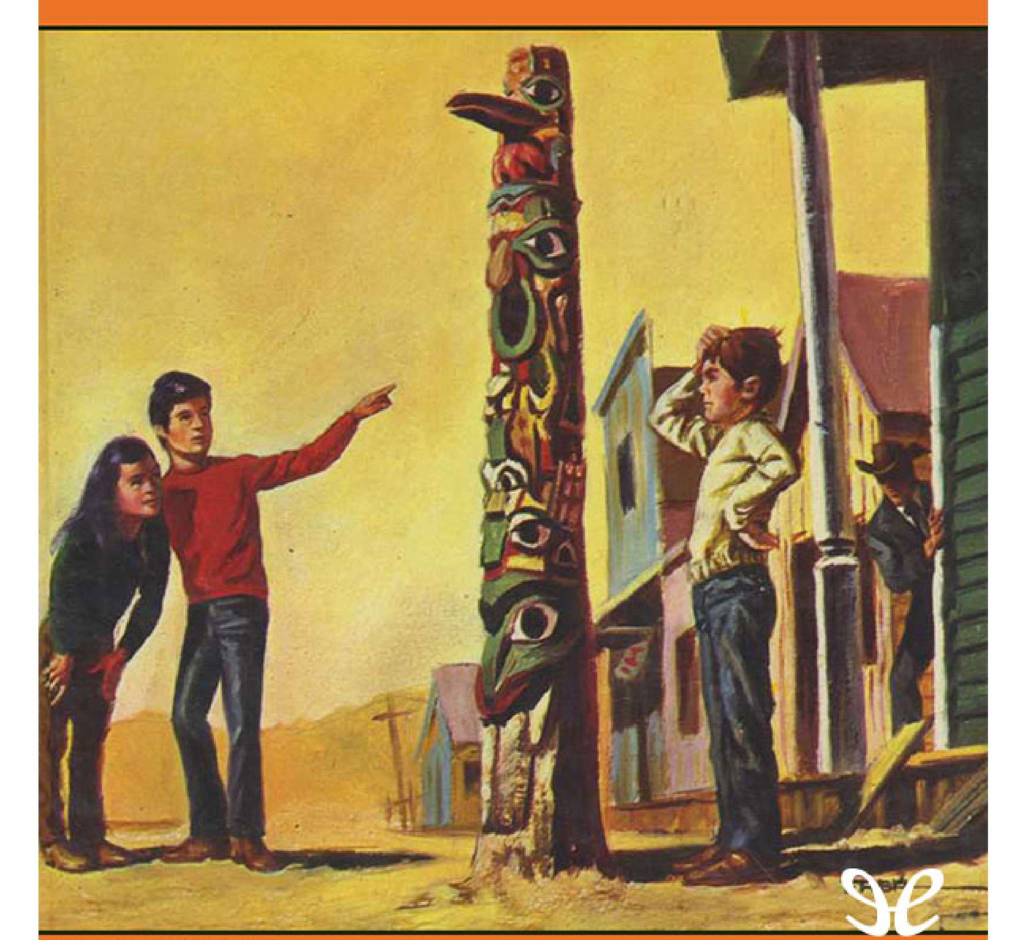
Los Hollister

Y EL ÍDOLO MISTERIOSO

5



JERRY WEST

Cuando Russ, el tío de los Hollister, llega de California y anuncia que planea la búsqueda de un templo perdido en lo más profundo de la selva de Yucantán, la familia Hollister se zambulle en una nueva serie de aventuras. Tío Russ, dibujante publicitario y caricaturista, ha conseguido un mapa que muestra la localización del templo y pretende usar el viaje como una oportunidad de reunir material para su tira cómica. Pero otras personas también están intentando encontrar el templo. En el vuelo de Russ hasta Shorehan una serpiente se pierde y en la confusión su maletín, que contiene el mapa del templo, es robado. Los Hollister deciden reunirse con tía Marge y sus primos, Teddy y Jean, en Mexico y en cuento llegan ellos también se ven envueltos en una serie de misterios cada vez más profundos. Entre ellos, los Hollister organizan la búsqueda del templo del ídolo risueño y durante la misma deben deshacerse de una banda de ladrones que han estado saqueando templos mejicanos y monumentos. Un fascinante misterio con un interesante y colorido trasfondo mejicano, en una historia que será bienvenida por todos los seguidores de los Hollister.





Jerry West

Los Hollister y el ídolo misterioso

Los Hollister - 5

ePub r1.1
nalasss 14.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Mystery of the Totem Faces*
Jerry West, 1958
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño portada: Salvador Fabá

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



BOLAS DE BARRO



—¡Mirad! ¡Venid en seguida! —gritó Sue Hollister, dirigiéndose a sus hermanos y hermanas mayores—. ¡Están tirando barro a las caras de madera!

Sue, la nenita de cuatro años y cabellos rubios, pedaleó furiosamente por el camino de su casa.

Al oír sus gritos, por la esquina de la gran casa blanca aparecieron dos muchachos. Pete, el mayor, preguntó en seguida:

—¿Qué pasa, Sue?

Pete era un guapo muchachito de doce años, con oscuro cabello, muy corto, y ojos de dulce expresión.

—Joey y Will están tirando barro y manchando todas las caras. ¡Haz algo para que no sigan! —gritó Sue.

El otro niño, que se llamaba Ricky y tenía ocho años, el cabello despeinado y pelirrojo y la cara llena de pecas, no se sintió muy seguro de que la pequeñita no quisiera gastarles una broma.

—Es verdad. Verdad del todo —afirmó Sue, mientras hacía girar su triciclo y volvía a pedalear rápidamente—. Venid a verlo.

—¿Y dónde están haciendo eso? —preguntó Pete, desconcertado, echando a correr con Ricky.

—En el prado del señor Tompkin.

Dentro de la casa, dos niñas habían oído el alboroto y salían a toda prisa para averiguar qué pasaba. La más alta, Pam Hollister, de cara muy dulce, tenía el cabello castaño oscuro. Ella y su hermana Holly, de seis años, bajaron corriendo las escaleras. Holly llevaba el cabello rubio recogido en trencitas y su sonrisa pícamela la delataba como la más traviesa de la familia.

—¡Esperadnos! —pidió a gritos Pam.

Los cinco hermanos, que justamente entonces habían acabado de cenar, corrieron calle abajo, y dieron la vuelta a la esquina, precedidos por Sue, que indicaba el camino.

Y de repente, todos contemplaron algo muy extraño. En el centro del extenso prado del señor Tompkin había un grueso tronco de dos metros de altura. Pero lo asombroso era que en el tronco había esculpidas unas cómicas caras de animales; la de encima era la cabeza de un oso. Y todas ellas, pintadas de alegres colores rojo, verde, azul y amarillo, estaban ahora embadurnadas de barro.

—¡No dejéis que sigan haciendo eso! ¡Qué malos son! —exclamó Sue, señalando el prado.

En el bordillo del prado y junto a una caja casi llena de bolas de barro, había dos muchachos de la edad de Pete. Eran Joey Brill y Will Willson. Los dos miraban, desafiantes, hacia la puerta de la casa, donde un hombre de cabellos grises agitaba los brazos enfurecido.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritaba el hombre a quien los Hollister veían por primera vez—. ¡Dejad en paz mi tótem!

Joey se puso bizco al sonreír, mientras cogía otra bola y echaba el brazo hacia atrás. ¡Plash! La bola se aplastó sobre la cabeza del oso.

—¡Has alcanzado a Ojo de Buey! —gritó Will, entre enormes risotadas.

Apretando los puños, Pete llegó corriendo junto a Joey.

—Ese hombre os ha dicho que os marchéis. ¿Por qué no os vais de una vez?

Joey miró a Pete con rabia, y masculló:

—¿Tú otra vez? ¡No te metas en esto!

Más de una vez, Joey y Will Willson se habían puesto de acuerdo para molestar a los Hollister y a otras personas de la

vecindad.

—¡Eso es! —concordó Will, siempre dando la razón a su amigo —. No queremos este tótem en Shoreham. Es un ídolo indio y nos traerá mala suerte.

—Nada de eso —gritó el hombre de la puerta—. Los tótems no son ídolos; además, éste lo he esculpido yo mismo. Ahora ¡largaos y dejad de molestarme!

En lugar de obedecer, Joey cogió otra bola de barro y dijo con rabia:

—¡A que no se atreve a obligarme!

Pete, indignado por la falta de educación de Joey, retrocedió unos pasos y, muy serio, dijo:

—Si tiras esa bola, luego lo lamentarás.

—¿Crees que te tengo miedo?

—Tírala —animó Will a su amigo—. Dale a Pete con ella.

Joey echó el brazo hacia atrás y arrojó la bola. Como Pete se apartó a tiempo, el barro no le alcanzó a él, pero en cambio fue a aplastarse en el hombro de Pam.

—¿Qué has hecho? —gritó la niña, viendo correr el barro por su vestido—. ¡Eres muy malo, Joey!

Pete ya no pudo aguantar más y se lanzó hacia Joey. Pero éste, a toda prisa, dio media vuelta y echó a correr. Will le imitó y salió huyendo de Pete, que les seguía a muy poca distancia.

—¡Atrápales! ¡Atrápales! —chilló Ricky.

Y también el pecosillo echó a correr, aunque se detuvo el tiempo necesario para recoger una de las bolas de barro, al pasar rápidamente junto a la caja.

La indignación hacía a Pete correr con más rapidez que los dos camorristas. A los pocos momentos alcanzaba a Joey y haciéndole una llave le obligó a desplomarse en una franja de césped.

Inclinándose sobre Joey, Pete le sostuvo, con ambas manos, fuertemente, los hombros contra el suelo y se sentó sobre el pecho del chico.

—¡Di que estás arrepentido de lo que has hecho! —ordenó a Joey.

Ricky ya había llegado junto a ellos y se divertía enormemente viendo lo ocurrido.

—¿Qué te parecería si te pintase con esto? —preguntó con una risilla, sosteniendo la bola de barro sobre la cabeza de Joey.

—¡No! ¡No dejes que me la tire! —suplicó Joey a Pete, mientras luchaba por soltarse de las manos que le aprisionaban.

Con ello, Pete perdió el equilibrio y se vio lanzado hacia arriba. Su cabeza tropezó en el brazo de Ricky y la bola de barro… cayó en plena cara de Joey.

El camorrista empezó a sacudirse y escupir barro, hecho una fiera.



—¡Me vengaré de esto! —masculló, cuando Pete le dejó levantarse—. Cogeré este tótem y…

Y entre un sinfín de amenazas, Joey y Will escaparon de allí. Pete y Ricky volvieron riendo al prado del señor Tompkins. El anciano estaba ayudando a Pam a limpiarse el vestido con un paño húmedo.

—Éstos son mis hermanos, Pete y Ricky —dijo Pam, presentándoles—. Éste es el señor Roebuck.

Cuando los dos chicos le estrecharon las manos, el señor Roebuck dijo amablemente:

—Podéis llamarme Viejo Ben. Ése es el nombre que me da todo el mundo.

Luego, dio las gracias a los hermanos Hollister por haber librado el tótem de más ataques con las bolas de barro.

—Nos alegra conocerle, señor —dijo Pete, cortésmente—. Mi hermano también ha manchado de barro a Joey… Ha sido un

accidente.

—Se lo tiene merecido —aseguró Holly, arrugando la nariz.

Los labios del señor Roebuck se abrieron en una alegre sonrisa y sus ojos grises despidieron chispitas de complacencia.

—Sois muy simpáticos todos. Bueno. Supongo que os estaréis preguntando qué he venido a hacer aquí con este tótem.

A continuación, explicó a los niños que la señora Tompkin era su sobrina.

—Acabo de llegar a Shoreham para quedarme a vivir con ella y su marido. Ellos están ahora de vacaciones y yo he colocado aquí el tótem para darles una sorpresa.

—¿Ha llegado usted de la tierra de los indios? —preguntó Sue, todavía montada en el triciclo.

—Es casi lo mismo que si viniera de allí, porque he vivido durante cincuenta años en Alaska. Soy uno de los viejos de la levadura.

—¿Qué cosa dice que es dura? —indagó Holly, extrañada.

El señor Roebuck se echó a reír y explicó que «levadura» era el nombre que se daba en América a los exploradores y mineros de oro que marchaban al norte del Canadá y Alaska en busca de fortuna.

—Y nos llamaban así porque solíamos comer galletas y pan preparado con levadura.

Los viejos aventureros se llevaban siempre un poco de levadura para añadirla a la masa de pan, antes de cocerla.



—Tal vez a vosotros no os parezca una gran cosa, pero, cuando se tiene mucho apetito, eso resulta un manjar.

Ya se estaba haciendo de noche en todo Shoreham y Pam opinó que ella y sus hermanos debían volver ya a casa. Pero Ricky insistió en que se quedaran otro momento para seguir haciendo otras interesantes preguntas sobre la extraña escultura.

—La hice como entretenimiento —repuso el señor Roebuck—. Y la coloqué a la entrada de mi casita, en Jueneau. Ahora me lo he traído aquí para que me recuerde mis felices tiempos en Alaska.

—¿Y cómo es Alaska? —se interesó Holly—. ¿Es divertido vivir allí?

El señor Roebuck declaró que Alaska, aunque en su mayor parte era misteriosa y desierta, resultaba una tierra muy hermosa.

—Está llena de terribles osos pardos. Si alguna vez vais allí, no os adentréis demasiado en los bosques, porque podríais encontraros con alguno de dichos osos.

Pete se interesó por el significado de un tótem y el «hombre de la levadura» le repuso que era como un blasón o un escudo de armas.

—Los indios lo interpretan contemplándolo de arriba abajo y así se enteran de muchas cosas sobre una familia o jefe de alguna tribu.

Mientras Pete ayudaba al señor Roebuck a limpiar de barro el tótem, el explorador dijo a los niños que el oso de la parte superior representaba a cierta tribu india.

—Me adoptaron a mí como miembro honorario. El jefe me estaba agradecido porque rescaté a su sobrino de las zarpas de un oso.

Inmediatamente debajo del oso, se veía un salmón y bajo el pez se veía la figura de un hombre, sentado sobre un búho y sosteniendo una pala en las manos.

—Éste es mi viejo amigo Emmet Gallagher —hizo saber Ben Roebuck a los Hollister—. Le situé sobre el viejo búho sabio porque creo que Emmet es uno de los hombres más inteligentes de Alaska.

—¡Qué interesante! —se entusiasmó Pam.

—Cuéntanos cosas de los tótems —pidió Holly.

—Pues una de las cosas que puedo deciros es que uno de los más misteriosos tótems del mundo está extraviado en alguna parte de Alaska. El que llegue a encontrarlo será muy afortunado.

Los Hollister estaban deseando saber muchas más cosas, pero estaba ya muy oscuro y el viejecito se encontraba cansado. Por eso propuso:

—Volved en otra ocasión y os contaré más detalles sobre el misterio.

Los niños se despidieron y regresaron hacia su casa, situada a orillas del Lago de los Pinos.

Cinco minutos más tarde entraban en la salita de su hogar, hablando todos a un tiempo del señor Roebuck.

Los padres les escucharon con interés. El señor Hollister era un

hombre alto, atlético y simpático. Era el dueño del «Centro Comercial» de Shoreham, una tienda con sección de ferretería, juguetes y artículos de deporte. Su mujer era guapa, delgada, de cabellos castaños.

—Por lo visto habéis encontrado un nuevo amigo muy interesante —opinó con gran entusiasmo la madre.

—Y el misterio del tótem parece cosa de fantasmas —rió el señor Hollister.

—A lo mejor mañana nos cuenta más cosas —dijo Ricky, esperanzado—. Como no tenemos que ir a la escuela en todo el verano, podríamos visitarle por la mañana.

Al día siguiente, toda la familia se levantó temprano y acababan de desayunar cuando sonó el teléfono.

Pam corrió al vestíbulo para contestar.

—¡No! ¡No es posible! —exclamaba un momento después—. ¡Sí! Iremos en seguida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pete, mientras todos los demás se acercaban a rodear a Pam.

—¡Una cosa terrible! —respondió Pam—. El tótem del viejo Ben… ¡ha desaparecido!

EXPLORACIÓN EN LA ISLA



Pam corrió a contar a su madre la desgracia acontecida al Viejo Ben.

—¡Qué lástima! —dijo la señora Hollister, pensando con simpatía en el viejecito, que sin duda se habría llevado un gran disgusto.

—Yo creo que lo ha hecho Joey para vengarse —afirmó Ricky, encarnado de rabia.

Pero la madre dijo:

—No lleguemos a conclusiones precipitadas.

—Pero ¡tenemos que ayudar al Viejo Ben! —exclamó Pete.

—Naturalmente —concordó la señora Hollister, que luego dio permiso para que fueran a ver al anciano, todos, menos Sue—. La nena se quedará conmigo.

—Que encontréis la cara de oso. ¡Es tan bonita…! —exclamó la chiquitina, cuando sus hermanos salieron precipitadamente hacia la casa del señor Tompkin.

Por el camino encontraron a Dave Meade, un guapo muchachito moreno, de la edad de Pete, que jugaba a menudo con los Hollister.

—¿Por qué vais tan de prisa? —quiso saber Dave, que detuvo su bicicleta en el bordillo.

—¡Ha desaparecido el tótem!

Y mientras Dave pedaleaba junto a él, Pete le explicó todos lo

relativo a la extraña escultura de madera.

—Yo os ayudaré a buscarlo —se ofreció Dave amablemente.

—Estupendo. Puedes sernos muy útil.

Al llegar a la casa de los Tompkin, los Hollister encontraron al señor Roebuck en el prado, donde miraba tristemente al agujero en que había estado clavado el tótem.

—Los sentimos, mucho, Viejo Ben —dijo cariñosamente Pam—. Y hemos venido a ayudarle.

—Gracias, gracias. No comprendo por qué ha querido nadie gastarme una broma así…

Pete le presentó a Dave y luego explicó:

—Nosotros pensamos que podrían ser aquellos dos chicos que anoche estaban tirando las bolas de barro.

El Viejo Ben suspiró:

—Tardé casi tres meses en esculpir esas figuras. Me alegrará mucho que podáis encontrar mi tótem.

Pam le preguntó si ya había telefoneado a la policía y el señor Roebuck repuso que no, añadiendo:

—Seguramente no se trata más que de una travesura y no quiero poner en aprietos a esos chicuelos.

Pam sintió una gran ternura por aquel viejecito tan bondadoso. Ella también procuraba siempre ser buena con los demás, y le gustaba resolver los misterios como aquél, sin perjudicar a nadie.

Dave dijo, entonces:

—Señor Roebuck, nadie podrá encontrar su tótem mejor que los Hollister. Son grandes detectives —afirmó, admirativo.

Al saber aquello, los ojos del anciano brillaron de alegría.

—Nos pondremos al trabajo ahora mismo —resolvió Ricky.

Entonces, el viejo explorador volvió a meterse en su casa, después de dar las gracias a los niños.

Dave y los Hollister se pusieron inmediatamente a hacer planes. Pete y Pam irían a la casa de Joey Brill y le harían unas preguntas, mientras Dave, Holly y Ricky iban a hacer lo mismo a casa de Will. Media hora más tarde se reunirían todos en el patio de los Hollister para contarse lo que cada grupo hubiera averiguado.

Pete y Pam echaron a correr calle abajo, dieron la vuelta en la primera esquina y a los pocos minutos llegaban a casa de Joey. Pete

subió los escalones del porche y llamó al timbre. Cuando salió a abrir la señora Brill, el muchacho preguntó:

—¿Está Joey en casa?

La señora respondió que no. Joey se había levantado temprano, se preparó el desayuno y salió antes de que sus padres se hubieran levantado.

—Puede que haya ido a pescar —opinó la señora Brill que, después de decir adiós a Pete, cerró la puerta.

En voz baja, Pete comentó con su hermana:

—Suponiendo que haya ido a pescar, lo habrá hecho en compañía del tótem… Seguro que sí…

—¿Y a dónde crees que se lo habrá llevado? —preguntó Pam a Pete, mientras juntos caminaban por la acera lindante con el prado de Joey.



En aquel momento Pete señaló al suelo, exclamando:

—¡Mira, Pam! ¿Qué crees que es eso?

En el césped se veía una larga estría.

—Parece que han arrastrado algo pesado por ahí —opinó la niña.

—Algo tan pesado como un tótem, seguramente. Joey lo trajo hasta aquí y luego alguien le ayudó a llevárselo a otra parte.

—¿Qué será lo que han averiguado Ricky, Holly y Dave? —murmuró Pam, al tiempo que ella y su hermano emprendían la carrera hacia su casa.

A los pocos minutos se encontraron con los otros niños, que corrían hacia ellos, haciéndoles señas con las manos.

—Joey y Will se han marchado juntos —notificó Dave.

Haciendo preguntas en la casa de Will Willson, los tres niños se habían enterado de que los dos camorristas habían salido juntos en la barca motora de Will.

Pete hizo chasquear los dedos, y exclamó:

—¡Ya sé! Seguro que se llevan el tótem al Lago de los Pinos.

—¡Dios mío! —murmuró Pam—. ¿Y si se les ocurre echarlo al agua? Nunca lo encontraremos.

—¿Y por qué no vamos a perseguirles antes de que se hayan alejado demasiado? —propuso Ricky.

—De acuerdo —dijo Pete—. Podemos llevar dos barcas.

Dave ofreció en seguida:

—Sí. La vuestra y la mía. Me reuniré con vosotros en el embarcadero, Pete.

Se acordó que Pete y Ricky navegarían en la motora de los Hollister, y que Pam y Holly irían con Dave. Pete habló con su madre para contarle a dónde iban.

—Buena suerte —dijo la señora Hollister—. Espero que encontréis el tótem, pero, sobre todo, no os metáis en conflictos.

Pete prometió que todos serían muy prudentes. Él y Ricky recorrieron el camino del jardín y cruzaron el patio trasero hasta llegar a orillas del Lago de los Pinos. La motora de fuera borda de los Hollister estaba atada en el amarradero. Ricky saltó el primero a la barca y, luego, lo hizo Pete, que puso el motor en marcha y se colocó en el timón. La embarcación se internó en el bonito Lago de los Pinos.

El embarcadero de Dave Meade estaba muy cerca del de los Hollister y Pete pudo saludar alegremente a su amigo. Minutos más tarde, las dos motoras navegaban lado a lado, levantando montículos de espuma verdosa. A lo lejos se podía ver la isla de la Zarzamora, a donde con frecuencia iban los niños a merendar.

Había resuelto que Pete y Ricky buscarían a Joey y Will por la parte sur del lago, mientras que Dave, Pam y Holly se encargarían de la búsqueda por el extremo opuesto.

—Nos encontraremos en la orilla de la isla Zarzamora —había añadido Pete.

Él y Dave aceleraron la marcha de las embarcaciones, llevando a cada una en opuesta dirección. Durante los siguientes cuarenta

minutos recorrieron todos los recodos y ensenadas en donde Joey y Will pudieran haberse escondido. Dos veces recorrieron el lago, de un extremo a otro, buscando sin cesar, con la mirada, los brillantes colores del desaparecido tótem. Pero ni la motora de Will, ni la atractiva escultura aparecieron por parte alguna.

—No comprendo cómo no damos con ellos —dijo Pete a Ricky.

Y los dos hermanos se pusieron la mano en la frente, para dar sombra a sus ojos y poder contemplar mejor las resplandecientes aguas del lago.

—Se habrán metido en algún escondite —opinó el pecosillo.

Pete asintió, mientras hacía girar el timón y conducía la barca hacia el lugar en que debían encontrarse con los demás niños.

—¡Da más velocidad, Pete! —gritó el más pequeño.

De pie en la popa, Ricky contemplaba con ojos brillantes cómo la barca se abría paso rápidamente, igual que si cortase el agua con un cuchillo, y levantando a uno y otro lado una gran rociada espumosa. La brisa azotaba los cabellos del pelirrojo, que aparecía más despeinado que nunca, mientras sus ojos miraban atentamente hacia el fondo del lago.

De repente, gritó a su hermano:

—¡Timón a babor, Pete!

Pero el motor hacía ahora tanto ruido que Pete no pudo entender con claridad la orden de su hermano.

¡Plof! La embarcación sufrió un encontronazo con un objeto sumergido. Pete redujo la marcha del motor.

—¿Con qué hemos chocado, Ricky?

—¡Parece un tronco! ¡Puede que sea el tótem!

Pete hizo dar media vuelta a la motora, para llevarla hacia el madero que flotaba bajo el agua y, al mismo tiempo, se asomó para ver si la quilla dé aluminio había sufrido algún desperfecto. Sólo vio una ligera abolladura, pero, afortunadamente, ninguna grieta por donde pudiera filtrarse el agua.



—Ha sido un choque con suerte —rió Ricky, tranquilizado y como ya estaban cerca del madero, se inclinó sobre la borda, para inspeccionarlo—. Sólo es un poste de teléfonos, Pete —anunció con desencanto—. ¡Qué lástima que no haya sido el tótem!

—De todos modos, debemos remolcarlo hasta la orilla para que nadie más vuelva a chocar con ello.

—Muy bien. ¡Mira! Allí vienen los otros.

La embarcación de Dave corría hacia ellos a toda velocidad. Cuando estuvieron más cerca, Pete preguntó a gritos, para hacerse oír:

—¿Habéis visto a Joey y a Will?

—Creemos que están en la Isla Zarzamora —repuso Dave—. Pam ha visto humo, que parecía de una hoguera.

—Si se han escondido allí, les encontraremos muy pronto —dijo Pete, con entusiasmo.

Después de contar a los demás el encontronazo que habían sufrido con el poste, Ricky lo levantó, sosteniéndolo sobre la borda, mientras se aproximaban a la orilla. Cuando estuvieron cerca, Ricky soltó el poste y lo dejó a la deriva para que fuese a detenerse sobre la arena.

Ahora, la motora de Dave iba delante. Pete conducía la suya, detrás, siguiendo la orilla del lago. A los pocos instantes, Pam señalaba hacia una columna de humo que se levantaba entre los árboles.

Los dos timoneles redujeron la potencia de los motores y, mientras se aproximaban al lugar de donde procedía el humo,

calcularon que la hoguera estaría encendida en una zona de arboleda, algo distante de la orilla. Pam indicó a Dave que hiciese pasar la motora entre un grupo de eneas.

—¡Allí está la barca de Will! —anunció Holly, en un susurro.

Pete y Dave silenciaron totalmente los motores. Luego, después de quitarse los zapatos y los calcetines, saltaron al agua y empujaron sus respectivas barcas hasta dejarlas, una junto a otra, en la pedregosa orilla. Los demás saltaron a tierra.

Cuando los dos mayores se hubieron calzado de nuevo, se inició la búsqueda en la isla. Los cinco niños avanzaban agazapados y silenciosos hacia el lugar en que se encontraba la hoguera.

—¡Chist! ¡No hagas ruidos, Ricky! —aconsejó en voz muy baja Pete, cuando su hermano pisó una rama seca, que produjo un gran chasquido.

Ricky bajó repetidamente la cabeza, dándole a entender que procuraría tener más cuidado; y de pronto, con los ojos relucientes, susurró:

—¡Pete, mira!

AVISPAS ENOJADAS



Pete se echó inmediatamente al suelo. La advertencia de Ricky había llegado un momento antes de que el pedrusco que cruzó el aire por encima de la cabeza de Pete fuese a caer al agua.

—¡La ha tirado Will Willson! ¡Yo lo he visto! —gritó Ricky.

Y señaló hacia los matorrales en los que se advertía movimiento. Todos pudieron ver un momento la cabeza de Will, mientras el chico corría entre los árboles, hacia la fogata.

Pete y Dave echaron a correr, instantáneamente, tras el chico.

—¡Tened cuidado! —advirtió Pam—. ¡Puede tirarnos más piedras!

Los dos mayores se detuvieron, comprendiendo que Pam tenía razón, y ella propuso que todos se separasen y fuesen acercándose lentamente a la hoguera por distintos caminos. Todos estuvieron de acuerdo y cada uno marchó por su cuenta. Cautelosamente, se deslizaron hacia el lugar por donde Will había desaparecido. Un momento después cruzaron el aire seis piedras arrojadas una detrás de otra, sin interrupción, pero ninguno de los proyectiles alcanzó a los Hollister, ni a Dave.

—Menos mal —murmuró Pete—. Eso es que no pueden vernos.

Holly, que se arrastraba velozmente por tierra, pronto desapareció de la vista de los demás. La niña avanzaba con la rapidez de una anguila y fue la primera en llegar al claro desde donde ascendía el humo. En el centro había una hoguera con varios largos troncos de enea que empezaban a prenderse. A poca distancia vio Holly una gran roca, tras la cual se agazapaban los dos chicos a quienes estaban buscando.

—¡Están ahí! —gritó Holly, para que la oyesen los demás.

—¡Vete de aquí! —gruñó Joey, amenazador—. ¡Vamos, Will, ya sabes lo que tenemos que hacer!

Los dos chicos se abalanzaron hacia la hoguera, de donde sacaron dos troncos de enea, cuyos extremos estaban encendidos, para blandirlos amenazadoramente contra Holly, mientras corrían hacia ella.

—¡No os atreveréis a quemarme! —exclamó la niña, muy asustada, poniéndose en pie.

Entonces sonó, clara y amenazadora, la voz de Pete, que ordenaba:

—¡Tirad esos palos!

Joey y Will se volvieron en la dirección de donde llegaba la voz y vieron a Pete que corría hacia ellos, seguido de Dave Meade, Pam y Ricky.

Entonces, los dos chicazos dejaron caer los palos encendidos y Will se quejó:

—Esto no es justo. Sois más que nosotros.

Pete contestó que ninguno de ellos tenía intención de pelear.

—Lo único que queremos —añadió— es el tótem. ¿Dónde está?

Holly miraba fijamente a la hoguera y de pronto preguntó con voz de susto:

—No lo habréis quemado, ¿verdad?

Los dos chicos se miraron y al fin Will aseguró:

—Sí. Lo hemos quemado. ¿No es verdad, Joey?

Dave no acababa de creer que un madero tan grande se hubiera quemado en tan poco rato.

—¿Lo habéis partido en astillas, primero? —preguntó, observando que en la hoguera sólo había madera menuda.

—Sí. Eso es… —gruñó Joey.

—¿Y dónde tenéis el hacha? —quiso saber Pete.

Pam se dio cuenta de que Will miraba nerviosamente hacia la parte de la isla en donde había un gran grupo de árboles.

—¡Estáis mintiendo! —exclamó Pam, muy enfadada—. No habéis quemado el tótem. Lo que habéis hecho es esconderlo.

—¿Sí? Pues a ver si lo encuentras —masculló Joey, despreciativo.

—Claro que lo encontraremos —contestó Ricky, echando a andar en dirección a la arboleda.

Ni Joey ni Will parecieron muy inquietos por lo que Ricky pudiera descubrir; en aquellos momentos, la cosa más importante para ellos era que Pete y Dave no les hubieran obligado a pelear. Riendo maliciosamente, los dos camorristas se marcharon a donde tenían la motora y Pete les siguió para asegurarse de que no hicieran ninguna trastada en su barca o en la de Dave.

—No te preocupes, que no pensamos ni tocar vuestras viejas barcuchas —dijo Joey, mientras él y su amigo ponían en marcha la barca y se alejaban por el lago.

Cuando Pete volvió junto a Dave y Ricky, las niñas se habían separado de ellos y se internaban entre el arbolado.



—Ese tótem debe de estar por aquí y no demasiado lejos —

rezongó Pam.

Miraron a derecha e izquierda, entre árboles y matas, hasta que llegaron junto a un trozo de tronco podrido. La juguetona Holly le dio un puntapié y una parte del tronco se desprendió. Inmediatamente surgió un enjambre de furiosas avispas.

—¡Corre! —gritó Pam—. ¡Corre!

Las dos hermanas se adentraron en el bosquecillo, corriendo, muy asustadas, y agitando las manos por encima de sus cabezas para espantar a los insectos.

—¡Huy, huy! —lloriqueó Holly, llevándose una mano a la pierna izquierda—. ¡Cómo me pican!

Pam estaba angustiada, pensando en su hermanita.

—¡Pobrecilla! Esa picadura te la habrá hecho la última avispa, antes de darse por vencida.

Se inclinó a observar la hinchazón de la pierna de Holly. Con mucho cuidado de no hacer daño a la pequeña, buscó el aguijón y lo sacó.

—Un poco de barro te quitará el dolor. Vamos a ver si encontramos agua.

Las dos hermanas buscaron por uno y otro lado, hasta que Pam encontró una zona de tierra húmeda, en donde crecía una mata de arisema. Utilizando una ramita, levantó un poco de musgo para sacar de allí un puñadito de tierra húmeda que aplastó contra la hinchazón de la pierna de Holly.

—¿Te duele menos, guapina?

—Sí. ¿Por qué me habrá picado esa avispota?

—No lo pienses más. Ahora ya ha pasado todo.

—Sí. Es verdad. Vamos a buscar el tótem, Pam.

Las dos niñas recorrieron de nuevo el bosquecillo, y fueron parándose a mirar en todos los rincones y escarbando en cada montículo donde pensaban que Joey y Will podían haber enterrado la escultura de madera. Pronto oyeron a sus hermanos y a Dave que también buscaban, a poca distancia de donde estaban ellas. Pam se detuvo para preguntar en voz muy alta:

—¿Habéis encontrado algo?

—Todavía no. ¿Y vosotras?

Pam repuso que seguían buscando. Aún no había, acabado de

hablar, cuando Holly la llamó, diciendo:

—Mira. Parece que aquello de allí es un tronco caído.

—Cuidado. No le des otro puntapié —advirtió sensatamente Pam.

Las dos niñas se aproximaron cautelosamente al tronco. Estaba medio oculto por un montón de ramas, algunas tan verdes que parecían recién arrancadas.

Holly se agachó para apartar las ramas, pero Pam la tomó por un brazo, diciendo:

—¡No toques eso! Es hiedra venenosa.

Holly miró a su hermana con los ojos redondos como platos y al fin dijo, con una risilla:

—Gracias, Pam. Eso sí que es peor que una picadura de avispa.

Pam llamó a los chicos, que se acercaron a donde estaban las niñas, y utilizando largas ramas, levantaron los tallos de hiedra.

¡Y todos pudieron ver una variedad de alegres coloridos!

—¡Vaya! —se entusiasmó Ricky—. ¡Si es el tótem del Viejo Ben! ¿No veis la cabeza de oso?

—Y el explorador con la pala —apuntó Pete.

Y Holly, que había estado pensando en otra cosa, dijo, muy apurada:

—¿Sabéis lo que va a pasar? —Y antes de que nadie hubiera tenido tiempo de decir nada, añadió—: ¡Que Joey y Will se llenarán de granos porque han tocado las plantas venenosas!

Todos los niños movieron la cabeza afirmativamente y se quedaron muy serios. Pam sintió en seguida una gran compasión por los dos chicotes, a pesar de que siempre hacían trastadas a ella y a sus hermanos.

—¡Dios mío! ¡Pobrecillos!

Como no tenían cuerda con que atar el tótem para llevarlo flotando detrás de una barca, Dave propuso:

—Podemos colocarlo atravesado entre las dos barcas.

—Muy buena idea —aplaudió Pam.

Después de asegurarse de que no quedaba ninguna rama ni hoja venenosa en el tótem del Viejo Ben, los muchachos lo arrastraron hasta la orilla, mientras las niñas entraban en una de las barcas.

Los tres chicos se descalzaron y entraron en el agua para ir a

colocar el tótem entre las dos motoras. La cabeza del oso quedó apoyada en la proa de la barca de los Hollister y la base del tronco, én la motora de Dave. Mientras Holly y Ricky se encargaban de sostener los extremos del tótem en cada barca para que no resbalase al agua, Pete y Dave pusieron los motores en marcha, preparándose para regresar en seguida a Shoreham.

—¿No creéis que Joey y Will se quedarían muy asombrados, si nos vieran? —preguntó Ricky, sonriendo.

—Lo que yo estoy pensando es si ya habrán empezado a rascarse —le contestó Holly.



Pete no decía nada, porque estaba preocupado, dándose cuenta de que empeoraba el tiempo. Se había nublado el sol y el cielo estaba lleno de nubarrones; el viento, que era ahora más frío, levantaba fuerte oleaje en el lago.

—Se aproxima una tormenta —anunció Dave a gritos, para hacerse oír por encima del oleaje y el viento.

A medida que las barcas avanzaban, más amenazador era el silbido del viento, y más grandes las olas que se levantaban alrededor de las embarcaciones, estrellándose en las bordas.

Pete estaba preocupado.

—¡Dave! —llamó a voces—. Cada vez se hunden más las barcas. ¿Crees que conseguiremos llegar a tierra?

—¡Cruza los dedos para que tengamos suerte, chico!

¡Pam sí que estaba asustada, viendo lo agitadas que se iban poniendo las aguas! Las olas eran tan altas que salpicaban hasta el interior de las motoras.

—¡Hay que avanzar más despacio!

—¡De acuerdo! —contestó Dave.

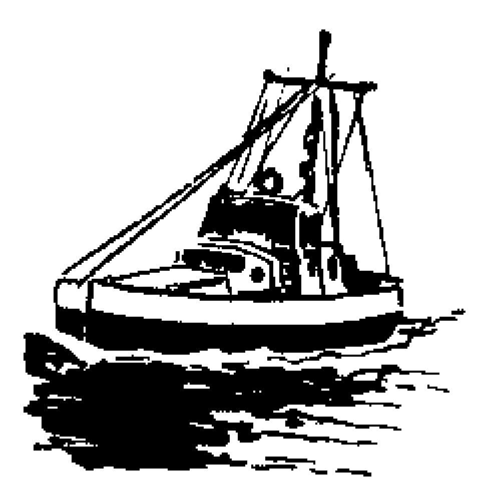
Pero incluso llevando poca marcha, las motoras se veían bamboleadas y las olas saltaban por uno y otro lado.

Hasta que Dave acabó opinando:

—Creo que tendremos que echar el tótem por la torda.

En aquel momento, una ola más fuerte que las anteriores hizo zozobrar peligrosamente las dos motoras.

EL TÓTEM GATUNO



Holly dejó escapar un chillido cuando su embarcación cabeceó brutalmente en las aguas del lago; al mismo tiempo, el tótem rodó varios centímetros sobre la borda, aprisionando uno de los dedos de Ricky.

El niño hizo una mueca de dolor, pero como era un hombrecito muy valiente no dejó escapar ni un grito, sino, que, valiéndose de todas sus fuerzas, levantó el tótem hasta sacar el dedo. Pete le ordenó:

—¡Sigue sujetando fuerte, Ricky! ¡Me parece que el viento disminuye!

Pete tenía razón. Cesó el viento, pero lo malo fue que entonces empezó a llover con fuerza y fue mucha más la cantidad de agua que entonces entró en las motoras.

Tanto Dave como Pete se dieron inmediatamente cuenta de que la situación era, ahora, mucho más peligrosa. A través del torrente de agua, los dos muchachos intercambiaban miradas de inquietud, pero no decían nada para no asustar a los más pequeños.

—¡Habrá que empezar a sacar el agua! —opinó Pete.

Pam se ocupó de sujetar el tótem, mientras Ricky y Holly, juntando las manos, cogían agua y la echaban por la borda, yendo y viniendo a toda prisa. Pero, por muy rápidamente que fueran, no lograban sacar tanta agua como iba entrando sin cesar. A los pocos momentos, en el fondo de las dos embarcaciones había un enorme charco de agua.

—¡Ricky! ¡Holly! ¡Poneos las chaquetas salvavidas! —ordenó Pete.

En cada una de las motoras, guardadas bajo los asientos, había tres chaquetas salvavidas de color naranja. Mientras los pequeños corrían a buscarlas, Pam vio algo, a través de la espesa cortina de lluvia.

—¡Mira, Pete!

—¡La motora de la policía!

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritaron alegremente Ricky y Holly—. Estamos salvados.

Pronto se oyeron avanzar por el lago los potentes motores de la embarcación de la policía. La gran barcaza se aproximó de costado a las pequeñas motoras, para protegerlas de la lluvia por sotavento. En el puente aparecieron tres oficiales y uno de ellos gritó:

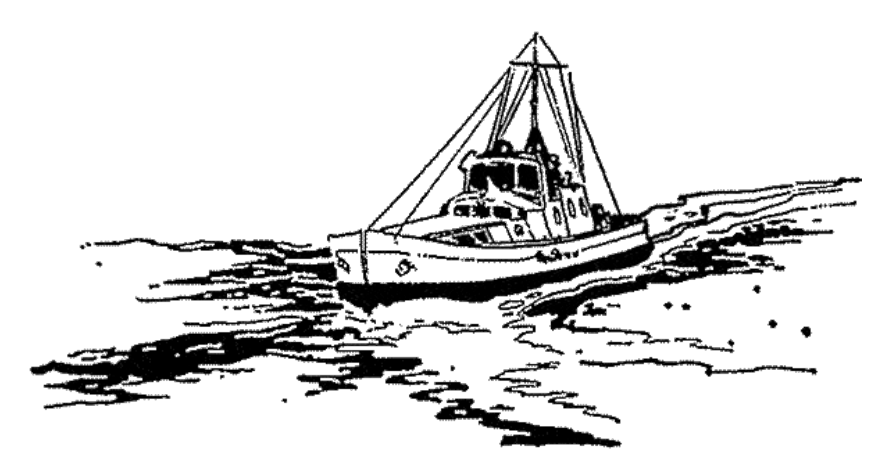
—Ahora vendréis a bordo.

—¿Qué es ese madero que lleváis? —quiso saber otro.

—Es un tótem —repuso Dave—. Intentamos salvarlo.

Un policía se apresuró a trasladar de embarcación a Holly y a Ricky. Luego, ayudaron a Pam a saltar a la embarcación de la policía y a continuación se cuidó de subir el tótem.

Otro de los oficiales entregó a Pete y Dave unas bombas de mano para que extrajeran el agua que invadía las pequeñas motoras. Cuando los muchachos hubieron concluido aquel trabajo, la motora de cada uno de ellos fue atada a la embarcación de la policía, la cual se puso en marcha en cuanto Pete y Dave hubieron subido también.



Los oficiales se presentaron a los niños. Eran Finch, Neary y Smith.

—Vuestro amigo el agente Cal, nos avisó por radio —explicó el oficial Neary—. La señora Hollister acababa de informarle de que sus hijos se encontraban navegando por el lago cuando empezó la tormenta. Vuestra madre estaba muy preocupada.

—Ahora le notificaremos que ya estáis a salvo —sonrió el oficial Smith.

Y entró en la pequeña cabina de radio, para pedir a la jefatura de policía de Shoreham que comunicase al matrimonio Hollister y al matrimonio Meade que sus hijos ya no corrían peligro.

—Muchas gracias —dijo Pam, amable como siempre.

Diez minutos más tarde, la gran motora se detenía en el muelle policial de Shoreham, a medio kilómetro de donde vivían los Hollister. La tormenta casi había cesado por completo y las oscuras nubes bajas estaban siendo disipadas por un suave vientecillo.

El oficial Cal estaba esperando a los niños. Era un policía joven, guapo y jovial que había ayudado a los Hollister a resolver el primer misterio con que se encontraron poco después de llegar a Shoreham.

—¡Mis felicitaciones, amiguitos! —dijo alegremente—. Me encanta veros a salvo.

—Creíamos que no iba a ser posible —sonrió Pete, a quien todavía no se le había pasado el susto.

Después que los niños hubieron dado las gracias a los oficiales, Cal se ofreció a llevar el tótem al señor Roebuck, añadiendo:

—Yo creo que ahora ya podréis conducir vuestras motoras hasta casa. ¿No te parece, Neary?

—Sí, Cal. De todos modos, nos quedaremos aquí, por si tus amiguitos necesitan ayuda.

Pam y Holly saltaron a la barca de Dave, y Pete y Ricky navegaron juntos. Todos se detuvieron en el muelle de los Hollister. La barcaza de la policía les siguió de lejos, y al ver que los niños habían llegado a su destino, dio media vuelta y se alejó.

Las dos niñas salieron de la motora de Dave, que en seguida siguió navegando hasta su desembarcadero. La señora Hollister llegó corriendo desde la casa y llenó a sus hijos de abrazos y besos.

Mojados de pies a cabeza, los niños recorrieron el caminillo que llegaba hasta el porche. Al llegar a la cocina, oyeron alegres risitas.

—Parece que Sue se divierte mucho —dijo Pam—. ¿Qué estará haciendo?

Encontraron a la pequeñita sentada en el suelo de la cocina, con su amiga Donna Martin. Donna era una bonita niña de siete años, con cabellos oscuros y un hoyuelo en cada mejilla. Las dos pequeñas estaban rodeadas de un montón de cajas de zapatos.

Además, Sue tenía en el regazo a Morro Blanco, una hermosa gata, madre de familia. Los cinco hijitos de Morro Blanco trepaban por las ropas de las niñas.

Bola de Nieve parecía montado a caballo sobre el hombro de Sue, mientras que las zarpas de Tutti-Frutti se aferraban a la espalda del vestido de la nenita.

—¡Huy, huy! ¡Que me haces cosquillas! —exclamó, retorciéndose, Sue, cuando el gatito negro Medianoche restregó el morro contra su oreja izquierda.

Entre tanto, Humo y Mimito ronroneaban felices en brazos de Donna.

—Los quiero un «montón» —aseguró Donna tiernamente.

—¿A qué estáis jugando, Sue? —preguntó la madre.

—Estamos preparando un tótem de gatitos.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¿Un tótem con gatos vivos?

—Claro que sí. Es muy fácil —afirmó Donna con toda seriedad.

Y mostrando unas tijeras que tenían en el suelo, Sue explicó que iban a recortar unos agujeros en los extremos de cada caja de

zapatos.



—Entonces, meteremos a los gatines, les haremos sacar la cabeza por los agujeros y pondremos una caja encima de otra. Será un tótem «persiosísimo».

Pete sonrió y dijo:

—Podréis consideraros grandes domadoras si conseguís que los mininos dejen de removerse por un minuto para formar el tótem.

—Lo conseguiremos —repuso muy seria y confiada Donna.

No les llevó mucho tiempo a las pequeñas practicar unos grandes agujeros en las cajas de cartón. Luego, mientras los demás observaban, sonriendo, Sue y Donna metieron a los juguetones gatitos en las cajas y les hicieron sacar la cabeza por los agujeros,

teniendo sumo cuidado de que los animalitos no se hicieran daño.

—Yo me ocuparé de Morro Blanco —se ofreció Ricky.

La gata Llenaba por completo una caja de zapatos. Aunque no le agradó en absoluto verse encogida en aquel encierro, no protestó; Morro Blanco era una gata de mucha paciencia que muchas veces había participado en los juegos de los Hollister y estaba acostumbrada a cosas como aquélla.

En cambio, sus cinco hijitos no se mostraron tan comprensivos. Cesaron sus ronroneos, transformándose en leves maullidos de protesta.

—Aquí. Quietecín —rogaba Sue a Tutti-Frutti—. No te vamos a hacer daño. Será muy divertido.

—¡Vas a ser el único gato tótem de Shoreham! —decía Donna a Medianoche, queriendo darle ánimos e impedir que saltase de la caja.

—Confieso que la cosa tendría gracia —dijo Pete—. Suponiendo que podáis hacer que se estén quietos.

Entre las dos pequeñas sostuvieron a los mininos en sus puestos y Ricky colocó a Morro Blanco encima de todo.

Realmente, algo se parecía aquello a un tótem, aunque bastante bamboleante Los gatitos no cesaban de maullar y de mover sus cabezas de uno a otro lado. Holly reía con gran contento, viéndoles sacar continuamente la lengua, chiquita y muy encarnada. Al fin, las dos pequeñas se decidieron a apartar las manos de las cajas y retrocedieron unos pasos para contemplar su obra.

—¿Veis cómo es un tótem de gatines? ¡Qué lindo!

—Sí. Es cierto —asintió la señora Hollister.

Todos reían alegremente, cuando sonó un fuerte ladrido en la sala, y un momento después penetraba en la cocina un hermoso perro pastor.

—¡Silencio, Zip! —ordenó Pete.

Por lo general, el perro de los Hollister era muy obediente, pero el extraño e incomprensible espectáculo de los mininos asomando por aquel rimero de cajas de zapatos, le hizo prorrumpir en enloquecidos aullidos. El alboroto del perro asustó a Morro Blanco y sus hijitos, que se pusieron en acción instantáneamente. Mientras los gatos saltaban en todas direcciones, las cajas caían al suelo

medio rotas.

—¡Se acabó el tótem! Lo siento —dijo Pam.

En dos segundos, toda la familia gatuna había desalojado las cajas y corría velozmente al sótano, donde se sabían seguros.

Mientras ayudaba a recoger las cajas de cartón, Pete comentó:

—Nosotros también hemos tenido trabajo con el tótem de verdad. Lo mejor sería que ahora nos pusiéramos ropa seca y fuésemos a ayudar al Viejo Ben a colocar su tótem.

La señora Hollister asintió, añadiendo:

—Verdaderamente, hoy estáis haciendo grandes proezas.

Y Ricky, siempre risueño, contestó:

—Ya sabes, mamá, que nosotros sabemos hacer millones de proezas. Además, si ayudamos un poco más al señor Roebuck, a lo mejor nos cuenta más cosas del tótem misterioso de Alaska.

Dejando a Sue jugando con Donna, los cuatro mayores fueron a cambiarse rápidamente de ropa y luego marcharon corriendo a casa de los Tompkin. El tótem estaba colocado a lo largo, en el prado y el Viejo Ben trabajaba activamente, sacando paletadas de tierra del hoyo.

—¡Espere! ¡Venimos a ayudarle! —anunció Pete, mientras él y sus hermanos corrían hacia el prado.

Mientras Pete le cogía la pala de las manos, el Viejo Ben dijo:

—No sé cómo daros las gracias por haberlo encontrado. ¡Buen trabajo, muchachos!

Los Hollister sonrieron y Pete acabó de sacar a paletadas la tierra que había caído en el hoyo. Entre todos, levantaron el largo tótem y lo colocaron en el hoyo. Pete echó tierra alrededor y los niños hicieron el trabajo de una apisonadora, aplastándola con grandes pisotones.

El Viejo Ben reía entre dientes.

—Ha vuelto todo a la normalidad. Me siento más tranquilo con mi tótem mirando a la calle.

—¿En Alaska, se ponen los tótems mirando a la calle? —quiso saber Ricky.

El señor Roebuck repuso que los tótems de los indios se situaban mirando a caminos de importancia, como son los ríos y el océano.

—Así, los demás indios, al pasar, pueden contemplar las figuras

esculpidas —explicó.

—Oiga, Viejo Ben, ¿quiere usted contarnos más cosas sobre el tótem desaparecido? —pidió Pam.

El viejo explorador dijo que la desaparición misteriosa de aquel tótem que tenía la figura de un cuervo, había sido, sencillamente, un robo. Lo robaron de un poblado de indios Haida.

—¿Se lo llevó alguien? —preguntó Holly, que no había entendido gran cosa del complicado asunto del tótem.

El Viejo Ben asintió:

—El tótem fue robado porque contenía un gran secreto.

—¿Escondido dentro del tronco? —quiso saber Pete.

—Sí. Aquel tótem tenía un orificio en la parte posterior de la cabeza del cuervo.

En los tótems, explicó el anciano, se hacían agujeros para guardar en ellos las cenizas del jefe muerto.

—Pero, en el agujero que os digo, o tal vez en otros abiertos en alguna otra parte del tótem, se supone que había un gran secreto escondido. Los indios dicen que ese secreto traería suerte a quien encuentre el tótem.

—Por favor, cuéntenos más cosas de ese tótem —rogó Pam.

Pero antes de que el viejecito hubiera tenido tiempo de contestar, apareció en la calle la furgoneta de los Hollister y de allí salió la madre. Los niños la presentaron al viejecito y la señora Hollister demostró su admiración por lo bien esculpido que estaba el tótem. Luego, se volvió a los niños, diciendo:

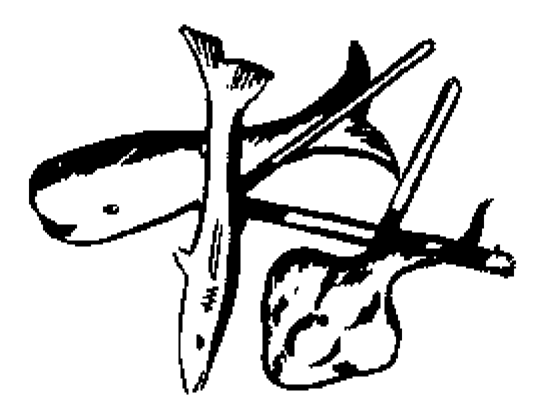
—Tenemos que volver en seguida a casa.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pete.

La madre anunció:

—En casa os espera una gran sorpresa.

MARAVILLOSAS NOTICIAS



Cuando la señora Hollister condujo la furgoneta hacia la casa, los niños vieron, estacionado ante el bordillo, un coche nuevo.

—¿Ese coche es la clave de la sorpresa? —preguntó en seguida Ricky.

La madre asintió, añadiendo:

—Ya veréis lo que os espera en la salita.

Todos saltaron apresuradamente de la furgoneta y corrieron a la casa.

—¡Tío Russ! —gritó Pete.

—¡Tía Marge! —exclamó Pam, yendo a abrazar a una hermosa señora de oscuros cabellos.

—¡Si vienen también Teddy y Jean! —chilló Ricky, entusiasmado.

Los Hollister experimentaban un gran contento siempre que veían a aquellos parientes. Tío Russ se parecía mucho al señor Hollister, que era su hermano mayor. Los visitantes vivían en Crestwood, la ciudad en donde habían vivido los Hollister de Shoreham.

Teddy y Jean empezaron a hablar inmediatamente con sus primos; todos los niños estaban muy contentos y nerviosos. Jean

tenía nueve años y era muy amiga de Pam. Tenía los cabellos lisos, de color castaño, y en las mejillas se le formaban unos graciosos hoyuelos. Poseía un caballito y dos perros cócker.

Su hermano Teddy tenía once años, el cabello negro y los ojos grises. Era tan vivaracho como Pete y se parecía mucho a su primo, aunque medía unos centímetros menos.

Los Hollister de Shoreham se sentían orgullosos de tío Russ, que era caricaturista y dibujaba historietas cómicas para varios periódicos.

Sue tomó la mano de su tío, mientras suplicaba:

—Anda, tío Russ. Tenemos que dar la «voltireta». No te olvides.

Era una cosa que tenía que hacer inevitablemente el dibujante cada vez que visitaba a sus sobrinos. El alto Russ Hollister se agachó y colocó a la pequeñita sobre sus hombros.

Sue estaba tan contenta que abríannos ojos redondos como platos.

—¡Olé! ¿Vamos?

Su tío se inclinó hacia delante y dejó a la niña en el suelo, haciéndole dar una voltereta. Después de repetir aquello varias veces dejó definitivamente a la pequeña en el suelo e, irguiéndose, se arregló la corbata y los revueltos cabellos.

Un poco después regresaba el señor Hollister del «Centro Comercial». Después de cambiar un fuerte apretón de manos con su hermano Russ, preguntó:

—¿Estáis de vacaciones?

—Sí. Venimos de pasar una temporada en la playa. —Luego, el tío Russ frunció ligeramente el ceño, al añadir—: John, tengo un problema.

—¡Zambomba, tío Russ! —exclamó Pete—. Si nosotros podemos ayudarte…

El dibujante sonrió:

—Tal vez podáis.

Y luego contó a sus familiares que hacía una temporada que no lograba imaginar historias nuevas para los periódicos.

—No sé de dónde sacar los personajes para la próxima aventura. Creí que unas vacaciones con mi familia servirían para inspirarme, pero…

Los inteligentes ojos de Pam brillaban alegremente.

—¡Ya sé, ya sé, tío Russ! —exclamó—. ¿Por qué no hace una historieta cómica sobre Alaska?

—¿Sobre Alaska? ¿Qué opinan los demás?

Al instante, todos los niños Hollister estaban hablando a un mismo tiempo, sin que tío Russ pudiera oír otra cosa que palabras sueltas como «el tótem», «el Viejo Ben», «un misterio extrañísimo».

—¡Basta! ¡Basta! —pidió el tío, levantando los brazos, mientras reía alegremente—. ¿A qué viene tanto entusiasmo?

Pam tomó la palabra, en nombre de todos, y contó la historieta del Viejo Ben y el tótem.

—Además, nos ha hablado de un misterio sobre un tótem de cuervo, desaparecido. ¿No puedes hacer una historieta con esa idea, tío Russ?

—Es una buena solución. ¿Qué opinas tú, John?

—Me parece magnífico. Es un país peligroso y casi deshabitado, con profundos fiordos.

Tío Russ quedó largo rato pensativo, con la barbilla apoyada en una mano.

—Dejadme tiempo para que lo medite —dijo al fin—. Puede que Alaska sea el fondo de mi próxima historieta. —Después añadió—: Ahora os daremos algo que hemos traído.

—¡Pastelitos! —dijo en seguida la golosilla de Sue, saltando alegremente sobre las rodillas de su tío.

—¡Serán dulces de palo! —opinó Holly.

Tía Marge tenía fama de hacer muy buena repostería y preparaba unos deliciosos dulces ensartados en un palo, de todas clases, formas y tamaños.

En aquel momento se acercó a su hijo Teddy para decirle en voz baja:

—Están en mi maletín.

Teddy subió rápidamente las escaleras, hasta la habitación en donde habían dejado las maletas y un momento más tarde volvía con dos paquetes y se los entregaba a su madre. Mientras, todos sus sobrinos se arremolinaban junto a ella, la tía Marge abrió uno de los paquetes.

—¡Qué animalitos tan lindos! —exclamó Pam.

—Todos son animalitos marinos —explicó la tía.

Entregó a Sue un cachalote de un vistoso color verde y a Holly una foca marrón. A Pam le correspondió un salmón rosado.

—Para los muchachos tengo ballenas. ¿Quién quiere la de licor?

Ni Pete ni Ricky querían demostrarse golosos y se miraron uno a otro sin saber qué decir. En seguida fue el mayor quien sonrió, ofreciendo:

—Coge tú el licor, Ricky. Ya sé que es el que más te gusta.

—Gracias, Pete.



Tía Marge dio a Pete una dulce ballena blanca, diciendo:

—A ésa la llamó Moby Dick.

En los paquetes había, también, pastas secas que tía Marge ofreció al señor y la señora Hollister.

En aquel momento Sue se llevó a la boca el cachalote y… ¡chas!

—¡Un diente roto! —exclamó Sue con un gritito. Asustada la señora Hollister ordenó a la pequeña:

—Abre la boca y déjame ver.

Al advertir la inquietud de su madre, Sue explicó alegremente:

—Pero si no es mi diente, mamita. Es el diente del cachalote.

—Es un colmillo, tonta —explicó Ricky, mientras su hermanita mordía el pedazo de dulce.

La tía Marge opinó que no debían comerse todavía los pastelillos, y los niños obedecieron inmediatamente, dejándolos para después de la comida, que empezó a servir en aquel momento la señora Hollister.

—Tomaréis los dulces para postre —dijo.

Cuando acabó la comida, tío Russ se levantó de la mesa, diciendo:

—Tengo que poner conferencia con mi oficina.

—¿Para hablar de Alaska…? —preguntó Ricky. Tío Russ sonrió, asintiendo, mientras se alejaba hacia el teléfono. Minutos después volvía, diciendo:

—Me telefonearán para decirme qué han resuelto. Durante la tarde, los siete niños jugaron a prendas y más tarde fueron al lago a nadar un rato. El agua del Lago de los Pinos estaba todavía bastante fresca en aquella época del año, y no pudieron entretenerse mucho rato dentro. Además, como oyeron sonar el teléfono, quisieron volver en seguida a casa por si la llamada había sido para tío Russ. Efectivamente, acababan de llamar a tío Russ desde la oficina.

El dibujante salió al porche, en donde los niños se habían reunido, y anunció:

—¡Buenas noticias para todos!

—¿Es que te vas a Alaska para hacer las historietas de tótems?

—Mejor que eso… ¿Qué tal os parecería veniros conmigo todos?

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. ¿Lo dices en serio?

Muy nervioso, tío Russ explicó que la firma para la cual

trabajaba poseía un gran avión que podía transportar varios pasajeros y tenía dos buenos pilotos.

—Puedo hacer uso de él para ir y volver a Alaska —dijo el tío, y añadió que en el avión podrían ir también todos ellos, si lo deseaban.

—¡Canastos! —Gritó alegremente Ricky, alejándose de los demás, para ir a dar una voltereta sobre el césped—. ¡Nos vamos a la tierra de los tótems! ¡Hurra! ¡Hurra!

Cuando el señor Hollister volvió aquella tarde del «Centro Comercial» fue el más sorprendido de todos los hombres de Shoreham.

—¿Pero dices en serio que vas a trasladarte en avión a Alaska?

—Desde luego. Y tú también puedes acompañarnos, John.

El señor Hollister dijo que le habría gustado de verdad, pero que no podía dejar el establecimiento. Cuando su esposa observó que no podían dejarlo solo, el dueño del «Centro Comercial» dijo, riendo:

—Me arreglaré solo perfectamente. Podéis iros todos. —Haciendo un guiño a Sue, añadió—: ¡Zip y Morro Blanco y sus hijos cuidarán de mí!

Se hicieron planes para que el avión de la compañía aterrizase en el aeropuerto de Shoreham dos días más tarde. Entretanto, todos tendrían tiempo de prepararse y hacer el equipaje para el viaje.

—¿Y qué os parece si lo celebramos, yendo de merienda mañana, después de salir de la iglesia? —sugirió el señor Hollister.

—Sería estupendo —declaró Pete.

—¿Podemos invitar a nuestros amigos, mamá? —preguntó Pam.

—Sí, hijitos. Que vengan a las dos de la tarde.

Después que hubieron telefoneado a sus amigos para invitarles a la merienda y se hicieron las compras necesarias, todos los niños se retiraron a sus habitaciones pensando en lo divertido que sería el viaje.

El domingo amaneció despejado y frío. Las dos familias acudieron a la iglesia y luego los primos se reunieron en el patio para celebrar una larga conversación en voz muy baja. Después, ahogando risillas, todos subieron las escaleras hasta el espacioso desván del tercer piso.

—Debemos poner las cosas en esta caja —dijo Pam—. Luego lo

devolveremos a su sitio.

—Yo quiero la bruja —declaró Holly.

—¡Chist! Los mayores pueden oírnos y ya sabéis que tiene que ser una sorpresa.

Mientras hablaba, Pam abrió la caja y Pete murmuró:

—Tenías razón. Vamos a probarlo ahora.

Mientras los niños estaban en el ático, ocupados con sus manipulaciones secretas, tío Russ ayudó al señor Hollister a llevar el fogón portátil desde el garaje al patio trasero, a orillas del Lago de los Pinos, y lo colocaron junto a unas matas de agracejos.

—Pete puede encargarse de traer el combustible y ser el jefe de cocina —propuso el señor Hollister.

En ese momento, salía Pete de la casa, seguido por Teddy. Los dos muchachitos sonreían alegremente.

—¿Qué es lo que estáis haciendo? —preguntó tío Russ.

Sin explicar nada, los dos se dispusieron a preparar el fuego. Luego, sacaron del frigorífico hamburguesas y salchichas de Frankfurt y las dejaron sobre una repisa que formaba parte del fogón portátil.

Hacia la una y media empezaron a llegar los invitados de los Hollister. Jeff y Ann Hunter fueron los primeros en llegar corriendo al patio.

Jeff tenía ocho años, el cabello liso y negro y los ojos azules, y se parecía mucho a su hermana Ann. Ésta ya había cumplido los diez años y su cabello corto formaba bonitos rizos; tenía larguísimas pestañas que hacían sombra a sus ojos grises, muy grandes y dulces.

—¡Buenas tardes a todos! —dijo Ann, alegremente.

Y su hermano Jeff, mirando hacia el fogón, exclamó:

—¡Hum! ¡Estupendo! ¡Tengo un apetito…!

No fue preciso hacer las presentaciones porque los primos de los Hollister ya habían estado otras veces en Shoreham y conocían a los demás niños.

La siguiente en llegar fue Donna Martin. Iba dando alegres saltitos y en seguida desapareció en la cocina, en busca de los mininos. Dave Meade llegó a buen paso e inmediatamente se puso a ayudar a Pete, que estaba encendiendo el fuego.

Cuando el fuego estuvo bien encendido, con un alegre color de

cerezas maduras, los muchachos llevaron una larga mesa y banquetas campestres, que se guardaban en el gran garaje de los Hollister, y colocaron todo en el césped. Las niñas se encargaron de cubrir la mesa con un blanquísimo mantel, y fueron poniendo platos y vasos de cartulina.

Desde la casa llamó la señora Hollister, diciendo:

—Niños, ya es hora de poner la carne al fuego.

Pete cogió las hamburguesas y las salchichas y cuando acababa de colocarlas sobre el fuego, Dave levantó los ojos y vio algo que le hizo dar un grito de inquietud.

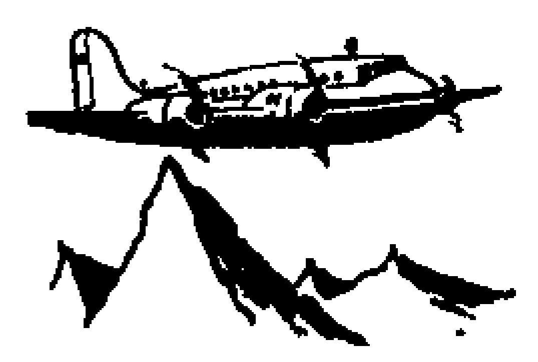
En el patio destinado a celebrar la merienda, acababan de entrar cuatro perrazos. Habían olfateado lo que Pete ponía al fuego y se aproximaban allí, ladrando y aullando amenazadoramente.

—¡Fuera! ¡Fuera! —gritó Pete a un feo y grande perro negro que quería arrancarle de las manos una ristra de salchichas.

Pam se lamentó, escalofriada:

—¡Van a estropearnos la merienda!

HOLLY JUEGA A SER UNA AZAFATA



Zip, al oír los ladridos de los otros perros, salió a la carrera de debajo del sauce donde estaba descansando. Dando fuertes dentelladas en las patas de uno de los perros, le obligó a huir del patio. Pero los otros tres intrusos seguían empeñados en comerse la merienda de los Hollister y sus amigos.

Mientras todos los demás se esforzaban por hacerle marchar con amenazas y gritos, Ricky corrió en busca de la manguera del jardín, que estaba enchufada en una esquina de la casa. Después de llamar a Holly para que abriera el grifo del agua, el pecosillo se apresuró a «enfocar» con la manguera a los animales.

¡Siiiissssss! Una rociada de agua fría cayó sobre los intrusos que, muy asustados, metieron el rabo entre las patas y salieron a toda prisa del patio de los Hollister.

Cuando todo aquel alboroto hubo concluido, Pam creyó oír unas risillas tras las matas. Aproximándose de puntillas, pudo descubrir a Joey y a Will agazapados en una zona desde donde podían ver todo lo que pasaba en el patio. Los dos chicos llevaban los brazos manchados de marrón y Pam se dio cuenta en seguida de que era el color que dejaba el ungüento utilizado para curar los granos que produce la hiedra venenosa.

—Casi hemos conseguido estropearles la merienda —susurró

Will.

—Sí —asintió Joey, ignorante de que Pam les estaba observando —. Ha sido una gran idea el azuzar hasta aquí a los chuchos.

—Pero ¡os ha salido mal! —exclamó Pam, indignada.

Tomados por sorpresa, los dos chicazos echaron a correr, encarnados de vergüenza por haberse visto descubiertos.

La señora Hollister suspiró, diciendo:

—Puede que algún día estos chiquillos lleguen a tomar el buen camino.

—Pero, mamá, si andan muchísimo —dijo Holly.

—¿Qué quieres decir, hijita?

—Que andan por todas partes y nunca deben encontrar ese buen camino porque siguen siendo malísimos.

Todos rieron de buena gana. Pete dio a Zip una hamburguesa cruda, como premio a sus esfuerzos por echar a los perrazos del patio, y el animal la engulló rápidamente.

Pronto el rico aroma de las hamburguesas y salchichas tostadas y crujientes, llenó el aire. Según iban cociéndose, Pete colocaba los manjares en una gran fuente que Pam había dejado sobre la mesa campestre.

¡Qué contentos estaban todos! La carne, los bocadillos, la ensaladilla de patatas, los pepinillos en vinagre, las aceitunas, los emparedados calientes y los tomates resultaron deliciosos y aún parecían más apetitosos, animados por la alegre conversación de todos. Además, la señora Hollister les dio una gran sorpresa, sirviendo como postre helado y fresas.

Cuando concluyó la merienda, Jean se puso en pie para anunciar:

—¡Ahora, otra sorpresa!

—¿Qué es? —preguntaron los hermanos Hunter.

Pam, Ricky, Holly y Teddy pidieron permiso y marcharon corriendo a la casa, de donde salieron muy poco después. ¡Pero qué aspecto tan distinto tenían ahora! Todos iban cubiertos con caretas de carnaval.

Teddy, muy orgulloso con su cara de rana, fue a sentarse junto a las matas de agracejo. Pam, que lucía una careta de búho, se colocó tras él. Luego Holly, con el terrible aspecto de una bruja mala, saltó

a los hombros de su hermana. Pam se tambaleó ligeramente, a causa del peso, pero en seguida volvió a recuperar el equilibrio. Entre Dave y Pete levantaron en vilo a Ricky, cubierto con una careta de mono, para colocarle sobre los hombros de Holly.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la señora Hollister, asustada—. ¡Tened cuidado, niños!

—¡Ya comprendo! —exclamó el tío Russ, que estaba sentado en una banqueta, cerca de los chiquillos—. Esto es un tótem humano.

Por desgracia, los Hollister no habían calculado bien lo que debía pesar Ricky; aquello era más de lo que podían soportar los hombros de Holly. También Pam empezó a tambalearse bajo el excesivo peso. Y de repente, Ricky perdió el equilibrio y se abalanzó hacia delante… ¡en línea recta a los matorrales!

—¡Huy, cuántas pupas se va a hacer! —gritó Sue, aterrada.

Pero el tío Russ se había levantado ágilmente y dio un salto para ir a coger al pecosillo en sus brazos.

—¡Zambomba! ¿Y por qué no aprovechas esta escena para una historieta, tío Russ? —preguntó Pete.

—No estaría mal —repuso riendo, el dibujante—. Nunca he visto mayor rapidez de acción.

Todos estuvieron de acuerdo en que el tío Russ había actuado con mucha rapidez y precisión y se alegraron de que Ricky no se hubiera llenado de heridas y arañazos en el matorral. Cuando concluyó la merienda, todos aseguraron que había sido la más alegre que celebraran jamás.

A última hora de la tarde, Pete y Pam acompañaron a tío Russ para que visitase al señor Roebuck. Después de entretenerse en el prado, contemplando el tótem, llamaron a la puerta. Salió a abrirles el Viejo Ben y los niños le presentaron a su tío.

—Entren, hagan el favor —dijo el viejo explorador, cordialmente, haciéndoles pasar a una salita.

El hombre quedó asombrado al enterarse de que los Hollister iban a visitar Alaska y en seguida, ofreció:

—Les daré una carta de presentación para mi amigo Emmet Gallagher. Vive en la Casa de los Pioneros de Alaska, en Sitka. Es una residencia destinada a los primeros colonizadores del país. Él podrá darles más información que yo sobre el tótem robado. Le

pondré una nota diciéndole que les cuente todo lo que sepa.

Excusándose, el Viejo Ben fue a su escritorio y escribió una carta, que, después de meter en un sobre, entregó a Pam.

—¿Y en dónde cree usted que podríamos pasar mejores aventuras? —preguntó el tío Russ al viejo explorador.

—Verán muchas cosas interesantes en Juneau y Sitka. Alaska les gustará mucho. Me agradaría poder ir también, para presentarles a algunos de mis viejos amigos.

Cuando Pete y Pam volvieron a casa encontraron a los demás haciendo el equipaje para el viaje. Al día siguiente, el señor Hollister y Tinker, el viejo encargado del «Centro Comercial», llevaron los coches al aeropuerto de Shoreham. A las diez, un gran avión plateado, perteneciente a la compañía para la que trabajaba el tío Russ, tomaba tierra en la pista.

—¡Qué bonito es! —opinó Ricky, entusiasta.

Cuando el avión quedó detenido y cesaron de sonar los motores, el piloto y el copiloto salieron de la cabina.

—¡Hola, Chet! ¿Qué hay, Bud? —saludó el tío Russ.

Chet, el piloto, era un hombre bajo y ancho, mientras que Bud, su ayudante, era alto y flaco.

Después que se hicieron las presentaciones, Chet dijo que estaba muy ilusionado con hacer aquel viaje a Juneau.

—Estuve haciendo ese viaje regularmente, cuando trabajé para una compañía de aviación.

Después de guardar el equipaje en el compartimento posterior, todos se despidieron del señor Hollister y de Tinker y entraron en el aparato para ocupar sus asientos.

—¡Qué grande es todo esto! —se asombró la señora Hollister.

—Habrían cabido veinte pasajeros más —opinó el tío Russ.

Los niños se acercaron a las ventanillas para decir adiós a su padre y a Tinker. El avión recorrió unos metros sobre la pista, los motores rugieron, y todos se encontraban elevándose por los aires.

Al poco, sonaba la voz de Chet que decía por el altavoz:

—No tenemos azafata a bordo que pueda servirnos la comida, pero, si alguna de las niñas quiere hacer ese trabajo, encontrará un uniforme colgado en el armarito próximo a la cocina.

Holly se ofreció inmediatamente a hacer de azafata y ponerse el

uniforme, pero su madre le recordó que no había que pensar en comer hasta pasadas dos horas.

Mientras el avión surcaba el aire, los niños se entusiasmaban contemplando el atrayente escenario de abajo. No obstante, a las doce en punto, Sue anunció:

—Mamita, tengo mucha gana.

Sonriendo, la señora Hollister preguntó:

—¿A quién le gustaría ser la cocinera?

—Déjame serlo a mí —pidió Pam.

—Y yo puedo ser la «pinche» —se ofreció, en seguida, Jean.

—¿Y yo puedo ser la azafata y serviros la comida? —inquirió Holly.

La señora Hollister asintió, alegremente.

La cocina estaba instalada en el centro del avión y había sido bien aprovisionada por Chet y Bud antes de iniciarse el viaje. Pam ayudó a Holly a ponerse el uniforme que encontraron colgado en el armario.

La revoltosilla Holly avanzó por el pasillo, contoneándose, mientras decía:

—Estoy a su servicio, señores pasajeros.

Al verla, todos se echaron a reír. La falda azul del uniforme arrastraba por el suelo y la chaqueta era tan grande que dentro de las mangas desaparecían por completo las manecitas de Holly. Lo único que le sentaba bien era la gorrita, que se había puesto ladeada y cayendo ligeramente hacia el ojo derecho.

Pam y Jean, como niñas hacendosas que eran, tuvieron a punto rápidamente los alimentos. Por suerte, todos los paquetes contenían comidas ya preparadas, sin necesidad de hacer más que calentarlas, cosa que hicieron las pequeñas cocineras en un pequeño horno.

Cuando la comida estuvo preparada, Pete, Ricky y Teddy ayudaron a Holly a servirla.

—Pero a tío Russ se lo serviré yo sola —insistió Holly—. Jean, ¿a tu papá le gusta el café?

—Sí.

—¿Con azúcar?

—Sí. Con dos cucharadas grandes.

Holly cogió el paquete del azúcar y echó el polvito cristalino en

la taza del café. Balanceando suavemente la bandeja, fue a servir la comida a su tío. Él cogió la bandeja, sonriendo al decir:



—Humm. Me gusta el buen café.

Y cogiendo la taza, tomó un trago. En el mismo instante, puso la cara más rara y cómica que los niños vieran nunca.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Holly muy asustada.

Tío Russ no podía hablar; empezó a toser y se puso bizco. Luego, moviendo los labios de un lado a otro, hizo un esfuerzo por tragar.

—¿No… no será que está demasiado caliente? —preguntó Holly con angustia.

Al fin, tío Russ consiguió decir:

—¿Quién ha echado sal en este café?

Haciendo un pucherito y con sólo un hililllo de voz, Holly repuso:

—Habré… si sido yo. Creí que era azúcar.

—¡Ag! —fue cuanto pudo responder tío Russ, mientras todos los demás se echaban a reír.

Holly no sabía cómo disculparse.

—Lo siento mucho, mucho.

Pam llevó a su tío otra taza de café, esta vez endulzado con verdadero azúcar. Durante la tarde, los niños pasaron el tiempo yendo y viniendo a hablar con los pilotos. Luego, cuando después de cenar se hizo de noche, los Hollister echaron hacia atrás los

respaldos de los asientos y se dispusieron a dormir.

Cuando los pasajeros abrieron sus ojos aún soñolientos, empezaba a amanecer, y en el este el cielo tenía un lindo color rosado. Pam miró hacia abajo donde aparecían una serie de islillas.

En seguida corrió a ayudar a su madre y su tía en la preparación del desayuno. Al poco sonaba la voz del piloto por el intercomunicador:

—Estamos volando sobre las islas de la costa oeste del Canadá —anunció—. Haremos escala en el aeropuerto de la isla de Annette, ya en Alaska.

Varias horas más tarde, cuando ya habían tomado la comida, Chet empezó a hacer descender el avión hacia unas pequeñas islas cubiertas de arbolado.

—Estamos llegando a la isla de Annette. Tengan la bondad de ajustarse los cinturones.

Mientras aterrizaban, un gran nerviosismo se apoderó de Ricky, cuyo corazón parecía saltar dentro de su pecho.

—¡Canastos! —exclamó el pecoso—. ¡Ahora sí que estamos ya en la tierra de los osos pardos!

Por el oeste, y a través de las nubes, podía verse un picacho montañoso, cubierto de nieve. Chet hizo dar media vuelta al avión, y lo hizo avanzar hacia un grupo de edificios situados en la parte oeste de la pista.

Habló el copiloto, para decirles:



—Ahora tienen la oportunidad de salir a estirar las piernas, pero tengan la bondad de no alejarse demasiado del aparato.

Los pilotos hicieron bajar las escalerillas de la puerta de salida y todos bajaron a tierra. Alborozados al encontrarse bajo el aire fresco y confortador, los niños corrieron hacia la cola del avión, mientras los pilotos iban a revisar los depósitos del combustible.

Señalando a la montaña nevada, Sue anunció:

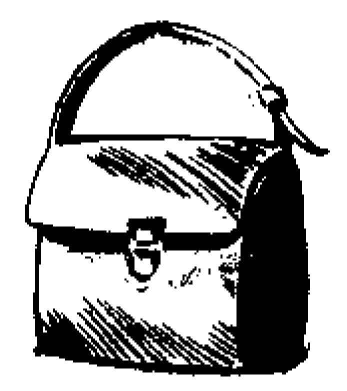
—Quiero verlo de cerca.

—¡No te alejes! —le gritó Holly.

Pero el viento que soplaba en los oídos de la pequeñita le impidió oír el consejo de su hermana. Un momento después, Sue se encontraba en el centro de la pista de aterrizaje.

Con la rapidez de un ciervo y con el corazón latiéndole angustiosamente, Pete echó a correr hacia la pequeña. ¡Un enorme avión estaba planeando, disponiéndose a tomar tierra!

DESAPARECEN LOS BOLSOS



Avanzando a toda la velocidad que le permitían sus piernas, Pete alcanzó a la pequeña, la cogió de la mano y tiró de ella para apartarla del avión que estaba a punto de aterrizar. Luego, ya más despacio, volvió con su hermanita junto a los otros, que estaban estremecidos por el susto que acababan de pasar.

—Pete, has sido un valiente —alabó la madre—. Y tú, Sue, hijita, no vuelvas a separarte de nosotros.

—Perdona, mamita.

Chet y tío Russ, que habían interrumpido la conversación a causa de la imprudencia cometida por Sue, se aproximaron ahora a la señora Hollister y a tía Marge. Mientras el dibujante fruncía el ceño, el piloto dijo:

—Malas noticias. Uno de los motores no funciona del todo bien y tenemos que permanecer aquí unas horas para repararlo.

Pero a los niños no pareció importarles el retraso.

—Podemos divertirnos con juegos —propuso Holly, con su vocecilla gorgojeante—. He traído algunos juegos en mi maletín.

El piloto sonreía.

—He oído decir que os llaman los Felices Hollister, y ahora comprendo por qué —dijo, añadiendo—: Por aquí llegaréis a la sala

de espera.

Sólo el saber que ya estaban en Alaska tenía entusiasmados a los niños. Después de contemplar largamente todo el aeropuerto, pasaron la tarde entretenidos con lápices de colores, haciendo dibujos, adivinanzas y juegos de palabras. Aunque el tiempo les pasó muy rápidamente, hasta después de la cena no les llamó Chet, anunciando:

—Ya estamos preparados. ¡Todos a bordo!

Después de recorrer unos metros de la pista, el gran avión volvió a despegar. Voló alto durante un rato y luego descendió a poca distancia de una franja de agua. Bud salió de la cabina para explicarles qué lugares eran los que estaban viendo.

A ambos lados del avión se veían montañas. De pronto, Pam señaló a la derecha, exclamando:

—¡Mirad allí! ¡Hay una ciudad!

—Es Juneau, la capital de Alaska —explicó Bud—. Volvamos sobre el canal de Gastineau.

Muy bajo, al pie de una gigantesca montaña, se distinguían los edificios de una pequeña ciudad. La base en que se asentaba Juneau era tan inclinada que Pam pensó que de no ser por los sólidos muelles que la bordeaban, la ciudad entera habría resbalado al agua. Uno de los puertos resaltaba entre los demás porque en él se encontraban varios aviones anfibios de amarillas alas. En aquel momento, uno de los extraños aviones despegaba del agua y Pam, mientras seguía atentamente sus movimientos, descubrió una gran edificación gris, levantada a mitad de la ladera.

—¿Qué es eso? —preguntó a Bud.

—La mina de oro Jueneau. Esta ciudad se creó cuando dos mineros, llamados Juneau y Harris encontraron aquí oro, hace muchos años.

Bud aconsejó que se ajustasen los cinturones y minutos después el avión tomaba tierra en una amplia pista e iba a detenerse ante un edificio bajo, de ladrillo.



—Ya hemos llegado —anunció Chet—. Bud y yo volveremos a buscarles cuando ustedes decidan regresar.

Después de dar las gracias a los aviadores por aquel agradable y cómodo viaje, los Hollister ayudaron a bajar el equipaje. Una gran limousine les trasladó al centro de Juneau, que resultó ser una ciudad pequeña, de calles serpenteantes y edificios bajos.

—Es una ciudad torcida —declaró Holly, mientras el coche subía colina arriba, hacia el hotel en donde habían de alojarse.

En el tercer piso del hotel les habían reservado un apartamento. La señora Hollister y sus hijos ocuparon tres habitaciones que se comunicaban entre sí. Tío Russ y su familia se instalaron en dos habitaciones situadas al otro lado del pasillo.

Pam miró su reloj de pulsera. ¡Si eran ya las diez de la noche y en la calle seguía luciendo la luz del día!

—Es hora de acostarse —sonrió la señora Hollister—, aunque estemos en una tierra donde el sol brilla a medianoche, durante el verano.

—En cambio, en algunas épocas del invierno, reina la oscuridad día y noche —explicó tío Russ.

—Yo no puedo dormir con la luz del día —protestó Ricky.

Tío Russ, comprensivo, opinó:

—Puede que un paseo nos dé a todos sueño.

Todos bajaron en el ascensor y salieron del hotel, a las aceras de

hormigón. Al poco, Pete, que iba delante de todos, llegó a un extenso puerto, paralelo al canal. Varias personas paseaban a orillas del agua.

—¡Zambomba! —se asombró Pete—. Ésta es la pista de aviones anfibios que hemos visto desde el avión. ¡Es estupenda!

Sobre las aguas del canal Gastineau y formando ángulos rectos con el muelle, había un desembarcadero flotante. Junto a él, descansando sobre las aguas, se veían dos aviones anfibios, amarillos y azules. En el mismo punto flotante, había otros tres anfibios aparcados ante un hangar, donde dos mecánicos trabajaban en la reparación de un motor.

—¡Qué cosas! —murmuró Ricky, reflexivo.

—¡Y qué panorama tan lindo! —observó Pam—. ¿Aquello de allí es una isla, tío Russ?

El dibujante no lo sabía, pero un peatón que les oyó dijo que el lugar era la isla Douglas y que quedaba comunicada con la capital por un largo puente.

Ya todo el grupo volvía a ponerse en marcha, cuando la señora Hollister pidió a Pam que le sostuviera el bolso.

—Se me ha desatado el zapato —explicó.

Pam, que también llevaba un bolsito, aunque más pequeño, lo metió en el de su madre y echó a correr para alcanzar a los otros. La madre, que llegaba junto a ellos un momento después, preguntó de pronto:

—¿Dónde están Ricky y Holly?

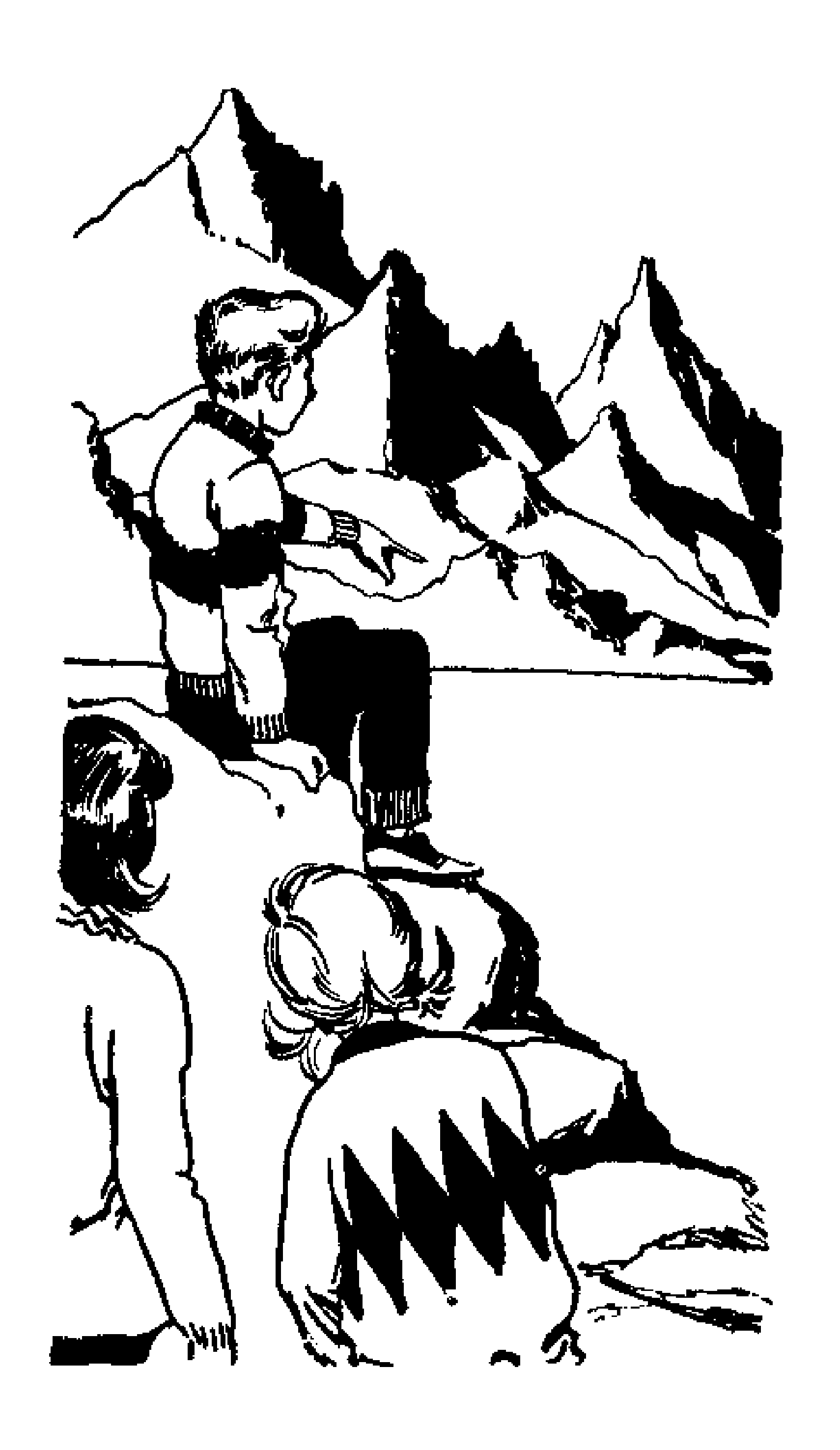
Pete se volvió en redondo.

—¡Vaya! Pero si hace un momento estaban aquí.

En seguida, pronunció a gritos el nombre de sus dos hermanos, pero nadie le dio respuesta.

—No te preocupes, mamá, que en seguida les encontraremos —dijo Pam, consoladora.

Y dejó el bolso en el suelo, al lado de su madre, para unirse a Pete, Teddy y Jean y con ellos encaminarse al extremo sur del muelle. Los niños desaparecidos no estaban allí.



—Deben de haber ido por el otro lado —opinó Pete, disponiéndose a dar media vuelta. Pero de pronto gritó—: ¡Allí! ¡Me parece que los veo allí!

—¿Dónde?

—Junto a los aviones.

Pete y Pam se lanzaron hacia el caminillo de madera situado sobre el agua, dieron la vuelta a la esquina y se encaminaron a la zona en donde trabajaban los dos mecánicos.

—No podéis pasar por aquí —dijo uno de ellos a los niños con voz áspera.

—Es que estamos buscando a mi hermana y mi hermano que se han perdido —explicó Pete.

—No hemos visto a nadie por aquí —dijo el otro hombre.

Pero Pam señaló hacia uno de los aparatos situados sobre el agua y que se balanceaba.

—¡Eh, allí hay alguien! —exclamó el mecánico que hablara primero.

—Nosotros iremos a ver —se ofreció Pete, en seguida.

Él y Pam saltaron al muelle flotante y corrieron al avión. La puerta estaba entreabierta. Pete miró al interior, ordenando al momento:

—¡Salid de ahí! ¡Todo el mundo os está buscando!

Ricky y Holly salieron muy asombrados.

—¿Qué pasa? No hacíamos más que examinar el avión —explicó el pecosillo—. ¡Es fantástico!

Para entonces ya habían llegado junto a ellos los dos mecánicos.

—Aquí no se puede entrar sin permiso —dijo uno de los mecánicos a los dos pequeños.

Regresaron junto a los demás y Ricky y Holly pidieron perdón por haber asustado a todos. Ya todo arreglado, la familia regresó hacia el hotel. Por el camino, la señora Hollister miró a Pam y preguntó:

—¿Dónde has dejado mi bolso, nena?

Pam se detuvo en seco y demostró inmediatamente preocupación.

—Lo dejé a tu lado en el muelle, cuando corría a buscar a los niños. Creí que tú lo habrías recogido.

Cuando la señora Hollister contestó que no lo había recogido, todos corrieron hacia la zona del muelle en donde estuvieron parados.

¡El bolso había desaparecido!

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister—. Si llevaba una buena cantidad de dinero.

Pam estaba a punto de echarse a llorar.

—Además, dentro del tuyo estaba mi bolsito con la carta del señor Roebuck y mi lapicito de plata.

Aquel lápiz de plata de ley se lo habían regalado a Pam en su último cumpleaños. Estaba primorosamente trabajado y era una de las cosas que más apreciaba la niña, que no pudo dominar por mucho rato las lágrimas. Al cabo de un momento echaba los brazos al cuello de su madre y empezaba a llorar con desconsuelo.

—Vamos, vamos. No lo toméis así —dijo tío Russ, apaciguador —. Estoy seguro de que aparecerán esos bolsos.

Pero, por mucho que miraron una y otra vez por todo el muelle, el bolso no aparecía. Tampoco sirvió de nada preguntar por el bolso a las gentes que pasaban.

—¿No creéis que han desaparecido porque los han robado? —preguntó Ricky.

—Puede que se haya caído al agua —opinó Pete.

Y Jean, esperanzadora, sugirió:

—A lo mejor se lo ha encontrado alguien que ha ido a entregarlo a la policía.

Pete se ofreció para telefonear a jefatura y se metió en una cabina adyacente a un establecimiento. Momentos después reaparecía con expresión desanimada. A jefatura no se le había puesto al corriente del encuentro de bolso alguno. No obstante, se ordenaría a alguno de los hombres del cuerpo de policía que se ocupase de los objetos robados aquella noche.

Entonces ya había oscurecido demasiado para poder seguir buscando y la señora Hollister opinó que lo más sensato era regresar al hotel. Muy decepcionados, se marcharon del muelle. Ya en sus habitaciones, los Hollister se metieron en la cama y pronto quedaron dormidos.

La primera en despertarse fue Sue, que se deslizó sigilosamente

de la cama para ir a asomarse a la ventana. El sol había vuelto a salir y la pequeñita empezó a dar saltitos por la habitación, mientras gritaba:

—¡Mami, despierta! Ya es hora de salir a buscar tu bolso.

La señora Hollister abrió los ojos.

—¡Señor, qué cansada estoy! —se lamentó en un murmullo.

En seguida se sentó en la cama y estiró los brazos, mirando por casualidad el reloj.

—Pero, Sue, ¡qué diablejo eres! ¡Si son las tres de la madrugada!

—Si «birlla» el sol y están cantando los pajarines… —hizo notar Sue—. Se te ha tenido que parar el reloj, mamita.

La señora Hollister telefoneó al conserje para cerciorarse. Su reloj funcionaba bien. No eran más que las tres de la madrugada.

—Vuelve en seguida a la cama —dijo, besando a la pequeña.

Y aún se levantó para echar completamente las persianas. Cuando la señora Hollister volvió a despertarse, eran ya las ocho de la mañana; entonces despertó a todos sus hijos.

Por los ruidos que llegaban de las habitaciones situadas al otro lado del pasillo se dedujo que tío Russ y su familia también se estaba preparando para bajar a desayunar. Poco después, todos se reunían en el vestíbulo.

—Después de desayunar, quiero jugar a los detectives y encontrar los bolsos de mamá y de Pam —afirmó Ricky.

—Y yo te ayudaré —se ofreció Holly—. ¿Por dónde empezaremos?

—Preguntaremos a los hombres que había en el muelle de los aviones anfibios.

A todos les pareció bien la idea y a las nueve y media se encaminaron al muelle. La primera persona a quien vieron fue a un piloto joven y robusto que llevaba en la manga los galones de capitán. Tío Russ se presentó al joven que le dijo que su nombre era Lund.

—Estamos buscando un bolso, conteniendo un monedero y otras cosas, que se perdió anoche en el muelle —dijo el dibujante—. ¿Tiene usted noticia de que alguien haya encontrado ese bolso?

El capitán Lund dijo que no, pero en seguida reaccionó, recordando:

—Un momento… Vi a un hombre que se agachaba a recoger algo.

—¿Era de color oscuro? —preguntó esperanzada Pam.

—Sí. Sí, era oscuro. Y vi que el hombre se lo guardaba bajo la camisa.

—¿A dónde fue ese hombre? —inquirió Holly.

El capitán Lund repuso que había entrado en la sala de espera donde estaba la taquilla de billetes. Apenas había acabado de decir aquello, cuando Pete y Teddy echaron a correr hacia el citado edificio. Los demás niños fueron tras los muchachos y en seguida empezaron todos a buscar nerviosamente.

Pam fue la primera en descubrir el bolso de la señora Hollister.

—¡Está aquí! —anunció, muy nerviosa.

El bolso, que se encontraba bajo un largo banco, estaba abierto. Pam lo recogió, mirando inmediatamente al interior y exclamó con tristeza:

—¡Mamá, está vacío! ¡Se han llevado también mi bolsito!

Tío Russ se acercó a examinarlo y comprobó que, efectivamente, estaba completamente vacío.

—¡Qué mala suerte! —murmuró.

—¡Y nos hemos quedado sin la importante carta para el señor Gallagher! —sollozó Pam, sin poder contener las lágrimas.

Pete procuró tranquilizar a su hermana, diciendo que estaba seguro de que bastaría presentarse y explicar lo ocurrido al viejo explorador de la Casa de los Pioneros de Alaska les atendiera igual que si llevasen la carta del señor Roebuck.

—Lo mismo creo yo —concordó la señora Hollister.

Todos salieron tristemente de la sala de espera. Su primer día en Alaska no estaba resultando nada feliz.

Viendo las caras largas y mohínas de todos, el tío Russ dijo:

—Animaos de una vez. Estoy seguro de que todo se arreglará. ¿Qué os gustaría que hiciésemos ahora?

—Visitar un museo —sugirió Jean—. Puede que sirva para encontrar alguna clave del tótem perdido del que os habló el Viejo Ben.

—Eso, eso —gritó, ya contenta, Holly—. ¡Sabremos el secreto de las carotas de madera!

A un muchacho que pasaba cerca, Pete le preguntó dónde podrían encontrar un museo.

—Seguid por esa calle —repuso el otro chico, amablemente—. Hacia la parte alta de la montaña y al final de ella encontraréis un edificio muy grande de piedra. Dentro hay un museo.

—Muchas gracias.

Pete abrió la marcha y a los pocos minutos, los forasteros entraban en el museo.

Les recibió un celador, que salió de su oficina encristalada para saludarles. Era un hombre sonriente, de mediana estatura, que llevaba una chaqueta deportiva gris y gafas con montura de concha y que a los niños les pareció muy simpático.

Después de escuchar sus explicaciones, el celador, que se llamaba señor Kay, les dijo que nunca había oído nada sobre un tótem desaparecido.

—De todos modos —añadió— podéis entrar y mirar cuanto os guste. Tenemos algunos tótems y muchas reliquias de esquimales y de indios que suelen gustar a la gente menuda.

El museo estaba lleno de armas toscas de los nativos de Alaska, utensilios de cocina, trabajos de arte e incluso un oso pardo disecado. Ricky y Teddy se sintieron muy interesados por un kaiak, o canoa típica esquimal, hecha de cuero, mientras que Pete y Pam examinaron varios tótems antiguos.

Tío Russ hizo un boceto de una colección de muñecas indias, haida, mientras los demás le observaban con admiración. De repente, Pam llamó su atención y señaló a un hombre situado al fondo del museo, que examinaba un viejo y estropeado tótem. En aquel momento, el hombre acababa de meter un dedo en un orificio de la parte posterior de la antigua reliquia. Luego, sacando un cuchillo de su bolsillo, empezó a hurgar en la media carcomida madera.

—No debería hacer eso, ¿verdad? —susurró Pam.

—No —contestó tío Russ.

Como el señor Kay estaba ocupado en su oficina, el dibujante se guardó el boceto recién acabado y se aproximó al desconocido.

—En los museos no se pueden tocar y estropear las cosas que se exhiben —advirtió al hombre.

Los ojos del desconocido miraron agresivamente a Russell Hollister. El individuo era pequeño, delgado y con un hombro más caído que el otro.

—Ocúpese de sus asuntos —gruñó, torciendo los ojos.

Y muy enfadado, metió una mano en el bolsillo, para sacar papel y un lápiz. Mientras escribía apresuradamente, Pam exclamó sin aliento:

—¡Es mi lápiz de plata!

UN MILLÓN DE CUADRITOS DE HIELO



Cuando se oyó la exclamación de Pam, el hombre se metió el lápiz en el bolsillo, dio media vuelta y, echando a correr, salió del museo. Pete, Ricky y Teddy se lanzaron en su persecución, seguidos de tío Russ.

Pero el desconocido era un hombre astuto. En lugar de seguir corriendo a lo largo de la calle, se metió en una tienda y la cruzó a toda prisa, saliendo por la puerta trasera. Salió a un callejón y desapareció.

Sus perseguidores acabaron por detenerse, muy disgustados.

—¡La próxima vez que le veamos, le atraparemos! —declaró Teddy, solemnemente.

—¡Y le obligaremos a que nos devuelva el dinero de mamá, el lápiz de Pam y la carta del señor Roebuck! —aseguró Pete.

—Por lo menos, hay que intentarlo —dijo tío Russ, mientras regresaban al museo—. Estoy pensando que tal vez el señor Kay haya reconocido a ese hombre.

El celador dijo que había visto un momento al fugitivo:

—Me pareció que era «Oreja» Farley.

Y el señor Kay explicó que «Oreja» era un pescador sin escrúpulos que operaba en el área de Sitka-Juneau. En varias

ocasiones le habían descubierto apoderándose de cañas ajenas, donde habían picado bacalaos, y por ello pasó varios meses en prisión.

—¡Qué desaprensivo! —exclamó la señora Hollister.



El señor Kay asintió y aconsejó a los Hollister que fuesen precavidos y notificasen inmediatamente a la policía lo ocurrido.

Utilizando el teléfono de la oficina del celador, tío Russ llamó a la policía. En cuanto oyó la información del señor Russell Hollister, el sargento que estaba al aparato prometió que sus hombres saldrían inmediatamente en busca de Farley, cuya descripción era bien conocida para ellos.

—Les llamaremos dentro de poco —dijo el oficial.

Mientras esperaban la llamada de la policía, los Hollister conversaron con el señor Kay. El simpático celador del museo demostró mucho interés, no sólo por el robo que habían sufrido los Hollister, sino también por las historietas cómicas de tío Russ. Dijo que él había hecho estudios muy interesantes sobre los tótems y que estaba dispuesto a responder a cualquier pregunta que quisieran hacerle.

—¿Es usted capaz de leer lo que dice un tótem, o eso sólo pueden hacerlo los indios? —quiso saber Jean.

El señor Kay repuso que los tótems, no se «leían», sino que se reconocían. Los tótems contienen detalles recordativos, que pueden servir para que a uno le venga a la memoria la historia de determinada persona, si ya de antemano se conoce dicha historia.

Y, contestando a una pregunta de Pete, el señor Kay explicó que muchas de las historietas grabadas en los tótems están tomadas de leyendas de las tribus.

—La leyenda más importante es la de las hazañas de Cuervo, un héroe de los indios, que habitaban la zona noroeste.

—¡Seguro que ese señor Cuervo vivió hace un millón de años! —calculó rápidamente Holly.

—No. Nada de eso.

El señor Kay contó a los Hollister que los tótems, aunque parecen muy antiguos, fueron esculpidos en el siglo diecinueve.

—Muchos de los que se encuentran hoy día en Alaska tienen cien años, como máximo, de existencia.

Cuando Ricky explicó que Joey había dicho que los tótems eran ídolos, el señor Kay se echó a reír, asegurando:

—Eso son tonterías. Los tótems se usaban como pilares para sostener los edificios y como construcciones funerarias para contener las cenizas de los muertos; también hay algunos que son monumentos conmemorativos, genealógicos, de ceremonial y ridiculizantes.

Pam tomó nota en su memoria de todas aquellas explicaciones para poder contarlo en la escuela, y deseó que el señor Kay le explicase algo sobre los tótems ridiculizantes.

—Eran los que se utilizaban para avergonzar a alguien. Con ese propósito, los indios Haida solían esculpir en un tronco una figura boca abajo.

—¿Y eso que ha dicho usted de los tótems de «cereal»? —indagó Holly.

Todos se echaron a reír y el señor Kay dijo risueño:

Debes de referirte a los tótems de ceremonial, ¿verdad? Verás. Cuando el jefe indio llegaba a ser rico invitaba a sus amigos a un gran banquete que se llamaba «potlatch». Entonces se erigía un tótem en recuerdo del feliz acontecimiento.

Antes de que el señor Kay hubiera podido decir nada más sobre los interesantes tótems, sonó el teléfono. El celador del museo contestó a la llamada y en seguida pasó el auricular a tío Russ. Era la policía. Después de colgar, tío Russ explicó:

—La policía le sigue la pista. No tardarán en atrapar a ese

Farley. Ha salido para Sitka en avión y será interrogado en cuanto llegue al aeropuerto.

La policía se había, enterado de que el piloto del avión era su amigo el capitán Lund. Establecieron contacto por radio con él, y Lund les dijo que Farley iba sentado cerca de la cabina. El sospechoso, que no podía haber oído la conversación a causa del fuerte ruido del motor, sería interrogado por la policía en cuanto llegasen a Sitka.

—¡Olé, olé! —exclamó Holly cuando el teléfono volvió a sonar.

Era otro mensaje desde la jefatura de policía, pero esta vez las noticias resultaron desalentadoras. Farley había sido registrado en cuanto salió del avión, pero no llevaba encima ni el lápiz de plata, ni la carta, ni el dinero de la señora Hollister.

—¿Y cómo han podido desaparecer nuestras cosas? —suspiró Pam.

—El capitán Lund cree saber lo que ha pasado con todo ello.

Por lo visto, antes de aterrizar, el piloto se dio cuenta de que Farley había dejado caer algo por la ventanilla. Parecía un pañuelo blanco.

—¡Zambomba! Seguro que sé lo que ha pasado —aseguró Pete —. Farley ha hecho un paracaídas con su pañuelo y ha dejado caer al agua todo lo robado.

—Entonces, ¡todo se hundirá! —murmuró Teddy.

Pete pensó que tal vez Farley hubiera atado un trozo de corcho al pañuelo. De ese modo, todo se mantendría a flote hasta que él tuviera la oportunidad de recuperarlo.

Pam empezó a sentir una nueva inquietud. ¿Y si aquel Farley utilizaba la carta del Viejo Ben para conseguir que el señor Gallagher le diera la pista del tótem misterioso?

Para evitar eso, Jean propuso que fueran todos rápidamente a Sitka y explicaran al señor Gallagher lo sucedido.

—Lo malo es que hoy ya no salen más aviones —objetó el señor Kay—. Tendrán que esperar a mañana.

Dándose cuenta de lo tristes que se habían puesto los niños, el señor Kay sugirió que fuesen aquella tarde a visitar el glaciar Mendenhall.

—Está a pocas millas de aquí y es un bello espectáculo.

Después de darle las gracias, los Hollister volvieron al hotel, donde tío Russ telefoneó para alquilar una furgoneta. Cenaron temprano y luego se metieron todos en el vehículo y salieron de la ciudad por un caminito serpenteante, hasta que llegaron a un lugar tan sorprendente que el verlo dejaba sin respiración. Frente a ellos, entre las laderas de dos montañas había un lago de aguas heladas.

—¡Canastos! —gritó Ricky alegremente—. ¡Parece que hay un millón de cuadraditos de hielo!

Desde lejos, el glaciar despedía blancos destellos; al irse aproximando, los visitantes pudieron darse cuenta de su enorme extensión.

—¡Carambita, nunca había visto tanto hielo junto! —declaró Teddy.

Al llegar al final de la carretera, todos salieron de la furgoneta y saltaron entre las rocas que rodeaban aquel lago helado.

—Me siento pequeñísima —dijo Pam, mientras comparaba su tamaño con el de la enorme capa de hielo que se extendía ante ellos.

Los dedos de tío Russ se movieron ágilmente sobre el papel en que estaba tomando un apunte del impresionante panorama.

—¿Y cómo se ha metido ese hielo ahí dentro, papá? —preguntó Teddy.

El tío Russ explicó que era debido a un acumulación de nieve en las cimas de las montañas. Moviéndose lentamente, a causa de su propio eso, la nieve, transformada en hielo, iba resbalando hasta el valle.

Pete se fijó en que el paredón rocoso estaba profundamente erosionado, sin duda a causa de los hielos que por allí resbalaban.

—Ése es el motivo —corroboró su madre.

—¿También el hielo hace esto? —preguntó Ricky, cogiendo un puñadito de piedras para mostrárselas a su madre.

La señora Hollister repuso que sí. El movimiento del glaciar desgastaba las piedras, convirtiéndolas en bolitas casi perfectas. Cada uno de los chicos cogió un montoncito de aquellas piedras y se las guardó en el bolsillo.

—Para recuerdo —dijo Teddy, sonriendo.

El sol había descendido sobre la montaña y el pálido color del

cielo se transformó en un tono rosado. La señora Hollister tendió la cámara fotográfica a Pete y el muchacho hizo varias fotografías.

—Me parece que tendríamos mejor perspectiva desde el otro lado —dijo Pete, y tío Russ opinó que Pete tenía razón.

Todos volvieron a subir a la furgoneta y retrocedieron un trecho del camino. Luego, tío Russ hizo girar el vehículo a la derecha hasta que llegaron a la otra orilla del helado lago.

—¡Canastos! ¡Mirad cuántos icebergs! —gritó Ricky, saltando del vehículo y corriendo hacia la orilla.

—Voy a tomar un poco de glaciar helado —dijo.



Y sonriendo, empezó a chupar el trocito de hielo que le pareció delicioso.

—Yo también quiero un poquito —declaró Jean y, cogiendo un palito, se aproximó a la orilla e intentó empujar hacia ella otro dé los flotantes trocitos de hielo.

—Ahora verás… ya… ya lo ten.

¡Plas! Jean se cayó al agua helada; Nadando a toda prisa salió a la orilla, murmurando estremecida:

—¡Estoy con… congelada!

Su padre y su madre la ayudaron a escurrir el agua de sus vestidos y todos corrieron al coche para regresar lo antes posible a Juneau.

Cuando llegaron al hotel, Jean fue la primera en tomar al ascensor para subir a mudarse.

Cuando el padre de Jean pasó ante el mostrador de recepción, salió de pronto un policía que le dijo:

—Soy el oficial John. ¿Es usted el señor Hollister?

—Sí, oficial.

—Hemos recibido una denuncia contra alguien que se apellida Hollister —anunció gravemente el policía.

—¿Una denuncia contra mí? —preguntó tío Russ con incredulidad.

—No sé exactamente si es contra usted. Pero alguien llamado Hollister ha robado esta tarde, en Sitka, la cartera a un anciano.

Los niños habían quedado tan confusos y aterrados que no lograban poder pronunciar palabra. Fue Pete el primero en poder hablar.

—¿Cómo se llama el anciano al que han robado? —preguntó.

—Es el señor Gallagher —repuso el oficial John.

UN VIAJE ESTUPENDO



Los Hollister se preguntaron instantáneamente si el señor Gallagher al que habían robado sería el mismo que vivía en la Casa de los Pioneros, en Sitka.

Estaba Pete a punto de preguntar al oficial si el señor Gallagher vivía en esas señas, cuando tío Russ dijo:

—Nosotros no hemos estado nunca en Sitka.

Después de que explicó todo lo que habían hecho durante aquel día, el oficial murmuró:

—Comprendo. Comprendo.

Entonces hizo Pete su pregunta y el oficial John contestó afirmativamente. Sí, el hombre a quien habían robado vivía en la Casa de los Pioneros.

—Pues nosotros llevábamos una carta de presentación para el señor Gallagher —explicó Pete—. La hemos perdido y creemos que ahora la tiene «Oreja» Farley.

Ahora, el oficial John estaba ya convencido de que había sido un impostor, que se presentó como Hollister, quien se apoderó de la cartera del viejo explorador.

—¿Y no ha explicado el señor Gallagher las señas del ladrón? —preguntó Pam.

El oficial repuso que, por desgracia, el anciano tenía muy mala vista y no había podido hacer una clara descripción del

desconocido.

—Mañana vamos a ir a Sitka. A lo mejor podemos ayudarles a encontrar al ladrón —dijo Pete, esperanzado.

El oficial John aseguró que agradecería cualquier ayuda que pudieran prestarle los Hollister y les deseó suerte para su viaje en avión.

—¿Y por qué a ese hombre malote le llaman «Oreja»? —se interesó Holly.

El policía explicó que Farley había recibido aquel apodo hacía muchos años, porque era muy aficionado a las orejas marinas, un molusco que abundaba en las costas.

—Es como una ostra y tiene muy buen sabor. Además, su concha es muy bonita, encontrareis muchas en Sitka —dijo el oficial John.

Aclarada la identidad y la inocencia de los Hollister, el policía se despidió de ellos y salió del hotel.

A la mañana siguiente volvieron a hacer los equipajes y los muchachos ayudaron a llevar maletas a la oficina del aeropuerto. Cuando tío Russ adquirió los billetes, el empleado de la taquilla sonrió y dijo:

—Han tenido ustedes suerte al venir tan temprano. Irán solos en el avión. Con ustedes, quedan todas las plazas cubiertas.

Al oír aquello, Jean pareció preocupada.

—¿Y por culpa nuestra hoy no va a poder ir nadie a Sitka? —preguntó.

El empleado repuso amablemente que un poco más tarde saldría otro avión especial con más pasajeros.

—Entonces, iremos otra vez como en un avión particular dijo Pam, muy contenta.

Y Holly propuso en seguida:

—Yo seré la azafata.

Los niños recibieron permiso para entrar en el muelle flotante y contemplar el bimotor anfibio que había dé trasladarles a la antigua capital.

Mientras un ayudante colocaba el equipaje en el compartimiento posterior, el capitán Lund se aproximó a los Hollister. Llevaba un uniforme azul y la gorra de aviador.

—¿Va a ser usted quien pilote el avión? —preguntó Pete.

—Sí. Voy a ser yo. ¿Tenéis noticias del bolso desaparecido?

Pete le explicó lo poco que habían averiguado y agregó:

—Vamos a Sitka para ver si nos enteramos de algo más.

Luego, señalando un edificio que se elevaba en la falda de la montaña, junto a la mina de oro, el muchachito preguntó.

—¿No podríamos ir allí alguna vez para echar un vistazo, capitán Lund?

—Ahora no se permite a nadie la entrada a la vieja mina.

Ricky, que miraba embobado hacia aquel lugar, dijo, reflexivamente:

—Sería un sitio estupendo para esconderse.

El capitán Lund también opinaba lo mismo y explicó que las viejas galerías recorrían varias millas del interior de la montaña.

—Ahora se consideran demasiado peligrosas para dejar entrar a simples visitantes. Es una lástima, porque resultan muy interesantes.

Entonces, se volvió sonriente al tío Russ, para preguntar:

—¿Puedo sentarme delante con usted? —preguntó Pete.

—Desde luego.

Los Hollister pasaron del muelle al avión anfibio y Pete llegó hasta la cabina, para colocarse en el asiento que quedaba a la derecha del capitán Lund.

El capitán dijo a Pete que cerrase la ventanilla de su lado.

—Porque a veces sopla un viento muy fuerte —aclaró.

El capitán puso en marcha los motores y luego, moviendo una palanca que quedaba por encima de su cabeza, aceleró la marcha y a los pocos instantes, el aparato planeaba sobre el canal Gastineau.

Como el viento soplaba del norte, Lund guió el aparato hacia el agua, hasta situarlo a favor de la brisa.

Pete estaba tan entusiasmado que el corazón le saltaba dentro del pecho. El ruido de los motores iba en aumento. Ahora, el avión chapoteaba entre las olas, corriendo sobre las aguas de un azul verdoso.

Pete se dio cuenta de que avanzaban en línea recta hacia el puente que unía la isla Douglas a Juneau; llevaban una velocidad aterradora. ¿Cuándo volverían a remontarse para no chocar con el puente?

¡Rooommm! ¡Rooooommm! El avión anfibio seguía avanzando sobre las aguas. ¡Se aproximaban al puente por momentos!

Ahora, el corazón de Pete latía de miedo. El muchacho miró al aviador. ¿Sería capaz el capitán de hacer ascender al aparato antes de chocar en la inmensa construcción de acero?

La cara del capitán no tenía la menor expresión de inquietud y Pete no quiso decirle nada para no asustarle. En aquel momento, los motores empezaron a zumbar con temible estrépito.

¡El avión se había metido bajo el puente…!



Tan pronto como llegó al otro lado del puente, el aparato se elevó hacia los cielos. Pete dejó escapar un suspiro de alivio, mientras el avión iba ganando altura.

El capitán Lund tomó la dirección norte para pasar a la izquierda de la isla Douglas, antes de seguir avanzando en dirección suroeste.

Abajo, en las aguas resplandecientes, las islillas sobre las que iban pasando, parecían gigantescas balsas. Al poco rato, en la lejanía pudo ver Pete unas montañas con las cumbres cubiertas de nieve. Inclinándose hacia el capitán, preguntó a gritos, para hacerse oír:

—¿Vamos a pasar sobre aquellas montañas?

El piloto movió la cabeza afirmativamente. Veinte minutos más tarde, la más elevada de aquellas cumbres aparecía ante ellos, semejante a un gigantesco centinela de blanco casco.

—¿Cómo se llama esa montaña? —preguntó el chico.

—Monte Annahootz. Lleva el nombre de un buen jefe indio. Tiene mil quinientos metros de altura.

Mientras el avión pasaba sobre la cima de la montaña, el capitán Lund dio un codazo a Pete, para indicarle que mirase hacia abajo, donde se veían moverse sobre la nieve unos puntitos negros. El piloto buscó en una casilla situada a su izquierda y sacó unos gemelos que ofreció a Pete. El chico enfocó a los misteriosos puntitos negros.

—¡Son cabras monteses! —exclamó en seguida.

Los hermosos animales, de grandes y curvados cuernos, daban saltos increíblemente grandes; un momento después desaparecían tras unas rocas. Pete sonrió, devolviendo al capitán los gemelos.

Pasada la cima del monte Annahootz, el avión inició un picado para descender hacia Sitka, la ciudad que quedaba abajo, rodeada por el laberinto de un hermoso puerto. El capitán redujo el ruido de los motores y él y Pete pudieron hablar sin dar gritos. En una isla que se encontraba al otro lado del canal en que se asentaba Sitka, había otra montaña que el piloto señaló a Pete. Éste observo:

—Parece el Fusiyama del Japón.

—Sí. Por eso suelen llamarle el Fusiyama dé América. Pero su verdadero nombre es el de Monte Edge-cumbe. ¿Y ves aquellos grandes edificios blancos? Forman un hospital para esquimales e indios. Acuden allí de toda Alaska.

El silbido del viento sobre las alas del avión iba reduciéndose a medida que el aparato descendía hacia el agua. Pete observó que nunca había visto tantas islas pequeñas juntas.

—Hay montones de islillas rodeando este puerto —declaró él piloto, mientras continuaban descendiendo.

Por fin, con unas cuantas sacudidas, el avión se deslizó sobre el agua.

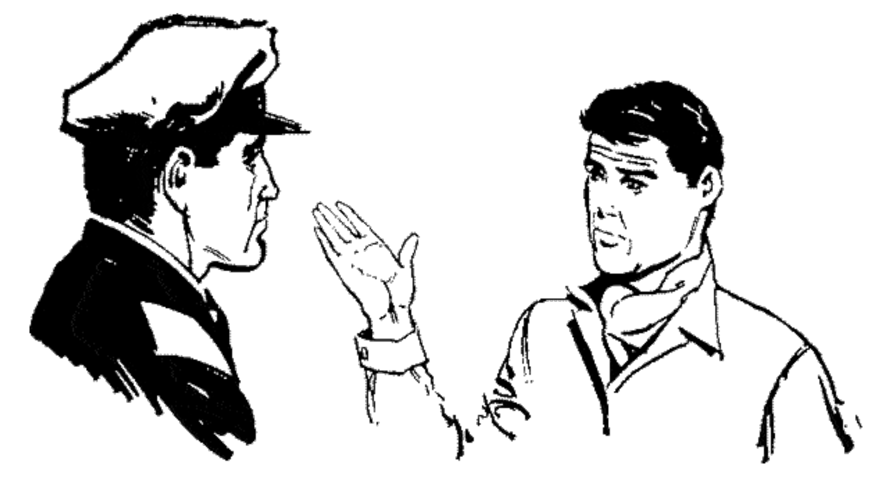
Durante el vuelo, Pete no había oído ni una palabra pronunciada por su familia, pero ahora, mientras iban a detenerse junto a un muelle de madera, todos los niños prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

—¡Ya veo un tótem! —anunció Holly.

—¡Canastos! ¡Qué grande es! —añadió entusiasmado Ricky.

Los pasajeros dieron gracias al capitán por el agradable viaje y bajaron a tierra. Un mozo del hotel en donde tío Russ había reservado habitaciones acudió a recoger el equipaje. Entre tanto, los niños corrieron hacia el pequeño parque donde estaba el tótem, que era mucho más alto que ninguno de los que habían visto hasta entonces. En los rostros de todos los Hollister resplandecieron las sonrisas, al contemplar las extrañas caras grabadas en la madera y que parecían mirarles haciendo muecas.

La señora Hollister, tío Russ y tía Marge se aproximaron también a ver la curiosa escultura. El dibujante sacó en seguida lápiz y papel, y empezó a hacer, un boceto de una niña y un muchacho que pasaban cerca; ambos iban muy serios, mirando al suelo y sin prestar atención a los visitantes.



Pam se dio cuenta en seguida de que eran indios. El muchacho debía de tener unos catorce años, su cara era muy redonda, de tez oscura y tenía grandes ojos oscuros. En la mano izquierda llevaba, sujeto por las agallas, un gran salmón plateado, que medía casi tres palmos.

—¡Chico! ¡Vaya pecezote! —dijo Ricky, admirativo.

Pero el chico ni siquiera sonrió.

La niña, que se parecía mucho al chico, debía tener la edad de Pam y llevaba el cabello peinado con flequillo y raya en medio.

—Parece que están muy tristes —observó Teddy.

La niña pasaba entonces lo bastante cerca para oír lo que Teddy

decía, y Pam se dio cuenta de que la niña india empezaba a llorar silenciosamente. Sin pararse a pensar, Pam se acercó a la desconocida y preguntó cariñosamente:

—¿Te ocurre algo malo?

La otra empezó a sollozar y Pam se sintió muy apurada, sin saber qué decir. En seguida se aproximó la señora Hollister, pasó un brazo alrededor de los hombros de la niña y preguntó:

—¿Qué te pasa, hijita?

La niña lloraba de tal forma que no podía decir una palabra, pero el muchacho explicó:

—Mi hermana y yo volvemos ahora de pescar. Cuando estábamos amarrando nuestra barca, un hombre saltó a ella y se la llevó.

—¿Quieres decir que os han robado la barca? —preguntó Pete.

—Sí. Y ahora Beth y yo no podremos participar en el Derby del Salmón.

LA HISTORIA DEL PIONERO



Después que Pam y su madre hubieron tranquilizado a la niña india, los dos hermanos dijeron que se llamaban Rossy y Beth Kindue y que la motora que les habían robado, que era propiedad de la familia, estaba pintada de rojo y llevaba a ambos lados de la proa la bandera de Alaska.

—Yo creí que en Alaska teníais la bandera americana —dijo Pam.

Al tiempo que se secaba las lágrimas, Beth contestó:

—Sí, tenemos la bandera de Barras y Estrellas, pero también tenemos nuestra bandera territorial.

Y luego la niña india explicó que la bandera de Alaska era muy bonita, con la Osa Mayor y la Estrella Polar representada en ella.

—Y todos los indios sabemos dibujarla —añadió Beth con orgullo.

—Contadnos algo de ése Derby del Salmón —pidió Pete.

Sue intervino entonces, indagando:

—¿Eso que dices es como un lazo, para poner guapos a los salmones?

Todos rieron divertidos y Rossy repuso:

—Un Derby es una competición.

El Derby del Salmón se celebraba en Sitka todos los años y duraba tres días. Se daban premios a quien obtenía el salmón más grande.

—¿Y no pueden prestaros otra barca para que vayáis al concurso? —preguntó Ricky.

Los hermanos indios les contestaron que el Derby era tan popular que cada barca participante había sido inscrita de antemano. Al hablar de aquello, los dos indios habían vuelto a ponerse tristes.

—Nosotros os ayudaremos —resolvió Pete, muy decidido.

Y Rossy sonrió al decir:

—En cuanto lleve este pez a casa, iré a decirle lo qué ha pasado al jefe de policía Harris. Si todos nos ayudan, a lo mejor encontramos al ladrón.

Beth les dijo que su familia vivía en el barrio indio de Sitka y señaló hacia una calle situada a la izquierda de la avenida principal.

—Nos veremos más tarde —dijo al despedirse.

Los Hollister dijeron adiós a los dos hermanos y marcharon al hotel, que se encontraba en la calle mayor y no lejos del mar. En la otra acera, frente al hotel, había un gran edificio hecho de ladrillo oscuro. Se asentaba sobre un extenso montículo, lleno de césped y lo rodeaban verdes prados.

Delante del edificio había una estatua de bronce representando a uno de los primeros exploradores que llegaron a Alaska. Llevaba un viejo sombrero de fieltro y grandes bigotes. En la mano izquierda empuñaba un rifle y apoyaba la mano derecha en un bastón.



Cerca de la estatua había varios bancos verdes ocupados por ancianos que charlaban, mientras tomaban el sol.

—¡Es la Casa de los Pioneros de Alaska! —exclamó Pam.

Mirando hacia allí, Sue preguntó a Jean:

—¿Tú crees que esos viejecitos serán los exploradores «viteranos»?

—Tal vez —contestó su prima.

—¿Y quién será el señor Gallagher?

Al oír la conversación de las niñas, la señora Hollister dijo que irían a preguntar por el explorador amigo del señor Roebuck, después que hubieran sacado las cosas de las maletas.

El pequeño vestíbulo del hotel quedó invadido por los Hollister; el tío Russ les inscribió a todos en el libro de entradas, después de hablar con el director, un hombre fornido y de pelo amarillento que se presentó como el señor Carr cuando estrechó la mano de tío Russ.

—Sus habitaciones están en el segundo piso —dijo el director del hotel—. Encontrarán allí sus equipajes.

Ricky, Holly y Sue corrieron delante y fueron los primeros en acabar de vaciar sus maletas.

—¿Nosotros tres podemos salir a jugar? —preguntó Holly a su madre.

En cuanto la señora Hollister les dio permiso, los tres bajaron los escalones de dos en dos.

Se detuvieron un momento en el vestíbulo, pero luego resolvieron que era preferible salir a la calle y cruzaron a la acera de en frente, en donde estaba la Casa de los Pioneros. Ricky subió a Sue en vilo hasta lo alto del paredón. Luego, él y Holly treparon hasta allí y se sentaron en la hierba.

—Podemos jugar al pato gris —propuso Holly.

—Nos faltan jugadores —objetó el pecosillo.

—Mira. Allí están Beth y Rossy con otra niña —anunció Holly.

Ricky llamó a los dos hermanos, que se aproximaron y Beth les presentó a su hermanita Sasha, de cinco años. Rossy explicó que en aquel momento se dirigían a ver al jefe de policía Harris.

—Quedaos a jugar un ratito con nosotros —rogó Holly.

—Bueno, pero sólo unos minutos —dijo el chico.

Los hermanos Kindue no sabían nada sobre el juego del «pato gris» y Holly tuvo que explicar que para aquel juego era preciso sentarse formando un círculo sobre la hierba. El que hacía de pato empezaba el juego pasando alrededor de los demás y dando a cada uno un golpecito en la cabeza al tiempo que decía un color de pato, como pato rojo, pato azul, pato verde…

—Y, cuando dice «pato gris», el niño a quien ha dado en la cabeza tiene que salir corriendo a perseguir al «pato» y procurar cogerle en seguida, porque si no, se queda sin sitio y tiene que ser él el «pato» —concluyó Ricky.

Pero Holly aún aclaró que cuando el «pato» era cazado tenía que colocarse en medio del círculo y esperar a que otro cazado le sustituyese.

Los pequeños indios estaban encantados.

—¿Y quién va a ser el pato? —preguntó Beth.

Holly se ofreció a serlo ella misma. Los demás se sentaron en círculo y ella fue pasando a su alrededor y dándoles en la cabeza, mientras decía:

—Pato azul, pato rosa, pato amarillo…

Sus amiguitos reían divertidos. De repente, Holly, al dar a Rossy en la cabeza, dijo en voz más alta:

—¡Pato gris!



El chico se levantó de un salto y salió en persecución de Holly, pero ella pudo escabullirse y llegar al puesto vacío del indio, antes de que le diese alcance.

El muchacho nombró patos de varios colores antes de exclamar, dando a Ricky una palmada en la cabeza:

—¡Pato gris!

Ricky se levantó y corrió tras Rossy. El chiquillo indio era muy rápido y Ricky tuvo que hacer un gran esfuerzo, con la intención de atraparle, pero corría tan atolondradamente que resbaló en la hierba y rodó un trecho, en el momento en que un hombrecito que cojeaba se aproximaba por el camino.

—¡Cuidado, Ricky! —advirtió Holly.

Pero el chiquillo rodaba con tal fuerza que fue a parar a los pies del anciano. Éste se tambaleó, aunque por suerte no llegó a caer al suelo.

—¡Lo siento! ¡Perdónenme! —dijo Ricky, azorado, mientras se ponía en pie.

El viejo se aproximó renqueando a un banco próximo y se sentó.

—Estoy bien, chiquito. No ha sido nada.

Todos los demás se aproximaron para cerciorarse de que el viejecito no había sufrido ningún daño.

—Todos sentimos mucho lo que ha pasado —se disculpó Holly, con su vocecilla cantarina—. ¿Nos perdona usted, señor…?

—Me llamo Gallagher.

La sorpresa hizo abrir a Holly la boca de par en par.

—¡Es el señor Gallagher! ¿Es usted el amigo del señor Roebuck?

—Sí. ¿Cómo lo sabéis? —preguntó el viejo explorador, inclinándose para contemplar mejor a los niños.

—Por favor, no se mueva usted de aquí, señor Gallagher —rogó la niña—. Voy a llamar a mis hermanos, y a mamá, y a tío Russ…

Mientras hablaba, ya Holly se alejaba corriendo. Volvió a los pocos minutos, acompañada del resto de la familia. Después de presentarse, los Hollister le explicaron por qué estaban en Alaska y para qué deseaban conocerle.

Entonces el señor Gallagher les contó cómo le había robado el desconocido.

—Traía una carta de Ben Roebuck y, naturalmente, creí que se trataba de una persona honrada.

—¿Estaba húmeda esa carta? —preguntó Pete.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado?

Pete repuso que sabían que Farley había arrojado un pañuelo «paracaídas», con las cosas robadas desde la ventanilla del avión.

—Y me imaginé que iría a buscarlo después de que la policía le registrase.

El señor Gallagher sonrió, declarando:

—Eres un buen detective. Confío que encontréis a ese truhán. ¡Y pensar que le estuve describiendo punto por punto el tótem desaparecido, mientras él me robaba la cartera! Pero yo siempre he tenido mala suerte. Hace muchos años me robaron una fortuna en pepitas de oro.

—¡Dios mío! ¡Pobrecillo! —murmuró Pam, compasiva.

Mientras tío Russ hacía sobre el papel un apunte del anciano explorador, la tía Marge hizo al viejecito más preguntas sobre el tótem desaparecido.

El señor Gallagher se reclinó en el respaldo del banco, se echó el sombrero hacia la frente para proteger sus ojos del deslumbrante sol y comenzó a explicar:

—El tótem del tesoro, del cual les habló el Viejo Ben, tiene en la parte superior un cuervo que sostiene un salmón en las garras. Debajo está la ballena asesina, luego un oso y al final una rana boca abajo.

—¡Huy! —exclamó Holly, risueña—. ¡A la pobre rana se le subirá la sangre a la cabeza!

La ocurrencia de la niña hizo reír a todos.

—Puede que la rana esté esculpida boca abajo porque los indios se burlaban de ella —opinó Pam, recordando las explicaciones del señor Kay.

El señor Gallagher dijo que Pam estaba en lo cierto. La rana representaba al jefe de la tribu de la rana, que debía al jefe de la ballena asesina diez pieles de nutria. Por eso, la tribu de la ballena asesina esculpió a la rana boca abajo para ridiculizar a sus enemigos. El viejo explorador añadió que los Haida, que poseían el tótem, se lo habían quitado a la tribu de la ballena asesina.

—¿Por qué? —se extrañó Pete.

—Porque decían que la tribu de la ballena asesina no tenía derecho a poner un cuervo en su tótem. —Viendo las caras de asombro de los Hollister, el viejecito explicó riendo—: Los indios

antiguos tenían costumbres muy extrañas.

Los Hollister se enteraron también de que se creía que el tótem estaba escondido en los alrededores de Sitka.

—Pero no sé en qué parte puede estar —declaró el señor Gallagher, concluyendo sus explicaciones.

Pete estaba preocupado.

—Ahora, «Oreja» Farley tiene una buena pista para empezar a buscar —reflexionó—. Seguramente ha sido él quien ha robado la motora de los Kindue y la utilizará para la búsqueda. Si encuentra el tesoro antes que nosotros…

—¡Vamos, vamos! —dijo Beth muy nerviosa, cogiendo a Rossy por un brazo—. Tenemos que ir a contar al jefe de policía lo que nos ha pasado.

Mientras el señor Gallagher, Sue y Sasha se habían alejado, ahora las dos pequeñitas se divertían haciendo una competición de volteretas sobre la hierba.

—¡Venid aquí! —llamó Pam, corriendo hacia ellas.

Pero las pequeñas no hicieron caso. Apoyaban la cabeza en la hierba, levantaban las piernecitas y daban voltereta tras voltereta, riendo felices… ¡Y cada vez se aproximaban más al borde del montecillo en donde estaba enclavada la Casa de los Pioneros! ¡De un momento a otro las dos caerían abajo…!

EL FORTÍN



En aquel momento, Pam vio que un hombre vestido con uniforme azul corría hacia el lugar en que Sue y Sasha daban las volteretas.

Cuando las dos chiquitinas se encontraron, inesperadamente, volando por los aires, el hombre uniformado las tomó en sus brazos, salvándolas de darse una costalada.

—¡Es el jefe de policía Harris! —exclamó Rossy.

El policía estaba de pie, en la acera, sonriendo a las dos niñas. Era alto y elegante y llevaba un bigotito encrespado.

—¡Ooooh! —se asombró Sue, al encontrarse en brazos del desconocido.

Luego, mientras el jefe de policía las dejaba en el suelo, las dos pequeñitas se echaron a reír.

—A ver si para otra vez tenéis cuidado con lo que hacéis, diablillos —dijo el hombre.

—Muchísimas gracias por habernos salvado —dijo Sue, parpadeando.

Luego, tomando una decisión, se puso de puntillas, obligó a agacharse al policía, y le besó cariñosamente en las mejillas.

Las alegres carcajadas en que prorrumpió el policía desaparecieron rápidamente, en cuanto Rossy le explicó que les habían robado la motora.

—Creemos que lo ha hecho «Oreja» Farley —dijo Pete— y debe querer utilizar la barca para buscar un tótem desaparecido misteriosamente.

El oficial sacó un cuaderno del bolsillo y tomó rápidas notas de cuanto los niños le decían.

—Nos pondremos inmediatamente a buscar a Farley —dijo—. Pero hay tantos lugares donde esconderse, en las bahías y caletas, que será difícil dar con él.

Al enterarse de que todos los Hollister estaban deseosos de participar en la búsqueda del ladrón, el jefe de policía declaró, sonriendo:

—De acuerdo. Podéis convertiros todos en mis comisarios.

Y luego les hizo saber que, si estaban interesados por los tótems, en Sitka había un parque lleno de viejas reliquias.

—A ese parque le apodan parque del Tótem.

—Nos gustará mucho visitarlo —aseguró Pam—. ¿Por dónde tenemos que ir allí?

—Yo os lo enseñaré —se ofreció Rossy.

Y Beth agregó:

—En el parque hay, también, un viejo fortín. Está sólo a una milla de distancia.

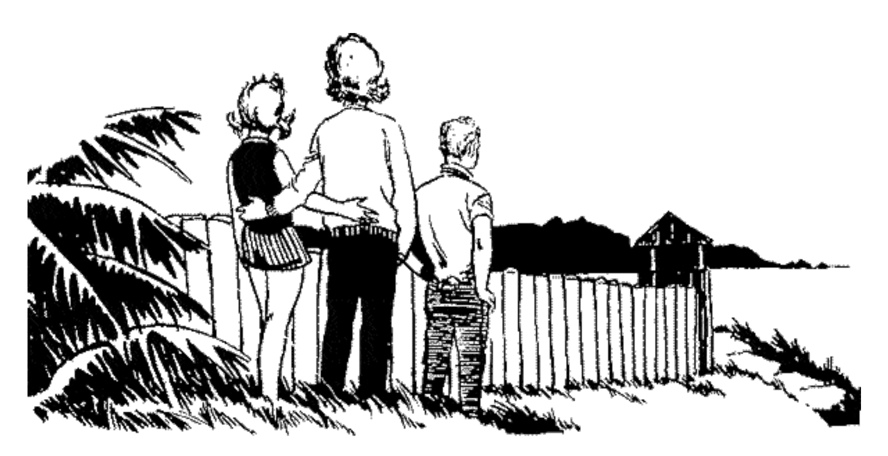
Se decidió que, después de la cena, Beth y Rossy se convertirían en guías que acompañarían a todos los niños Hollister, excepto a Sue, a visitar el parque.

—Su nombre verdadero es Monumento Nacional de Sitka —aclaró el jefe de policía, antes de marcharse al cuartelillo para dar las órdenes necesarias y salir en busca de Farley.

Los niños indios se marcaron a su casa, donde tenían trabajos que hacer, pero los Hollister continuaron paseando por la población y contemplando los escaparates de las tiendas; hasta que llegaron a un almacén de ferretería y artículos de deporte. Sonriendo, Pete indicó a los demás que le siguieran al interior de la tienda. Mientras entraban, el muchacho olfateó el aire.

—¡Hum! Huele igual que el Centro Comercial.

—Sí. Y me hace añorar un poquito nuestra tienda —dijo Pam.



Cuando se acercó el empleado, Pete le explicó que su padre tenía un almacén como aquél en Shoreham.

—Y nos gustaría llevarnos algún recuerdo de aquí.

—¿Os parece bien un cebo? —sugirió el empleado—. Hay unos para pescar arenques que sólo existen aquí. Los hacen los indios.

Los niños contemplaron varios atrayentes cebos y Pete eligió uno que tenía la forma de una cabeza de cuervo.

A las siete, Beth y Rossy llegaron al hotel. Los niños Hollister corrieron a su encuentro y todos juntos salieron a la calle. Al poco rato pasaban ante la catedral rusa y llegaron a una caleta invadida por el sol.

—Se llama Bahía de Plata —explicó Rossy—. Es muy profunda.

Y Beth contó a los Hollister que los rusos, que habían dominado Alaska, construyeron Sitka como capital. Más tarde, los Estados Unidos adquirieron aquel territorio y el 18 de octubre de 1867 se izaba por primera vez en Sitka la bandera de los Estados Unidos.

—Yo me alegro de que Alaska sea ahora del Tío Sam —afirmó Rossy.

Por fin, los niños llegaron a la entrada del parque del Tótem. Había un alto tótem a cada lado de la puerta que daba a un amplio sendero.

—Esta región es como una península —dijo Rossy—. A la izquierda está el río Indio y a la derecha la bahía de Plata.

Mirando al interior del parque, Ricky murmuró con voz temblona:

—Todo esto me parece muy misterioso.

El parque estaba lleno de abetos de Sitka y abetos orientales que crecían entre helechos, musgos y zarzamoras. Grandes alisos bordeaban el río Indio, que en realidad era poco más que un arroyuelo que corría, susurrante, sobre un lecho pedregoso y poco hondo.

—A ver si no vas a querer entrar —dijo Beth, burlándose de los temores de Ricky.

—Claro que quiero —aseguró el pecosillo.

Mientras avanzaban por el sendero, Jean aseguró que era el lugar más bonito que había visto en su vida.

—Sí. Es muy lindo ahora —concordó Beth—. Pero antes era muy peligroso.

—Hace años se tendió una emboscada aquí, a orillas de la bahía de Plata —informó Rossy.

Y siguió contando a sus asombrados amiguitos, que, años atrás, un ejército ruso había desembarcado en aquellas tierras y los indios, que se enteraron de ello, les prepararon una trampa.

—Hubo una batalla terrible y ganaron los indios.

—Qué lástima que tuvieran que luchar —opinó Pam, con un suspiro.

Pero su primo Teddy, más aficionado a la guerra, propuso:

—Juguemos a indios y rusos.

Ricky empezó a dar zapatetas y a lanzar alaridos, entusiasmado con la idea del juego.

—Mejor será ir primero al fortín —opinó el mayor de los Hollister—. ¿Dónde está, Rossy?

—Al final de este camino.

La arboleda era tan espesa en aquella zona que tapaba el paso del sol. Cuando, de vez en cuando, los rayos que se filtraban entre las ramas llegaban a los tótems, Pam se decía que las extrañas caras de madera tenían un aspecto fantasmal.

—Beth, ¿de dónde son estos tótems antiguos? —preguntó a la niña india.

Y Beth repuso que aquellos tótems habían sido esculpidos por los nativos que trabajaban para el Gobierno y eran sólo copias de los originales hechos por sus antecesores.

—Entonces, el tesoro no estará escondido en ninguno de éstos —

supuso Pete.

—¡Ya veo el fortín! —chilló Ricky.

Él y Teddy fueron los primeros en correr hacia la edificación hecha de troncos y desde donde se veía una hermosa perspectiva de la bahía de Plata.

—Hay que hacer bandos para el juego —dijo Jean.

Ricky, Teddy, Jean y Holly formaron el bando de «indios» para luchar contra los otros que eran «rusos».

—De acuerdo —accedieron los «rusos».

Y Rossy propuso:

—Nosotros, los rusos, os daremos un poco de ventaja. Si podemos capturaros en veinte minutos, os llevaremos al fortín como prisioneros.

—¡Pero si no nos atrapáis, seréis vosotros los prisioneros! —chilló Ricky.

A la carrera, los cuatro más pequeños se dispersaron entre los árboles y pronto desaparecieron de la vista.

—Se van hacia el río Indio —advirtió Beth.

Su hermano sonrió al responder:

—Les daremos cinco minutos y luego les rodearemos.

Se decidió que Beth y Pete avanzarían por la izquierda, mientras Pam y Rossy irían por la derecha, para acabar encontrándose a orillas del río Indio.

—Pero ¿y si cruzan el río? —insinuó Pam.

—No lo harán —dijo Rossy, confiado.

—¿Por qué? —quiso saber Pete.

—Esperad y lo sabréis.

Antes de separarse, Beth había explicado que habían muchos caminos que cruzaban el parque Tótem y que no había peligro de perderse.

—Ya es hora —anunció Pete al cabo de los cinco minutos—. ¡Vamos en busca de nuestros prisioneros!

Los cuatro mayores se separaron siguiendo su plan. Pam y Rossy pasaron por un claro y la niña se detuvo lo bastante para contemplar un alto tótem con una curiosa figura en la parte superior. Era un hombre de expresión lastimera con un sombrero de alta copa. Minutos más tarde llegaban a la orilla del río Indio.

—Es tan poco hondo, que estoy segura de que se nos escaparán, cruzándolo —dijo Pam a Rossy.

En aquel mismo momento llegaron corriendo Beth y Pete.

—¿No habéis visto a nadie?

—No.

Otra vez juntos los cuatro, escudriñaron a lo largo de la orilla. Dos grandes árboles que habían caído a tierra se encontraban al borde de las susurrantes aguas.

—Apostaría algo a que se han escondido allí —dijo Pete.

Y echó a correr hacia el lugar que indicaba, seguido por los otros. Al aproximarse al enorme tronco, cuatro cabecitas asomaron detrás.

—¡Os hemos atrapado, indios! —gritó Pete—. ¡Sois nuestros prisioneros!

—¡Yuuupi! ¡Todavía no! —replicó Ricky.

Pam vio que tanto Ricky como sus tres compañeros «indios» llevaban en la mano los zapatos y los calcetines y en aquel momento todos se lanzaron al arroyo, por su parte más estrecha, dispuestos a cruzarlo.

—¡Venid! —ordenó Pete a los «rusos»—. ¡Vamos a apresarles!

Rossy se limitó a sonreír, replicando:

—No tardarán en volver.

—¿Cómo estás tan seguro? —se asombró Pam.

De pronto se oyó chillar a Teddy:

—¡Ooooh! Esto es una congeladora.

—¡Huy, huy! —Ahora era la vocecilla de Holly que se lamentaba —. No puedo seguir aquí dentro.

Rossy soltó una risita.

—Es el agua más helada de todos estos contornos. Baja de la cumbre de una montaña nevada.

Poco después, Jean también renunciaba a la huida, diciendo que se estaba poniendo azul del frío que tenía. A medida que fueron saliendo del agua helada se vieron capturados por los «rusos».

—Antes de volver, tendremos que calentar los pies a estos pobres prisioneros «indios» —dijo Pam.

—Desde luego —asintió Pete—. Sentaos, tunantes.

Y cuando los cuatro Hollister menores estuvieron sentados en el

tronco del árbol, los «rusos» les dieron una friega en los pies hasta que volvieron a tenerlos calientes. Después que los prisioneros estuvieron calzados, todos los niños se encaminaron al fortín.

—¡Dios mío! ¿Cuántos años nos tendrán aquí dentro, prisioneros? —preguntó Jean, siguiendo el juego.

—Nos dejarán aquí hasta que los osos nos devoren —declaró Ricky con voz tenebrosa, guiñando uno de sus ojos picaruelos.



Pero, cuando llegaron a pocos pasos del fortín, Teddy hizo un intento de huida y echó a correr hacia la bahía de Plata, perseguido por Pete.

Y de pronto, Teddy se detuvo en seco:

—¡Pete, mira! —exclamó, inclinándose a recoger algo de la

hierba.

—¡El lápiz de Pam!

Pam, que llegó corriendo, lo identificó.

—¡Entonces, debe de ser que Farley está aquí cerca! —dijo Pam, muy nerviosa—. ¡Puede que sea aquí donde ha escondido vuestra motora, Rossy!

Olvidando su juego, los Hollister y los dos hermanos indios de verdad corrieron por la orilla del arroyo, buscando la barca.

Al aproximarse a una pequeña cala, Pete distinguió una motora que quedaba en el agua, a unos nueve metros de la orilla. El sol destellaba sobre la embarcación y Pete no pudo distinguir de qué color estaba pintada. Llamó a Rossy y el muchacho indio corrió junto a Pete.

—¿Es ésa vuestra motora?

Rossy entornó los ojos para centrar la vista en el objeto indicado. Pudo ver la bandera de Alaska y la Estrella Polar y la Osa Mayor pintada en la proa.

—¡Es la nuestra, Pete!

—Vamos a buscarla.

Los dos chicos se quitaron los zapatos y los calcetines y remangaron los bajos de sus pantalones. Cuando entraron en el agua, oyeron lo alegres comentarios de los demás.

—¡Qué contenta estoy! —decía Beth—. ¡Ahora ya podremos participar en el Derby del Salmón! Yo siempre… ¡Ooooh!

Mientras Pete y Rossy chapoteaban en el agua, aproximándose a la motora, la niña india vio asomar, por encima de la borda, la cabeza de un hombre. Los demás también le vieron en seguida.

—¡Es Farley! —gritó Pam, desde la orilla.

El hombre miró a todos con ojos llameantes.

—¡Fuera de aquí! —ordenó.

Y entonces cogió un remo y lo blandió, amenazadoramente, contra los dos muchachos que se aproximaban. Pete y Rossy se pararon un momento.

Con la agilidad de un gato que se ve acorralado, Farley se levantó y puso en marcha el motor.

—¡Vamos! —apremió Pete a su compañero—. Todavía podemos atraparle.

Y mientras hablaba, alargó los brazos con la intención de cogerse a la motora.

—¡Cuidado con la hélice! —advirtió Pam.

Pete se dio cuenta del peligro en el último momento y no pudo aferrarse a la embarcación, que avanzó hacia la bahía de Plata.

Beth se echó a llorar, rogando a gritos:

—¡Vuelva! ¡Déjenos nuestra motora!

Pero Farley no le hizo el menor caso. Agazapado en la barca, avanzó a toda velocidad a través de la bahía de Plata y desapareció entre las sombras de la orilla opuesta.

—¡No se nos escapará la próxima vez! —aseguró Pete, cuando regresaban todos a Sitka.

Pero los niños indios estaban desilusionados.

Cuando llegaron al hotel, Pete telefoneó al jefe de policía Harris, para contarle lo sucedido.

—Lo que me dices nos facilitará la labor —aseguró el policía.

Cuando los mayores de la familia se enteraron de lo ocurrido en el parque Tótem, se sintieron muy inquietos.

—La policía debe coger en seguida a ese ladrón —opinó tía Marge.

Tío Russ hizo una serie de bocetos sobre la aventura del parque, guiándose por las explicaciones de los niños. Y sonriendo, comentó:

—Voy a conseguir una historieta estupenda con vuestras diabluras.

Aunque en la calle seguía brillando la luz del sol, ya era bastante tarde. Los niños pequeños, como estaban muy cansados, se fueron a acostar sin rechistar. Pero Pete y Pam rogaron que les dejasen permanecer levantados un rato más.

—Los colores del cielo de Alaska a la puesta de sol son tan bonitos… —dijo Pam, soñadora.

Y Pete añadió que nunca había visto un espectáculo tan curioso.

—El sol no desciende rápidamente. Va alejándose hacia el norte, como si no quisiera dar nunca fin al día.

Y Pam, riendo, hizo una comparación.

—Se parece a Sue, cuando empieza a escabullirse de un lado a otro porque no quiere meterse en la cama.

La señora Hollister se echó a reír y dio permiso a los dos niños

para que se quedasen levantados un ratito. Pete y Pam salieron y fueron a reunirse con Beth y Rossy, que les esperaban cerca del hotel.

—Sé un sitio desde donde veréis una perspectiva preciosa del puerto a la puesta del sol —anunció Beth.

Y les guió calle abajo; luego giró a la izquierda y les hizo subir unos escalones de piedra, hasta un montículo que daba al mar.

—Es maravilloso —exclamó Pam, aspirando profundamente el aire lleno de aromas marinos.

—Aquí es donde Alejandro Baranof construyó su castillo cuando gobernaba Sitka, en la época en que Alaska pertenecía a los rusos —explicó Rossy.

—¿Y qué sucedió con el castillo? —inquirió Pete.

Rossy repuso que había sido destruido hacía muchos años.

La conversación se interrumpió repentinamente, cuando los niños oyeron el zumbido distante de una motora. Mirando hacia el sur, vieron una embarcación que pasaba velozmente por la había de Plata.

—¡Nuestra motora! —gritó Rossy.

LA PISTA DE LOS INDIOS



Muy excitados, los dos Hollister y sus amiguitos indios vieron cómo la embarcación se adentraba en el estuario de Sitka y avanzaba, luego, hacia un grupo de distantes islas.

En las caras de Rossy y de Beth asomó una mueca de tristeza y desencanto. Dos veces habían visto ya su motora y, sin embargo, no habían podido hacer nada por coger al ladrón.

—Mañana nos ocuparemos de buscarle —declaró Pete, mientras descendían las escaleras del lugar en que en otros tiempos se encontraba el castillo de Baranof.

—Venid a visitarnos —pidió Beth al despedirse y estrechar la mano de Pam—. Nos gustará que conozcáis a nuestros padres.

Los Hollister prometieron visitarles y después de decirse adiós con la mano, se marcharon al hotel.

La invitación de los niños indios entusiasmó a los Hollister más pequeños, que se enteraron de ello a la mañana siguiente, mientras desayunaban.

—¡Así jugaré con Sasha! —dijo Sue con alegres grititos.

La señora Hollister y tía Marge deseaban visitar una exhibición de arte nativo, en uno de los almacenes, y tío Russ había planeado ir a tomar apuntes interesantes por la ciudad. De modo que dieron permiso a todos los niños para que fuesen a visitar a la familia india.

Los siete niños salieron en tropel a la calle, camino de la casa en donde vivían los Kindue. Cuando se detuvieron ante una casa de madera, pequeña y sin pintar, Sue se mostró desencantada.

—Yo «creíba» que los indios vivían en tiendas de tela.

—No, no. Los indios del noroeste viven en casas de madera —le informó Pam.

En aquel momento abrieron la puerta y salió Beth, seguida de Rossy. Bajaron el pequeño tramo de escalones de madera para saludar a sus visitantes e invitarles a entrar. Cuando les llevaron a la salita, los Hollister vieron que los muebles eran toscos y muy viejos.

—Voy a llamar a papá y mamá —dijo Beth.

La niña salió corriendo y Rossy se quedó hablando con los visitantes, hasta que llegaron sus padres. El señor Kindue era un hombre bajo, con el cabello negro como el azabache, la mandíbula saliente y la expresión serena. Su esposa era muy gruesa y tenía una agradable sonrisa. Llevaba un delantal encarnado y blanco.

—Muchas gracias por ayudar a nuestros hijos a buscar la motora desaparecida —dijo la señora Kindue, mientras estrechaba la mano a los niños visitantes.

Y su marido añadió que deseaba que tuvieran mucha suerte, pues Beth y Rossy llevaban un año esperando poder participar en el Derby del Salmón.

—A lo mejor, a la vez que nosotros les ayudamos a encontrar la motora, ustedes pueden ayudarnos a encontrar un tótem desaparecido —dijo Pam, sonriendo.

Los Kindue escucharon atentamente las explicaciones de Pam sobre el tótem por el que estaban interesados. El señor Kindue dijo que él era indio Tlingit y su esposa pertenecía a la tribu de los Haida. Entre los dos estaban enterados de muchas extrañas historias relativas a la costa suroeste de Alaska.

Todos quedaron unos minutos pensativos, hasta que la señora

Kindue anunció:

—Recuerdo haber oído algo parecido a lo que vosotros me contáis.

—¿Sobre un tótem con una cabeza de cuervo? —preguntó Pam, muy nerviosa.

—Sí. Alguien lo escondió en una isla cercana a Sitka.

—¡Zambomba! Puede que Farley haya oído algo de eso y esté buscando el tótem por las islitas —dijo Pete.

—¡Claro, claro! Y anoche iba a eso… a buscar el tótem del cuervo —declaró Ricky, convencido.

La pequeña Sue, que no estaba tan interesada en los asuntos del tótem como los mayores, preguntó de pronto:

—Señora «Kindos», ¿por qué no se llaman ustedes nombres de indio?

La opulenta india rió a carcajadas y contestó:

—Ya lo creo que tenemos nombres indios. Rossy se llama Dow-chun. Y nuestra Beth lleva, además, el nombre de Kahsahn.

—Te olvidas de mí, mamá —protestó Sasha—. Yo soy Doo-oo.

—Qué nombres tan guapísimos —opinó Sue, a quien resultaban agradables aquellos sonidos incomprensibles.

—Pero casi siempre usamos nuestros nombres americanos —explicó Rossy—. Papá se llama Walter y mamá Genevieve.



—Y hacemos trabajos americanos —hizo saber el señor Kindue

—. Yo soy carpintero y mamá hace muñecas Tlingit para vender.

—Qué divertido —dijo Holly con admiración.

—Lo es —concordó la india—. Pero no me sería posible hacer ese trabajo sin la ayuda de mis hijas.

Después de dar estas explicaciones, la señora Kindue se excusó para marcharse a trabajar.

Las niñas se enzarzaron inmediatamente en una charla sobre la confección de muñecas. En vista de ello, Pete se aproximó a Rossy e hizo una indicación a Ricky y a Teddy para que se acercasen también.

—Mirad, chicos, mientras las niñas hablan de muñecas, nosotros podríamos salir a ver si encontramos a «Oreja» Farley. ¡Y a lo mejor encontramos, también, el tótem desaparecido!

—Pero no tenemos barca —recordó Rossy a Pete.

—A lo mejor nos pueden prestar una. ¿No tiene barca el señor Carr?

—Sí —asintió Rossy—. Puede que quiera prestárnosla.

Pete repuso que el dueño del hotel había sido muy amable con ellos y que, a lo mejor, si le contaban lo que ocurría, no le importaría dejarles su barca durante unas horas.

—¡Y al mismo tiempo, podríamos pescar! —dijo en seguida el indio, con el rostro resplandeciente de alegría.

Y siguió explicando que el propietario de un pequeño restaurante cercano necesitaba unos salmones para el menú del día siguiente.

—Pagaría bien unos salmones bien frescos —añadió con alegre sonrisa.

—¡Estupendo! ¡Pescaremos un montón…! —aseguró Ricky, confiado.

Rossy dijo a su madre lo que tenían planeado y ella repuso:



—Muy bien. Confío en que pesquéis unos cuantos salmones y encontréis la motora.

Los cuatro muchachitos no perdieron ya ni un minuto. Descendieron los escalones de la casa de dos saltos y corrieron al hotel. En cuanto supo lo que les ocurría. El señor Carr les ofreció amablemente su embarcación por un día.

—El depósito está lleno de combustible y, si necesitáis más equipo de pesca, podéis cogerlo vosotros mismos del armarito del vestíbulo.

Rossy corrió a su casa en busca de la caña de pescar y los Hollister fueron a buscar una al armarito indicado por el dueño del hotel. Unos minutos más tarde volvían a encontrarse con Rossy a la entrada del hotel. El niño indio, además de la caña de pesca, llevaba un cubo lleno de agua hasta la mitad.

—¿Qué es eso? —preguntó Ricky, viendo que en el agua había un pequeño paquete.

—Arenques congelados. Los usamos como cebo.

—Todos a bordo —gritó Teddy.

Y los cuatro muchachitos corrieron hacia el embarcadero en donde estaba amarrada la embarcación del señor Carr.

Entre tanto, las niñas seguían hablando sobre muñecas indias.

—Me gustaría ver las que usted hace —dijo Pam a la señora Kindue.

La mujer llevó a sus visitantes a una pequeña galería encristalada inmediata a la sala. Allí había una máquina de coser y una mesa llena de retales de tela y en una caja de cartón, varias muñecas, todas de la misma clase.

—Esta muñeca es la especialidad de mamá —dijo Beth, mostrando una—. Se llama Wanwa-shaw. Traducido a la lengua Tlingit quiere decir niña marinero.

—¡Qué lindas! —murmuró Holly, cogiendo una de las muñecas.

Medía un palmo de alto y estaba vestida con una falda de lana negra y una blusa de rayas rojas.

—¡Qué blandito es el cuerpo! —se entusiasmó Holly, pasando la muñequita a Sue.

—Es porque está hecha con piel de gamo —explicó la señora Kindue.

Sue acarició las diminutas botas de la muñeca. También estaban hechas con piel de gamo y adornadas con un vivo de lana encarnada; se ataban con cintas verdes y amarillas.

Pam dijo que lo que más gracia le hacía de la muñequita era la cara.

—Tiene cara de muñeca feliz —afirmó.

A eso Beth ahogó una risilla y repuso:

—Yo ayudo a mamá a pintar las caras.

Wanwa-shaw, con la cara hecha de piel de reno, tenía casi el mismo color que los indios de verdad, su nariz no eran más que dos puntitos y la boca pequeña y encarnada era igual que la de Sasha. Sobre los ojos muy negros y brillantes, llevaba pintadas unas gruesas y oscuras cejas.

—Aún tenemos que pintar unas cuantas caras, antes de llevar este pedido a la tienda de «souvenirs» —dijo la señora Kindue.

—¿Me deja usted que la ayude? —rogó Holly.

—De acuerdo —dijo amablemente, la señora Kindue—, pero antes de pintar en la piel, te convendrá hacer un poco de práctica, pintando sobre papel.

—A mí también me gustaría ayudarla —insinuó Pam.

En pocos momentos, la mujer india llevó papel, pintura y pinceles y las niñas Hollister se pusieron al trabajo con mucha afición. Las dos mayores lo hicieron muy bien ya la primera vez; la cara que dibujó Jean aún resultó más bonita que la de Pam. Tío Russ había enseñado a Jean a manejar los pinceles y no era de extrañar que hiciera aquel trabajo muchísimo mejor que Holly y que la pobrecilla Sue.

Después que hicieron varias caras sobre el papel, la señora Kindue dio permiso a todas, menos a Sue, para que pintasen caras sobre la piel de reno. Sue continuó pintando más caras sobre papel; todas sus muñecas seguían pareciendo alegres duendes en vez de niñas indias, pero la pequeñita no se preocupaba ni poco ni mucho por su fracaso.

Mientras las mayores pintaban con todo esmero las caras de muñeca, Sue y Sasha decidieron deslizarse a un rincón con sus pinceles y pinturas y permanecieron asombrosamente silenciosas durante un largo rato.

—¿Qué estáis haciendo vosotras? —preguntó, al fin, la mujer india.

—¡Esto! —anunció muy orgullosa Sue.

Levantó sus manecitas en el aire. En cada uña tenía pintada una menuda y estrafalaria cara de duende.

—Yo también tengo. También —anunció Sasha.

Todos rieron la ocurrencia de las pequeñas y la señora Kindue las llevó corriendo al lavabo para que se lavasen la pintura antes de que se hubiera secado.

Una hora más duró el trabajo de pintar muñecas y, cuando hubo dos docenas de los caprichosos trabajos, la madre de Beth dijo:

—Vamos a llevarlas a la tienda, a ver si nos las compran.

La mujer cubrió la caja de cartón con un papel fuerte y se la colocó bajo el brazo. Ella y las niñas salieron de la casa camino de la calle principal, donde estaba la tienda de recuerdos del país. Dentro, una amable señora de cabellos grises acudió a saludarlas.

—Tenemos más muñecas para usted —anunció la señora Kindue.

—Muy bien —repuso la otra señora, colocando la caja sobre el mostrador—. ¿Puedo decir a mis clientes que son hechas totalmente por los indios?

Pam y la señora Kindue intercambiaron unas miradas. Naturalmente, había que decir la verdad.

—No —repuso la mujer india—. En la pintura de las caras de estas muñecas me han ayudado las niñas Hollister.

—¡Oh! Qué lástima… —fue la respuesta.

LA EMBARCACIÓN ROBADA



La propietaria de la tienda de «souvenirs» se fijó en la cara de contrariedad que ponía Pam y se apresuró a añadir:

—No te preocupes, nena. He querido decir que siento mucho que no me hayáis traído más muñecas de éstas para vender.

Pam suspiró, aliviada.

—¿De verdad le gustan?

—Me parecen preciosas.

Y mientras pagaba a la señora Kindue el precio de sus muñecas, explicó que no importaba que las caras las hubiera pintado una persona u otra con tal de que los vestidos y los cuerpos estuvieran hechos por verdaderos indios de Alaska.

Durante aquel espacio de tiempo, los chicos habían estado divirtiéndose enormemente. Rossy iba sentado en la popa de la rápida embarcación con motor de fuera borda del señor Carr, con una mano apoyada en el timón: Ricky y Teddy ocupaba los asientos del centro y Pete iba en la proa.

Mientras el viento azotaba sus cabellos, los chicos miraban hacia atrás, encantados de ver cómo los muelles de Sitka iban resultando cada vez más pequeños. Finalmente, Rossy paró el motor.

—Os enseñaré a preparar las cañas y empezaremos a pescar —dijo el muchachito indio.

Abrió su mochila de pesca y sacó cuatro relucientes cebos. Sujetó éstos a las cañas y puso en cada uno de los cebos un trocito de arenque. Entonces, ya el pescado helado se había ablandado lo suficiente para poder partirlo a pedazos. Cuando colocaron las cañas en el agua, Rossy volvió a poner la motora en marcha, esta vez muy lentamente.

—Es muy buena hora para pescar —aseguró el chico—, porque está subiendo la marea. Con la subida o la bajada de la marea es cuando mejor se pesca el salmón. Bueno. Vamos a la vieja Sitka. Conozco allí un buen sitio para la pesca.

Cuando Pete le hizo preguntas sobre la vieja Sitka, Rossy explicó que era el lugar en que los exploradores rusos habían construido el primer fuerte. Cuando aquel fuerte quedó destruido por un incendio, los rusos se trasladaron a la zona en donde, actualmente, se encuentra la ciudad.

Al pasar lentamente ante varias islillas, Pete y sus compañeros se preguntaron si en alguna de ellas estaría el viejo tótem, pero no hablaron de ello porque sabían que, de momento, lo más importante era encontrar la motora de los Kindue. De vez en cuando, los muchachos comprobaban si en su cebo había picado algún pez.

No había pasado mucho rato cuando Ricky notó una sacudida en su caña.

—¡Eh, ya tengo algo!

Cuando dio vueltas al carrete un pez surgió del agua, aleteando nerviosamente.

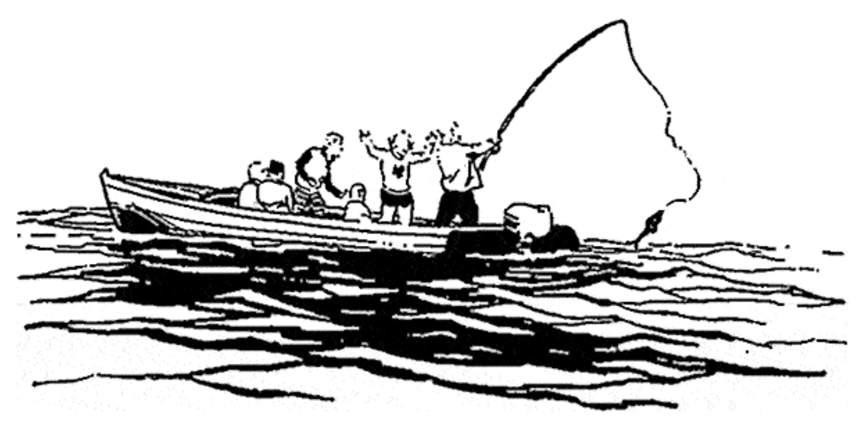
—Ten la caña tirante —aconsejó Rossy—. Creo que tienes un róbalo.

La carita traviesa de Ricky estaba tan encarnada por el entusiasmo, que más que nunca resaltaban en ella sus innumerables pecas. Por fin tuvo al pez sobre la embarcación y Rossy lo cogió con una gran red. Pete se encargó de librar al pez del anzuelo.

—Es pequeño. No llega a dos kilos —calculó Rossy—. Lo volveremos a echar al agua.

—¿Al agua? —preguntó Ricky consternado, y con ojos de

incredulidad—. ¡En Shoreham habríamos dicho que era un pez muy grande!



—Aquí no es igual —sonrió el indio, que hizo una indicación a Pete para que echase el róbalo al agua—. No te desilusiones, Ricky. Ya verás cómo conseguirás una pieza grande de verdad.



Teddy estaba contemplando una lejana cumbre nevada cuando notó un tirón en su caña. La movió hacia arriba para que el anzuelo quedase bien incrustado en su presa y la caña se curvó asombrosamente. Al ver aquello, Rossy detuvo el motor.

—Debes de tener algo grande, Teddy —dijo el chico indio—. Yo creo que es un salmón «rey».

La caña de Teddy se movía enormemente de un lado a otro, mientras el pez luchaba por desprenderse del anzuelo. Al pobre Teddy le dolían ya los brazos, pero continuaba enrollando hilo en el carrete, poco a poco. Por fin vio resplandecer algo plateado en el

agua, al lado de la barca.

—¡Un salmón «rey»! —se entusiasmó Rossy.

—¡Es estupendo! —chilló sin poderse contener, Pete, cuando Rossy le tendía la red para que cogiese en ella al salmón—. ¡Zambomba! ¡Cómo pesa!

Dejó el salmón en el fondo de la barca y el pez siguió aleteando furiosamente, hasta que Rossy lo dejó inmóvil dándole un golpe con un palo. Teddy tuvo que hacer uso de las dos manos y toda su fuerza para levantar el pescado y mostrarlo a todos.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, boquiabierto—. ¿Cuánto pesará éste, Rossy?

—Unos doce kilos. Buena pieza…

—Te la regalo, Rossy —dijo Teddy—. Quédate con este animalote, o véndeselo al hombre del restaurante.

—Gracias, Teddy.

Pete declaró que aquél le parecía un sitio estupendo para ir a pescar durante el Derby del Salmón.

—Claro. Es uno de los mejores sitios para la pesca. Pero me parece que Beth y yo tendremos que pasarnos sin el Derby este año —concluyó Rossy, con cara de preocupación.

—Puede que no, Rossy —dijo Pete, deseoso de animarle—. Vamos a seguir buscando tu barca. Oye, ¿quién es aquel pescador que llega por ahí?

Pete señalaba una gran motora que avanzaba por el espacio comprendido entre donde los chicos se encontraban y una islita que no quedaba muy lejos de la península.

Cuando se volvió a mirar, la cara de Rossy se alegró visiblemente.

—Es el señor Hoffman. En invierno, él es mi maestro de escuela, y en verano se dedica a pescar para vender las piezas. ¡Eh, señor Hoffman!

—Hola, Rossy. ¿Cómo van las cosas hoy?

—No van mal —contestó Rossy, que luego, presentó a sus amigos—. Hemos conseguido un buen salmón «rey». Pero me han robado mi motora y no voy a poder participar en el Derby.

El señor Hoffman dijo que lo lamentaba mucho y se ofreció a ayudarles a buscar la motora. Cuando su alumno hubo descrito con

detalle al ladrón de su barca, el maestro afirmó:

—Hace sólo media hora he visto a un hombre que respondía a esas señas que me das.

El corazón de Pete empezó a latir a toda prisa.

—Díganos dónde estaba, señor Hoffman.

El maestro señaló en dirección del monte Annahootz, indicando:

—Es posible que condujese la barca que te robó a ti, Rossy.

—Iremos a verlo en seguida —replicó el muchacho, y se volvió a los otros, diciendo—. Vamos a poner el motor a toda velocidad.

Los Hollister recogieron sus cañas. Rossy dio toda marcha hasta que el motor rugió con fuerza, avanzando hacia el norte, sobre las resplandecientes aguas, camino del monte con sus cumbres nevadas.

Pasaron bordeando dos islas que quedaban a su izquierda y todos fueron mirando con interés hacia las orillas, pero ninguno pudo distinguir la embarcación de los Kindue.

—Ese hombre nos debe llevar mucha ventaja —opinó Teddy, mientras dejaban atrás, rápidamente, una pequeña islita.

—¿Cómo se llama esa isla? —quiso saber Pete.

—Isla del Zorro. Hace tiempo, un indio Haida tenía allí una granja destinada a criar zorros. Pero ahora está abandonada.

Mientras Rossy hablaba, el motor cesó de funcionar repentinamente y la barca empezó a oscilar sobre las olas. El muchacho indio apoyó una mano en el motor y dijo:

—Demasiado caliente. Se ha debido de recalentar…

—A lo mejor podemos volver a ponerla en marcha —dijo Pete.

El mayor de los niños Hollister tenía bastante experiencia en motoras, pues estaba acostumbrado a dar paseos por el lago de los Pinos, en Shoreham. Ahora, empezó a manipular en el motor de fuera borda, intentando ponerlo en marcha; pero aunque repitió la operación una y otra vez, el motor continuaba inmóvil y silencioso.

—Tienes razón, Rossy. Habrá que esperar a que se enfríe.

Pero, mientras esperaban, el viento empezó a soplar con más fuerza y varios nubarrones se interpusieron ante el sol. Las aguas tenían un color plomizo y el oleaje aumentó.

—El viento nos empuja hacia la isla —observó Pete.

Y Rossy consideró que no estaría mal llegar hasta la orilla. Podían dejar la embarcación en la playa y dar unas vueltas por la

isla. Unos minutos más tarde la proa de la motora rozaba la rocosa orilla. Los muchachos saltaron fuera de la barca, sacaron el motor y luego arrastraron la embarcación hasta una franja de tierra rocosa, disimulada entre dos peñascos.

—Encontraremos algún zorro, ¿verdad? —preguntó Ricky.

—No. No hay ninguno.

Ricky se mostró desencantado.

—Bueno. Por lo menos buscaremos un tótem.

Los niños empezaron a andar por la escarpada orilla. Cada vez resultaba más lento su avance, pues continuamente encontraban zonas de tierra pantanosa, cubiertas de musgos y de retorcidas raíces de árboles ya podridos.

—Esta vegetación en Alaska se llama «muskeg» —explicó Rossy, mientras sus compañeros luchaban tenazmente por continuar avanzando.

Por fin llegaron junto a un gigantesco árbol caído, cuya copa yacía en las aguas. Ricky saltó al tronco antes que ninguno y al pasar al otro lado, llamó a gritos:

—¡Eh, chicos! ¡Veo una barca!

—¿Dónde? —preguntó Pete, corriendo junto a su hermano.

—¡Allí! ¡Mirad!

Ricky señaló hacia una caleta donde se veía la proa de una embarcación encarnada, asomando entre el ramaje.

Rossy quedó unos momentos quieto como si se hubiera convertido en un peñasco. Por fin pudo murmurar:

—La bandera… ¡La bandera de Alaska! ¡La estoy viendo!

Ahora todos los chicos corrieron como felinos por la playa, saltando y trepando sobre peñas y raíces.

—¡Es nuestra motora! —gritó Rossy, loco de contento—. ¡Vamos a bordo!

El ancla estaba sujeta a un tronco. Rossy la soltó y la echó dentro de la embarcación. Los chicos saltaron al interior y dieron impulso a la motora para que se internase en las aguas.

—Dios quiera que funcione el motor —rogó Pete.

Rossy lo puso en funcionamiento. El motor dio unos cuantos ronquidos intermitentes hasta que inició un runruneo continuado y la embarcación empezó a avanzar por las aguas.

—¡Hurra, chicos! —chilló Ricky alegremente, pero al momento se puso muy serio y preguntó—: ¿Vosotros creéis que «Oreja» y Farley estará en la isla?

—Claro que estará, y no va a poder salir de aquí —dijo Rossy—. Iremos a avisar a la policía para que vengan a detenerle.

Pete no se mostró muy entusiasmado.

—¿No habéis pensado que Farley puede coger la embarcación del señor Carr? Después de tanto rato, el motor ya se habrá enfriado y funcionará bien.

—Pero no podrá hacer nada si nosotros somos los primeros en llegar a la barca —dijo Rossy, dando al motor toda la marcha.

En seguida llegaron al lugar en donde habían dejado la motora del señor Carr. ¡Por suerte, seguía entre las dos rocas!

—Podemos remolcarla —propuso Rossy.

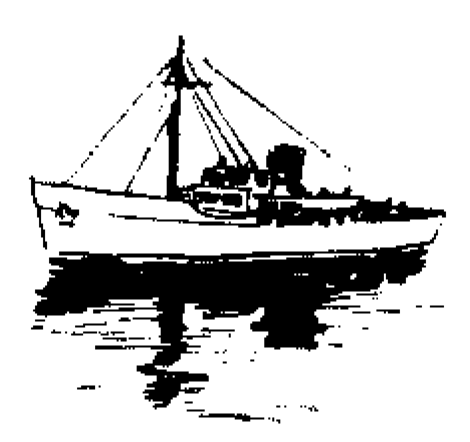
Ataron una cuerda desde la proa de la motora del señor Carr hasta la proa de la embarcación de Rossy y se pusieron en camino inmediatamente.

—¡Mirad qué nubes tan negras! —dijo Teddy, señalando al oscurecido cielo.

—Hay que darse prisa —opinó Ricky inquieto. Rossy condujo la motora a toda marcha a través de las aguas cuyas olas se iban encrespando y azotaban el casco con furia. El viento era muy fuerte y convertía en blanca espuma las furiosas olas.

—¿Creéis que podremos regresar a Sitka? —preguntó Pete, muy apurado.

UN YO-YO ESQUIMAL



Mientras los muchachos pasaban su inquietante aventura en la isla del Zorro y corrían, ahora, por el canal azotado por la tormenta, sus hermanas estaban muy ocupadas en Sitka. Después de salir de la tienda en donde habían vendido las muñecas, la señora Kindue dijo que ella debía regresar a casa con Sasha.

—Beth, ¿por qué no te encargas tú de mostrar a los Hollister algunos de los lugares más famosos de la ciudad? —pidió la madre.

La niña india se volvió a sus amiguitas, preguntando:

—¿Habéis estado dentro de la Catedral de San Michael?

—No —contestó Jean—. ¿Es aquella iglesia que hay en la calle mayor?

Beth asintió, diciendo que aquella iglesia era un lugar famoso. Los primeros colonizadores de aquella tierra la construyeron con troncos y le dieron la forma de una cruz griega recubriéndola con tablones.

—Existe desde 1844.

—Vamos a verla —dijo, en seguida, Pam.

La señora Kindue se marchó con Sasha y dejó a las otras niñas camino de la iglesia que tan extraño aspecto tenía.

Mirando la cúpula rematada por un capitel, Sue aseguró muy seria:

—Es igual que un helado de cucurucho, vuelto para abajo.

La ocurrencia hizo gracia a las mayores. Mientras se acercaban a la fachada, Jean dijo:

—En nuestro país no hay iglesias como ésta.

Había varias personas reunidas a la entrada del templo y una mujer con el uniforme de enfermera dijo a las niñas que las puertas se abrirían dentro de unos momentos. En seguida apareció un hombre con ropajes negros y barba rojiza que invitó a entrar a los que aguardaban fuera.

Lo primero que llamó la atención de Pam fue un ornamental candelero de oro que pendía del techo, ante un bonito altar.

—¡Qué lindo! —susurró la niña.

Luego, sus ojos se fijaron en seis grandes pinturas al óleo, situadas tres a cada lado del altar. «Son muy bonitas», pensó Pam.

Sue dio unos golpecitos en la mano de Pam y ésta se agachó para preguntar a la peque qué quería.

—¿Dónde se sienta la gente? —preguntó en voz muy bajita Sue.

Por primera vez se dio cuenta Pam de que en aquella iglesia no había bancos. La mujer vestida de enfermera, que había oído la pregunta de Sue, explicó:

—Los fieles que acuden a esta catedral permanecen de pie cuando no están arrodillados para orar. Es la costumbre en todas las iglesias de la antigua Rusia.

La mujer hizo seña a las niñas para que la siguieran y las condujo por la parte de la izquierda, ante un altar más pequeño, donde había una Madonna con el Niño, de una belleza exquisita. Las caras estaban pintadas al óleo, pero las aureolas eran de oro puro fundido.

—Ésta es la Madonna de Sitka —explicó la mujer—. Es muy famosa.

Cerca, había un libro para que firmasen en él los visitantes. Después de escribir allí sus nombres las niñas salieron de la iglesia en silencio. Cuando estuvieron fuera, la mujer del uniforme blanco volvió a hablarles.

—Soy la señorita Bonney —dijo, presentándose.

—¿Es usted enfermera? —preguntó Pam.

La señorita Bonney contestó que sí y dijo que trabajaba en el Hospital de Edgecumbe.

—¿Ayuda usted a que se pongan buenos los esquimales y los indios? —preguntó Holly con simpatía.

La señorita Bonney sonrió, contestando que procuraba ayudarles cuanto podía.

—Me gustaría ver a un esquimal —anunció Sue—. ¿También cuando están en la cama llevan esos gorros de piel, señorita Bonney?

La enfermera rió alegremente y luego explicó a la pequeña que los niños indios y esquimales que estaban en el hospital iban vestidos, más o menos, como las niñas Hollister. Entonces, preguntó:



—¿Os gustaría visitar el hospital conmigo?

—¡Sí, sí! Nos gustaría mucho —se apresuró a contestar Jean.

La señorita Bonney iba, precisamente entonces, a tomar el primer vapor que cruzaba el canal, hasta la isla en donde estaba el hospital.

—Podéis acompañarme ahora.

Pam dijo que iría a pedir permiso a su madre. Se separó de las demás y entró en el hotel, corriendo. La señora Hollister y tía Marge, que se disponían a salir entonces de compras, fueron a

saludar a la enfermera y dieron permiso a las niñas para visitar el hospital con ella. Sue y Holly dieron la mano a la señorita Bonney cuando se encaminaron todas al embarcadero.

—¡Olé, olé, olé! ¡Vamos a ver los esquimales!

—Ahí viene el vapor —anunció la señorita Bonney.

La embarcación era pequeña, en comparación con las que los Hollister estaban acostumbrados a ver; casi todo eran camarotes. Cuando se aproximó a la orilla, las niñas pudieron ver los rostros de muchos pasajeros mirando por las ventanillas. Los marineros amarraron y todos los pasajeros salieron a tierra. La señorita Bonney explicó que casi todos eran indios que trabajaban en el hospital.

—Vamos. No os separéis de mí. No quiero perder a ninguna de mis nuevas amiguitas —concluyó con una risilla.

Todas la siguieron por una larga pasarela de madera, pero Jean se rezagó, contemplando cómo un pequeño avión descendía e iba a detenerse en el agua, junto al muelle destinado a los aviones anfibios.

—¡Ven, Jean! —llamó Holly, volviéndose hacia su prima.

Jean estaba fascinada, viendo girar la hélice, mientras el avión se movía lentamente sobre el agua, para ir a situarse en un lugar adecuado del muelle.

«¿Quién lo conducirá?», pensó Jean.

Todavía la niña seguía mirando, cuando del avión salió un hombre joven, seguido por una señora que llevaba un niñito pequeñito en brazos.

«¡Qué bonito! Una familia de aviadores —se dijo Jean—. A lo mejor a papá le gustaría hacer un boceto».

—¡Jean! ¡Corre! La barca se va a marchar sin ti.

Apenas acababa Holly de decir aquello cuando los motores del vapor rugieron furiosamente. El ruido hizo salir a Jean de su ensueño; y entonces se dio cuenta de que todo el mundo estaba a bordo, menos ella.

—¡Por favor! ¡Espéreme! —gritó suplicante, a un marinero que estaba soltando una gruesa amarra.

Mientras la niña corría con toda la rapidez que le permitían sus piernas, el hombre que acababa de desamarrar se inclinó sobre

cubierta y tomó a Jean por una mano para ayudarla a saltar al vapor.

—Por poco tienes que venir nadando —rió el hombre.

—Muchas gracias —dijo Jean, sin aliento.

El viaje a través del canal resultó muy corto y pronto las niñas se encontraron en la isla. Ahora podían ver los edificios del hospital mucho más claramente. La señorita Bonney las llevó por un camino bordeado de blancos edificios que resplandecían bajo el sol.

—¿Y todos los pobrecitos esquimales que hay aquí están enfermos? —preguntó Holly, condolida.

—Todos, no —replicó la señorita Bonney—. Muchos están casi bien, pero siguen en el hospital hasta que se han puesto fuertes. A ésos es a quienes vais a visitar. ¡Mirad! Allí tenéis algunos niños esquimales.

Y señaló a una hilera de ventanas, en el tercer piso de uno de los edificios. Las caritas redondas de muchos niños esquimales asomaban para mirar con curiosidad a Beth y a las niñas Hollister. Pam les hizo un alegre saludo con la mano y los pequeños enfermitos respondieron en seguida con repetidos manoteos.

—¿Son ésos a los que vamos a visitar?

—Sí. Venid.

La señorita Bonney llevó a las niñas hasta un tramo de escaleras de cemento y por ellas entraron en el edificio. Tomaron un ascensor hasta el tercer piso y allí recorrieron un largo pasillo.

—Entrad en esta sala —indicó la señorita Bonney.

La sala estaba llena de niños mofletudos y risueños. Todos tenían los dientes blancos como perlas y el cabello negro y lacio.

Algunos de los pequeños pacientes estaban sentados en la cama, distrayéndose con juegos de mesa. Otros ocupaban mesitas, donde coloreaban cuadernos de dibujo. En un rincón, un niño tocaba un piano de juguete.

—¿Sois esquimales? —preguntó inmediatamente Sue.

Los niños se miraron unos a otros y sonrieron. Luego, todos movieron vigorosamente la cabeza, en señal afirmativa. Las niñas Hollister y Beth no necesitaron más que unos minutos para hacerse amigas de los pequeños esquimales. Holly entabló conversación con una pequeña de ojos brillantes y hoyuelos en las mejillas.

—¿Tu papá ha cazado alguna vez una morsa? —indagó Holly.

La pequeña esquimal rió alegremente y dijo que sí. ¡Ella también había conseguido una vez una morsa bebé!

—¿Y te la llevaste a casa para jugar?

—Sí. Pero en seguida creció y se hizo tan gordota que hubo que llevarla otra vez al mar.

Otra niña que tendría la edad de Pam les enseñó un extraño juguete que usaban los esquimales. Eran dos pelotitas de piel suspendidas en el extremo de una correíta de cuero.

—¿Y cómo se llama? —preguntó Pam, mientras Beth inspeccionaba el juguete.

—Es un yo-yo esquimal.

—¿Cómo se usa?

La niña esquimal, con mucha habilidad y precisión, hizo girar una de las pelotas hacia un lado y la otra en dirección opuesta.



—¡Qué bien! —dijo Jean, encantada—. ¿Puedo probar a ver si me sale bien?

Mientras Jean cogía el juguete de la niña esquimal, la señorita Bonney se llevó a un rincón a cinco de las niñas hospitalizadas.

—¿A dónde se van? —preguntó con curiosidad Sue.

—Es una sorpresa —contestó la niña del yo-yo.

Jean ya estaba probando a hacer el juego del yo-yo. En seguida consiguió hacer girar una de las pelotas, pero cuando intentó que la otra pelota girase al mismo tiempo en dirección opuesta… ¡plom! La bolita de piel fue a parar a la naricilla de Beth, lo que hizo reír a todos los chiquillos.

Habían tenido tiempo de probar todas el yo-yo, cuando volvió a

aparecer la señorita Bonney con las cinco niñas esquimales. Todas llevaban ahora uniformes y cofias de enfermera que les iban a su medida. En la pechera del uniforme lucía cada una de ellas una bonita cruz roja.

—¡Qué guapinas están! —opinó Jean.

La señorita Bonney explicó que las niñas esquimales se habían hecho ellas mismas los uniformes y que en aquel momento estaban dispuestas para hacer una pequeña representación de alguna de sus habilidades a las visitantes.

Sonriendo tímidamente, las pequeñas «enfermeras» se pusieron en fila como si fueran soldados, y luego, cada una apoyó sus manos en la niña de delante. El niño tocó al piano una alegre cancioncilla y las cinco niñas empezaron a bailar. La señorita Bonney iba diciendo:

—¡Uno, dos, tres, salto! ¡Uno, dos, tres, salto…!

Sue empezó en seguida a imitar a las bailarinas y, como una de las espectadoras aplaudió, la chiquitina de los Hollister se acercó resueltamente a las enfermeras y siguió bailando con ellas.

Cuando concluyó el baile Bonney anunció que aún tenía otra sorpresa para los visitantes y les ordenó que cerrasen los ojos y abrieran las manos. Entonces, ella fue poniendo algo en las manos de cada una de las visitantes.

—Ya podéis abrir los ojos.

Cada una tenía en la palma de la mano una pequeña morsa, tallada en marfil. La enfermera explicó que estaban hechas por el padre de una de las pequeñas enfermitas, y que las había enviado al hospital para que fuesen repartidas como recuerdo entre los visitantes.

—¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! —dijeron a coro Pam y sus acompañantes.

La enfermera les dijo, entonces, que era hora de que se marchasen y Holly, que había oído decir que entre los esquimales, en lugar de despedirse con un beso, era corriente frotarse la nariz, preguntó:

—¿Podemos «restregarnos» las narices?

La señorita Bonney dio su consentimiento y todas las niñas se dieron unos vigorosos frotes nariz con nariz, y se dijeron adiós.

—Ahora ya habéis visto esquimales de verdad —sonrió la señorita Bonney a las niñas, mientras salían del edificio. Y luego, señalando al cielo, añadió—: Tenemos tormenta. Viene del norte.

Mientras todas se encaminaban a la orilla del agua, el viento fue acentuándose y las olas se tornaron más fuertes y espumosas. Cuando llegaron al pequeño vapor, el viento rugía furiosamente.

—¡Oh, Dios mío!, que podamos volver con mamá sin que nos pase nada —murmuró Jean, sin poder disimular su miedo.

Pero la señorita Bonney las tranquilizó a todas, diciendo que los vapores hacían su recorrido sin novedad bajo tempestades mucho peores que aquélla.

Pam estuvo contemplando los efectos, hermosos y temibles al mismo tiempo, de la tormenta que encrespaba asombrosamente las aguas. Se estaban aproximando a Sitka, cuando llamó a las demás.

—¡Venid! ¡Mirad allí!

Todas las niñas pegaron la nariz a las ventanillas para mirar hacia las aguas. Dos motoras, unidas por una fuerte cuerda, se aproximaban al muelle de Sitka.

—¡En la de delante van Pete y los demás chicos! —exclamó Pam.

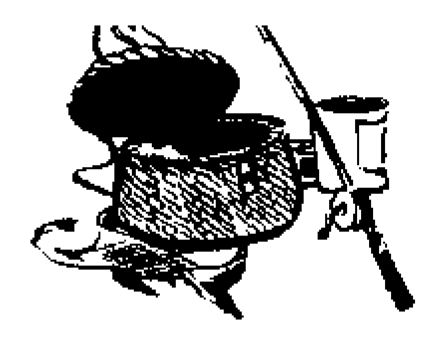
Y Beth gritó:

—¡Y la de detrás es nuestra motora!

La niña india no sabía si reír o llorar de alegría. Al cabo de un rato y entre sonoros hipidos, logró decir:

—¡Ahora podremos participar en el Derby del Salmón!

UN CONCURSO EN TIERRAS DE ALASKA



La señorita Bonney se despidió de las niñas, que corrieron fuera del vaporcillo para ir al muelle en donde los muchachos habían detenido las motoras.

Rossy fue el primero en saltar a tierra, cargado con un enorme salmón. Los chicos explicaron en pocos minutos cuanto les había ocurrido.

—«Oreja» Farley está, seguramente, en la Isla del Zorro —dijo Pete—. Hay que avisar a la policía.

Durante el rato que llevaba allí, Beth había estado contemplando fijamente la motora de los Kindue como si no pudiera creer en la buena suerte que había favorecido a ella y a su familia.

—¡Qué contentos se van a poner papá y mamá! —murmuró.

Antes de ir con su hermana a notificar al jefe de policía Harris todo lo ocurrido aquella mañana, Rossy dijo:

—Beth y yo podremos participar en el Derby del Salmón. La competición empieza mañana a las siete. Me gustaría poder invitaros a todos, pero sólo pueden ir cuatro. ¿Queréis venir vosotros dos, Pete y Pam?

Los dos Hollister mayores, emocionadísimos, dijeron que les entusiasmaría poder participar en el concurso.

—Nos encontraremos en el muelle —dijo Pete.

Los Hollister volvieron al hotel y lo primero que hizo Pete fue ir

a hablar con el señor Carr, para darle las gracias por haberles prestado la motora y los aparejos de pesca; luego le contó que el motor había dejado de funcionar inesperadamente.

—Seguramente estaría obstruido el conducto del combustible. Pero no te preocupes por eso, que mañana yo lo arreglaré en un momento —dijo el amable señor Carr.

Quedó muy sorprendido al enterarse de que los muchachos habían recuperado la motora robada.

—Espero que no tarde la policía en dar caza al ladrón y celebro que esos pequeños indios puedan participar en el Derby.

—Mi hermana Pam y yo iremos con ellos. ¿Podrá usted despertarnos a las seis, señor Carr? A Pam y a mí. No queremos llegar tarde al concurso.

—Todos saldremos a la mar, para pescar el pez más grande. ¡Yo tampoco faltaré! —rió.

A la mañana siguiente, poco después de las seis, la familia entera se despertó a causa de los ruidos y conversaciones que llegaban de la calle.

«Tenía razón el señor Carr», pensó Pete, mientras se vestía a toda prisa.

Cuando sonó el teléfono, a la cabecera de la cama de Pete, éste descolgó en seguida.

—Buenos días —dijo el dueño del hotel—. Espero que estés preparado para pescar un monstruo marino.

—Muchas gracias —repuso, riendo, Pete.

—Ahora mismo telefoneo a tu hermana.

Como ya estaban despiertos, todos los Hollister bajaron a desayunar al comedor del hotel. A las siete menos cuarto, Pete y Pam se despedían de los demás sin poder contener las risas de alegría.

—A ver si encontráis un pez enano para mí —bromeó el tío Russ.

Al llegar a los muelles, Pete y Pam quedaron sin aliento, viendo la actividad y el nerviosismo que reinaba por todas partes. En la orilla, la gente se movía como un enjambre de abejas, y el agua estaba llena de embarcaciones con los motores ya en marcha.

—¡Estamos aquí! —gritó Rossy.

Él y su hermana dieron los buenos días a los Hollister y el chico ordenó:

—Adentro. Estamos preparados para salir.

Docenas de embarcaciones participantes en el Derby permanecían inmóviles en el agua, esperando el silbato que daría la señal de partida.

—¡Esto es tan emocionante que siento escalofríos! —confesó Pam.

En cuanto sonaron las campanadas de las siete, se oyó un potente silbato, rugieron los motores de las barcas y la flotilla de alegres colores se diseminó hacia el norte y el sur. Algunas motoras marcharon hacia la bahía de Plata, otras, incluyendo la de Rossy, avanzaron en dirección norte, hacia la vieja Sitka.

Unas cuantas barcas, más potentes que la motora de dieciocho caballos de fuerza de los Kindue, pasaron y dejaron atrás a los cuatro jóvenes pescadores. Otras muchas embarcaciones se quedaron atrás.

Mientras Rossy se ocupaba del timón, Pete preparó las carnadas y las puso en los anzuelos. Estaba atando un trozo de arenque congelado a la caña de Beth, cuando ésta exclamó:

—¡Mirad! ¡Son marsopas!

—¡Eso da buena suerte! —rió Rossy.

A poca distancia de su embarcación, los relucientes animales, entraban y salían del agua, dando rítmicos saltitos.

—¡Que sea cierto lo que dices, Rossy! —deseó Pete.

Los Hollister habían visto marsopas en Florida, pero ignoraban que los graciosos mamíferos viviesen también en zonas tan septentrionales y así se lo dijeron a sus amigos.



—Ya lo creo —aseguró Beth—. Y en primavera, en la caleta de Sitka, se ven muchos cachalotes y, a veces, ballenas grandísimas.

—Y focas y leones de mar —añadió Rossy.

Mientras la motora se aproximaba al lugar elegido para la pesca, los Hollister y sus amigos hablaron de las diferentes clases de salmón que podían pescarse.

—El premio se lo llevará el ejemplar más grande de salmón rey o chimook —explicó Beth.

—¿Hay muchas clases?

—Sí —dijo Rossy. Había otras cuatro variedades: el salmón giboso o rosado, el salmón chum o perruno, el cohoe o salmón plateado, y el salmón de lomo azul, que también se llamaba salmón rojo.

Pete sonrió divertido y, mientras miraba al fondo de las aguas, exclamó burlón:

—Le rogamos, señor salmón chimook, que tenga la bondad de picar el anzuelo.

Ya todas las barcas se fueron separando en abanico y Rossy no tardó en reducir la marcha de la suya; en seguida se echaron a las frías aguas los anzuelos con el cebo.

—Dejad flojo el hilo —dijo Rossy a los Hollister—. De ese modo, si pica un pez gordo, no se romperán las cañas.

Pronto llegaron al paraje en donde el día anterior consiguieran el hermoso salmón que picó el cebo de Teddy. Mientras Rossy llevaba la motora a cien metros de distancia de la isla del Zorro,

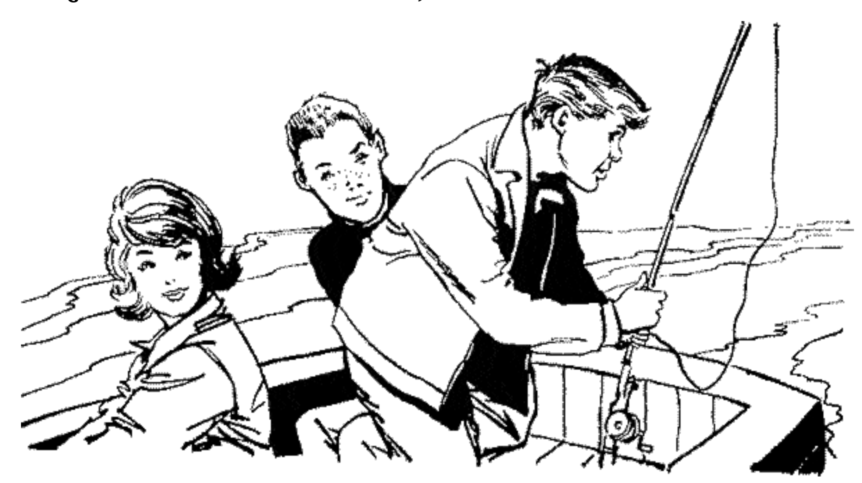
Pam vio que los ocupantes de una barca inmediata estaban levantando su caña con un enorme pez.

—¡Es un salmón estupendo! A ver si nosotros conseguimos uno igual —deseó Rossy.

Pam no sabía qué era lo que más le gustaba, si la emoción del concurso, o la belleza del paisaje. Miró hacia la isla con su bosquecillo de cedros en donde un árbol gigante se había caído y hundía sus ramas en el agua. Y entonces recordó a «Oreja» Farley. ¿Le habrían detenido ya?

Pero, un momento después, la niña se olvidaba del ladrón, distraída con la aparición de unos patitos que chapoteaban en las aguas.

—¿Cómo los llamáis vosotros, Beth?



La niña india contestó que les daban el nombre de dovekies, y que eran aves pacíficas que buceaban en las aguas, buscando algún pececito. En aquel momento, los cinco animalitos desaparecieron y al mismo tiempo Pam notó una sacudida en su caña.

—¡Han picado en tu anzuelo! —exclamó Rossy—. Da un tirón de la caña.

Pam siguió las instrucciones del chico. La caña vibraba visiblemente, mientras el pez batallaba por escapar.

—¡Ten la caña en alto! —indicó Beth.

El pez se balanceaba de un lado para otro, mientras Pam hacía girar el carrete y un momento después se veía resplandecer un

cuerpo azulado junto a la embarcación. Rossy metió la red en el agua y en seguida hizo saber:

—¡Fíjate, Pam, lo has atrapado por la cola!

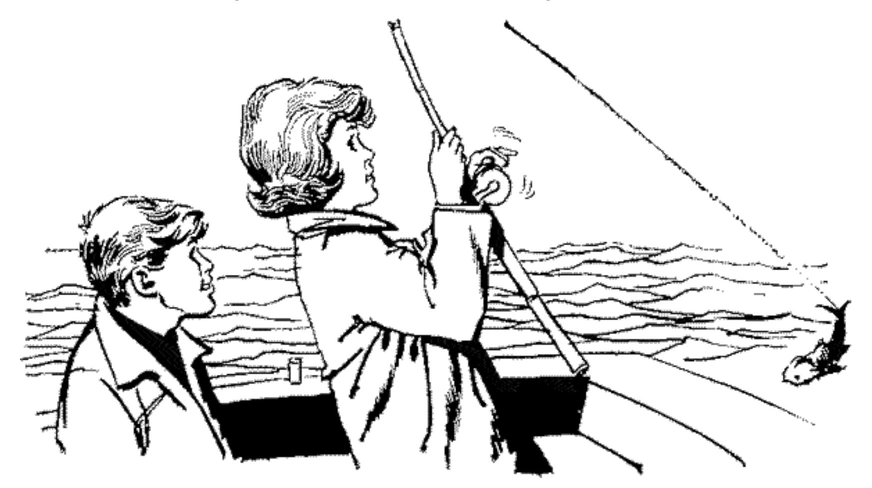
Ninguno de los niños había visto nunca una cosa igual. El anzuelo se había clavado en la cola del hermoso pez.

—Ahora mucho cuidado, o se nos escapará —advirtió Rossy.

Pero, por suerte, con un rápido movimiento, lo apresó en la red y lo echó en el interior de la barca.

Pam estaba tan emocionada que le temblaban las manos.

—¿Será el que gane el concurso? —preguntó.



—No, Pam —rió Rossy—. Pero es un buen pez, como principio. Debe de pesar doce kilos.

Mientras Pete libraba al salmón del anzuelo y ponía en éste nuevo cebo, los pescadores continuaron atentos a los movimientos de sus cañas, y se entretenían charlando. Rossy señaló un lugar situado entre dos islas distantes y contó a sus amigos que el buque ruso «Neva» se había hundido allí en 1780.

—¡Zambomba! ¿En mil sete…? ¡Uff!

La caña había estado a punto de resbalar de sus manos y el roce resultó tan fuerte que sintió una fuerte picazón en las palmas.

—¡Sujeta fuerte! —gritó Rossy.

El chico había detenido la motora y corrió junto a su amigo.

—¡Tiene que ser, por lo menos, una cría de ballena o un salmón gigante! —declaró—. Ten mucho cuidado ahora, Pete.

Varias embarcaciones se habían detenido a contemplar la lucha que sostenía Pete y el pez, todavía invisible. El pez saltaba de un lado a otro, daba brincos hacia la superficie y tirones hacia el fondo del mar.

Mientras pasaban los minutos, los brazos de Pete iban sintiendo un enorme cansancio y sus dedos empezaron a entumecerse. Pero nadie podía ayudarle a capturar su presa, porque las reglas del Derby lo prohibían.

Sin cesar de hacer girar el carrete, Pete sonrió, comentando:

—Este animalito debe de pesar más de media tonelada.

Al fin brilló algo plateado a cinco metros de la motora.

—¡Es un salmón rey! —exclamó Rossy—. ¡Y muy grande! Sujeta fuerte, Pete.

Con un esfuerzo supremo, el pez consiguió situarse debajo de la barca, pero Pete siguió sosteniendo con fuerza la caña. La poderosa cola del pez dio unas cuantas sacudidas, mientras el salmón iba subiendo a la superficie, gracias al trabajo de Pete. Rossy se aproximó y metió la red en el agua.

¡Plum! El gigantesco pez cayó al fondo de la barca, donde quedó aleteando.

Pam se estremeció de miedo y de asombro.

—¿Creéis que nos morderá?

—Nada de eso —dijo tranquilizador Rossy, apresurándose a golpear al gigantesco pez.

Pete se sentó y dejó caer los brazos sobre las rodillas.

—¿Cuánto te parece que pesa, Rossy?

—Más de treinta kilos.

—Entonces, ¿puede ganar el premio? —preguntó Pam con ojos resplandecientes.

Los dos hermanos indios contestaron que sí, muy sonrientes. Los dos estaban muy contentos de que Pete hubiera sabido actuar tan bien.

—Creo que debemos llevar este salmón a Sitka, antes de seguir pescando. Ocupa demasiado sitio en la motora —opinó Rossy.

Cuando se aproximaron al muelle, Pam propuso:

—Ya que estamos aquí, podemos ir a preguntar qué ha pasado con Farley.

Los demás asintieron, porque todos estaban deseando saber lo que había sido del ladrón.

En cuanto amarraron, lo primero que hizo Pete fue ir a pesar su salmón. El encargado de tomar nota de los pesos de cada pieza obtenida por los concursantes arqueó las cejas, perplejo, viendo que la aguja de la balanza marcaba treinta y seis kilos.

—Éste puede que sea el salmón más grande del día —sonrió—. ¿Vais a seguir probando suerte?

—Claro que sí —dijo inmediatamente Rossy—. Dentro de un rato.

Dejando el salmón de Pete al empleado, los cuatro niños se encaminaron al cuartelillo de policía. Antes de llegar allí se encontraron con tío Russ, quien, al enterarse de la enorme pieza que habían pescado, dejó escapar un prolongado silbido.

—Voy a hacer unos apuntes sobre todo eso que me contáis y espero conseguir una historieta atractiva, basada en el Derby del Salmón.

Pam dijo a su tío a dónde iban en aquel momento y tío Russ declaró:

—Quisiera ser yo mismo quien capturase a ese bribón.

Al llegar al cuartelillo encontraron al jefe Harris de guardia. Después de saludarles, el policía Harris dijo:

—Parece que un sexto sentido os ha inducido a venir aquí. Hasta hace diez minutos no teníamos ni una pista sobre «Oreja» Farley. Pero, al fin, uno de mis hombres ha dado con una pista.

—¿Y ya saben ahora dónde está ese hombre? —preguntó Pete, sin poder contener su nerviosismo.

—Con exactitud, no. Pero un pescador ha explicado al oficial que llevó en su barca a un hombre que encontró en la isla del Zorro y le dejó en tierra firme, a varios kilómetros de Sitka. El desconocido le había dicho que le habían robado su motora.

—Claro. Se la robamos nosotros —rió Pete—. ¿Y ese hombre tenía la misma descripción que Farley?

—Desde luego. Ahora mismo se saldrá en su busca. Si averiguamos dónde está con exactitud, mandare dar una batida para capturarle. ¿Queréis participar en la búsqueda?

—¿Que si quiero? —exclamó Pete—. ¿Cómo irán? ¿En una

motora?

—No. En avión.

El jefe de policía Harris telefoneó a un piloto que le ayudaba con frecuencia a resolver ciertos casos y quedó en encontrarse con él en el muelle de aviones anfibios dentro de diez minutos.

—Pero el aparato no tiene más que un motor y sólo cinco plazas —objetó el oficial.

Rossy dijo en seguida:

—De todos modos, Beth y yo no podemos ir. Tenemos que volver a pescar.

El niño indio y su hermana se despidieron y corrieron a su motora. Tío Russ telefoneó al hotel para dejar recado al resto de la familia de a dónde iban él, Pete y Pam. En seguida, los tres Hollister y el jefe de policía Harris corrieron al muelle.

Por el camino, Harris explicó:

—Cuando ese pescador recogió a Farley, éste llevaba un gran paquete, algo así como un tronco, envuelto en harpillera.

Pete y Pam se miraron con inquietud. ¿Sería el tótem desaparecido lo que Farley llevaba envuelto? El pensar aquello hizo latir apresuradamente el corazón de los dos hermanos.

En voz alta, Pam dijo muy seria:

—Tenemos que encontrar a «Oreja» Farley.

Cuando llegaron al muelle, el policía Harris presentó a los Hollister al piloto, un joven que se llamaba Randy. Randy ya tenía en funcionamiento el motor del aparato y estaba dispuesto para emprender el vuelo. Los cuatro pasajeros subieron al avión.

Randy pilotó el avión anfibio a lo largo de las aguas del canal, hasta llegar a una zona libre de barcas de pesca; entonces despegaron, y volaron sobre las copas de los árboles, muy cerca de la orilla.

Quince minutos más tarde, el jefe de policía decía con voz tensa:

—Estamos llegando al lugar donde el pescador dejó a Farley.

El corazón de los hermanos Hollister latía apresuradamente.

LA CABEZA DE CUERVO



Mientras el piloto conducía el avión a muy poca altura, Pam gritó de repente:

—¡Allí está!

En una pequeña ensenada se había visto aparecer a un hombre un instante.

—¡Oh! Ha desaparecido entre los árboles —se lamentó Pam.

Randy condujo al avión por un extremo y otro de aquel paraje, pero ya no lograron ver a nadie en el espeso bosque que como una ininterrumpida alfombra cubría la falda de la montaña, desde la cumbre nevada, hasta el pie acariciado por las aguas.

—Será mejor que aterricemos —dijo el policía—. Si ese hombre no es Farley, hablaremos con él. Si es Farley, lo más seguro es que huya. Entonces enviaré hombres a que den una batida.

El piloto hizo descender al avión hasta detenerlo en la orilla. Nadie acudió a verles. El policía dio grandes voces, diciendo que deseaban hablar con el hombre que habían visto desde arriba, unos minutos antes, pero el hombre siguió sin aparecer.

—Debía de ser Farley —opinó Pam—. ¿No ven aquello de allí?

Al pie de un árbol de inclinado ramaje había un rebujo de harpillera.

—Tienes razón —concordó el policía—. Esto era el envoltorio de lo que Farley llevaba cuando le recogió el pescador.

—Seguro que era el tótem misterioso. Tenemos que encontrarlo —dijo Pam.

—Empezaremos a buscar en cuanto yo haya comunicado con el cuartelillo.

Randy cogió el micrófono y transmitió el mensaje necesario para rodear al fugitivo.

—Saldrá inmediatamente un grupo en una motora rápida, jefe —informó Randy.

Llevó el avión hasta un gigantesco tronco que se internaba en el agua desde la playa. Pete, Pam, tío Russ y el policía salieron del avión. Randy se quedó a esperar que volvieran.

—Aquí veo huellas de ese hombre —dijo tío Russ, señalando un camino en donde se veían con claridad huellas de pisadas en la vegetación.

Siguiendo aquella pista, los cuatro ascendieron por un montículo rocoso. Continuamente se veía la profunda hendidura dejada por un objeto pesado que había sido arrastrado por el suelo. Hubo un momento en que Pam vio algo que le hizo ahogar la respiración. Adheridos a los picachos de las rocas había varios minúsculos pedacitos de madera.

—¡Farley se lleva el tótem consigo! —adivinó Pete.

—No habría dejado una pista más clara ni llevando un tractor —dijo tío Russ con voz de enfado, mientras seguía avanzando.



Al cabo de un rato el jefe de policía ya jadeaba y tío Russ se enjugaba la frente con un pañuelo. Pete y Pam corrieron delante de los hombres, aunque prometieron tener mucha precaución.

Cuando llegaron a un trecho lleno de raíces y musgos, donde un árbol caído bloqueaba el paso, Pete tendió la mano a su hermana; pero la niña, que sudaba a causa del esfuerzo, tenía las manos húmedas y resbaló de la mano de Pete.

—¡Oooh! —gritó, al caer hacia atrás.

Su pierna izquierda quedó enzarzada entre las raíces y el roído tronco del árbol. Pete corrió junto a ella.

—¿Estás bien, Pam?

—Pues… creo que sí —repuso la niña, mientras sacaba la pierna de aquella molesta trampa.

—¿Te has hecho daño?

—Un poco —dijo Pam, mientras echaba a andar, cojeando—. Creo que puedo seguir adelante, Pete.

Con el retraso de la caída de Pam, tío Russ y el policía les dieron alcance.

—Podemos dar gracias a Dios de que no te hayas roto una pierna —dijo el jefe de policía, examinando la magullada pierna de Pam—. Farley no debe de estar demasiado lejos.

Valientemente, Pam siguió adelante, ayudada por su hermano en las zonas más difíciles. La ladera iba resultando cada vez más escarpada. Pete pensó que si era por allí por donde huía, Farley debía de estar ya muy fatigado. Apretando el paso, el muchacho atravesó una extensión de muchos matorrales y de pronto, dio un tropezón en lo que le pareció que era un tronco. Pero, incluso a la grisácea claridad del bosque, cuyo arbolado impedía el paso del sol, Pete pudo distinguir unos alegres colores en el tronco.

—¡Un tótem! —gritó—. ¡Lo hemos encontrado, Pam!

La niña, que se acercó renqueando, dijo en seguida con voz lastimera:

—¡Mira, Pete, no es más que la mitad del tótem!

El policía y tío Russ comprobaron que era cierto lo que Pam afirmaba; no era más que la parte inferior de un tótem, cuya madera carcomida había acabado partiéndose.

—¡Dios mío! Si ésta es la mitad del tótem que buscamos, la parte

superior debe de ser la que contiene el tesoro —reflexionó Pam—. Si no, Farley no se habría dejado aquí esta parte.

Un rápido examen de las figuras esculpidas en la madera puso de manifiesto que, efectivamente, aquél era el tótem misterioso, pero allí no había ninguna cavidad secreta, ni mensaje de ninguna clase.

El pensar que podían encontrar la solución a poca distancia de donde se encontraban dio a Pete nuevas fuerzas. Sus cansadas piernas parecieron recibir una inyección de vigor y el muchachito continuó su avance.

De pronto se detuvo unos instantes para escuchar. Al poco anunciaba a voces:

—¡He oído a Farley! ¡No está lejos!

Tío Russ, que estaba inmediatamente detrás de Pete, en unos cuantos saltos se unió al chico y juntos siguieron avanzando.

—¡Allí! ¡Allí le veo ahora! —anunció tío Russ—. ¡Deténgase! ¡Entréguese a la ley!

Pete y su tío treparon por una peña y pudieron ver a Farley algo más arriba, en pie y con un corto tronco sostenido en alto sobre su cabeza.

—¡El tótem del cuervo!

—¡Sí! El tótem. ¡Si tanto lo deseas, ahí lo tienes! —dijo una voz débil y lastimera.

Y en aquel momento, Farley arrojó el pedazo de tronco contra sus perseguidores. Pete y su tío se hicieron a un lado y lograron esquivar el proyectil. La cabeza de cuervo se golpeó contra un árbol situado a su espalda.

Mientras Pete corría a recoger el pedazo de tótem, el ladrón dio media vuelta y continuó la huida, a toda velocidad. Esta vez fue el jefe de policía quien le advirtió que debía entregarse, pero el otro no le hizo el menor caso.

—Aquí está lo que faltaba del tótem, Pam —dijo Pete cuando la niña llegó junto a él.

—¡Qué suerte! Confío en que dentro encontremos el tesoro.

A pesar de que había permanecido muchos años escondido, la cabeza de cuervo del tótem estaba aún en bastante buen estado. Pete lo examinó por todas partes y miró interesado un agujero que

descubrió en la parte posterior de la cabeza.

—¿Es aquí donde guardaban las cenizas de los muertos? —preguntó al jefe de policía.

—Sí —asintió Harris, introduciendo con cautela la mano por la abertura.

—¿Hay… hay algo… dentro? —preguntó Pete, trémulo de emoción.

—No. Está vacío el agujero —repuso el policía, sacando la mano, mientras Pete suspiraba desilusionado—. Farley se ha apoderado ya del mensaje relativo al tesoro, o de lo que quiera que hubiera aquí dentro.

—Entonces… ¡hay que atrapar a Farley! —dijo con voz firme Pam.

Sin dudar un momento, Pete buscó algunos brotes resistentes adonde cogerse y empezó a trepar a toda prisa, declarando:

—Yo lo atraparé.

Los demás corrieron tras el muchacho, pero ya Pete había desaparecido de su vista. El chico estaba seguro de que ahora avanzaba mucho más de prisa que Farley; sin embargo, no podía ver todavía al fugitivo.

Pasados, diez minutos, Pete se detuvo a escuchar. En el espeso bosque no se oía ahora más sonido que el grito de un águila que volaba muy baja. «¿Dónde estarán los demás?», pensó Pete.



Se llevó dos dedos a los labios y prorrumpió en un estridente

silbido. Pero no obtuvo respuesta.

—¡Pam! ¡Tío Russ! —gritó.

Pero la densa arboleda menguaba el sonido de sus voces.

Pete se sentó en el tronco de un árbol y miró a su alrededor, un poco intranquilo.

«¡Zambomba, me he perdido!», pensó.

Mientras el muchachito reflexionaba, preguntándose si convenía que siguiese buscando al ladrón, o si era preferible que procurase reunirse con Pam y los otros, su hermana, tío Russ y el policía se dieron cuenta de que el chico había desaparecido.

Pronunciaron varias veces el nombre dé Pete, pero nadie les contestó. Lo primero que pensó Pam, con terror, fue que Farley había apresado a su querido hermano. Pero el tío la tranquilizó, diciendo que no era probable.

—Yo creo que ese desgraciado procura alejarse lo más posible y a toda velocidad.

—¿Lleva alguna brújula Pete? —preguntó el policía.

—No.

—Pues lo más fácil es que se haya perdido. Pero no hay que apurarse. En cuanto lleguen mis hombres para hacer la redada, le encontrarán.

En aquel momento oyeron voces en la parte baja de la ladera.

—¡A lo mejor es que Pete ya se ha encontrado con sus hombres! —exclamó Pam, esperanzada—. ¡Pete! ¡Pete!

Pero los gritos que le respondieron no fueron los de su hermano. Ante el asombro de todos, el grupo que ahora llegaba estaba constituido por la señora Hollister, tía Marge y los otros cinco niños Hollister.

—Por aquí, Marge —gritó tío Russ, indicando el camino mientras él y Pam corrían al encuentro del resto de la familia.

Ricky corría con Jean y Teddy, mientras que Holly iba quedando rezagada, porque ayudaba a subir a la chiquitina Sue.

—¿Cómo habéis llegado aquí? —preguntó tío Russ, sin entender nada.

Tía Marge explicó que, al recibir el recado que él diera en el hotel, ella y la señora Hollister fueron a la policía para saber qué ocurría. En aquellos momentos se preparaba para salir el grupo que

iba a dar la batida y les invitaron a acompañarles.

—Venimos siguiendo vuestra pista —dijo la señora Hollister—. ¿Habéis encontrado a Farley?

—No. Ha logrado escaparse —dijo tío Russ.

Y Pam, que cada vez estaba más angustiada pensando en su hermano, murmuró:

—Pete se ha perdido.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó la señora Hollister, poniéndose muy nerviosa—. Hay muchos osos en esta región. ¡Quiera Dios que Pete no tropiece con uno…!

El jefe Harris dijo que se ocuparía inmediatamente de buscar a Pete y luego hizo preguntas sobre los hombres que acababan de llegar con los Hollister. La señora Hollister repuso que los policías se habían desplegado en abanico al pie de la montaña y que irían ascendiendo desde diversos puntos de la montaña, creyendo que de ese modo rodearían a Farley.

—Randy ha sido quien nos ha enseñado el camino que vosotros seguisteis —dijo Jean.

De pronto Holly se fijó en la cabeza de cuervo que tío Russ llevaba en sus brazos. Todos los niños se sintieron nerviosos y entusiasmados, mientras se contaba la historia del tótem y su aparición en dos pedazos.

Los Hollister continuaron adelante hasta llegar a un pequeño claro del bosque. Allí resolvieron que las dos mujeres se quedarían con Sue y Holly, y que Jean, Teddy y Ricky seguirían con los mayores la búsqueda de Pete.

—¿Podemos jugar Sue y yo con la cabeza de cuervo? —preguntó Holly.

—Sí —contestó tío Russ—. Cuidadla hasta que volvamos. Y no os mováis de este sitio.

Los demás consideraron que lo mejor era dividirse, formando una amplia línea, pero quedando cada uno al alcance de oído de los demás. Ricky se situó en el extremo de la izquierda, el siguiente era tío Russ, luego Pam, Jean, Teddy y el último el jefe de policía Harris, que quedó a la derecha.

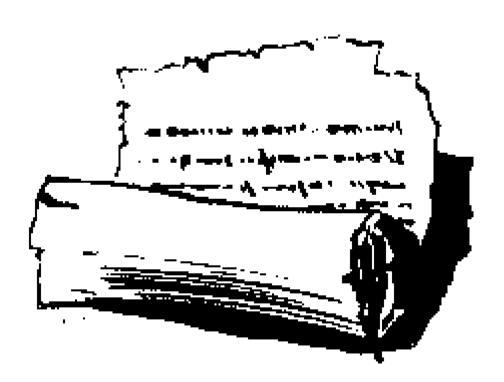
—En caso de que aparezca algún oso, griten con todas sus fuerzas —advirtió el policía—. A veces, sólo los gritos bastan para

asustar a las fieras.

Los exploradores avanzaron, mirando a izquierda y derecha y pronunciando continuamente y a voces, el nombre de Pete. Cuando llegaron a lo alto de la escarpada loma, los niños estaban casi completamente roncos de tanto gritar. Ricky sé disponía a dar un silbido penetrante cuando sus ojos se fijaron en algo reluciente que había junto a un grupo de helechos. El pecosillo se agachó para recoger una piedrecilla redondeada.

—¡Que venga todo el mundo! —vociferó—. ¡Creo que he encontrado una pista de Pete!

FRENTE A FRENTE CON UN OSO



—Esta piedra se le ha debido de caer a Pete —dijo Ricky muy nervioso, haciendo saltar una y otra vez la piedrecilla en la palma de su mano—. Es igual a las que encontramos en el glaciar.

—Es verdad —concordó Pam—. Si encontramos más, podremos saber la dirección que ha tomado Pete.

Todos se pusieron a buscar por aquella zona y Teddy encontró otra piedrecilla igual a la que vio Ricky. La tercera la encontró el jefe de policía.

—Ya vamos adelantando algo —dijo ya contento, el policía. Y mientras se atusaba sus retorcidos bigotes y miraba con los ojos entornados a la lejanía, comentó—: Esto demuestra que Pete al llegar aquí ha tomado dirección norte.

Esta deducción resultó acertada, pues cuando el grupo se desvió a la izquierda, empezaron a aparecer más piedras blancas y redondeadas. Continuaron gritando sin cesar y, al fin, pudieron oír un hilillo de voz que llegaba desde los árboles, por la zona oeste.

—¡Pam! ¡Tío Russ!

—¡Estamos aquí, Pete! —repuso inmediatamente Pam.

—¡Sigue donde estás! —ordenó tío Russ—. ¡Nosotros llegaremos en seguida!

Y todos los buscadores de Pete siguieron subiendo en la

dirección de donde llegaban los gritos del muchacho. Cuando llegaron junto a él, le encontraron apoyado en el tronco de un árbol, casi totalmente agotado. Pero aún logró sonreír y exclamar:



—¡Zambomba! Creí que no iba a salir nunca de estos bosques. —En seguida volvió a ponerse serio y dijo con voz quejosa—: Creo que Farley se ha escapado.

—Dejaremos que le atrapen mis hombres —dijo el policía—. Vamos. Tu madre está esperando.

Y el policía explicó a Pete dónde habían quedado las señoras cuidando de las dos pequeñas.

Pronto llegaron a donde estaban éstas y todas se mostraron muy alegres al ver a Pete sano y salvo.

Y cuando todos estaban más contentos, Sue cogió la mano de Pam y lo más silenciosamente que se lo permitió su vocecilla chillona, dijo a su hermana:

—El pobrecito cuervo se ha hecho daño.

La negra madera esculpida era demasiado pesada para la pequeña que no pudo levantarla en alto y hubo de empujarla hacia Pam.

—¿Lo ves? ¡Se le está cayendo la «nariz»!

Pam cogió la madera y la sonrisa se borró de sus labios cuando al tocar el pico del pájaro notó que estaba casi desprendido. Por un momento quedó silenciosa y perpleja. Luego exclamó muy excitada:

—¡Mirad! ¡Mirad todos!

Dando suaves tirones del pico hacia adentro y hacia afuera, acabó sacándolo de donde estaba encajado.

—¡Canastos! —gritó Ricky al ver el pico suelto en la mano de Pam.

¡Debajo de la cabeza del cuervo había un gran orificio!

Sin atreverse a decir qué era lo que esperaba encontrar allí, Pam metió su mano en el agujero. Rozó algo que crujía y al momento sacó la mano sosteniendo un pliegue de pergamino.

—¡Lo has conseguido, Pam! —exclamó Pete—. ¡Has encontrado el secreto!

Con dedos temblorosos, Pam desdobló el pergamino.

—¡Por todos los salmones de Alaska! —mascullo con incredulidad el jefe de policía—. Pero ¡si es un mapa!

Y tanto el policía como toaos los demás se aproximaron a Pam para poder ver mejor. Sobre el papel había diversos trazos confusos y en el extremo de una de las líneas sobresalía una gran X negra.

—¿Qué opina usted que es esto, señor Harris? —preguntó tío Russ.

—A mí me parece que se trata de una mina. Fíjese bien. Esto deben de ser los túneles y pasadizos.



Mientras los mayores trataban de aquel asunto con todo interés, la chiquitina Sue, cansada de estar de puntillas y no poder ver ni entender nada de lo que ocurría, se inclinó a contemplar la cabeza del cuervo, desprovista ahora de pico. Sue se lo llevó arrastrando,

hasta un rincón, dedicándole ternezas:

—¡Pobrecito mío! ¡Pobre cuervo «percioso»! No llores nada. Yo te «poneré» la nariz para que estés curado otra vez.

Cuando la pequeña se disponía a sentarse sobre unos musgos, oyó ruido entre los árboles y se volvió a mirar. Haciendo crujir cuanto quedaba bajo sus poderosas zarpas, un gigantesco oso pardo avanzaba a toda prisa. ¡Y Sue quedaba en pleno camino de la terrible fiera!

—¡Qué miedo! ¡Venid! —chilló la pobrecilla, viendo avanzar hacia ella al horrible oso.

Instantáneamente, Pam corrió junto a su hermana, la cogió en brazos y se apartó a toda prisa del camino que seguía el oso.

El animal continuó su avance en línea recta. Pero al llegar a los musgos en donde acababa de estar Sue, se detuvo y se irguió, apoyándose únicamente en sus patas traseras.

—¡Gritad! ¡Hay que producir alboroto! ¡Que todo el mundo haga cuanto ruido le sea posible! —ordenó el policía Harris.

Saliendo del momentáneo pánico que les había tenido mudos, todos se dedicaron a producir un enloquecedor estrépito. El enorme oso dio un paso al frente y sus ojos relucientes miraron al grupo que se desgañitaba gritando… Y al fin, asustado ante aquella barahúnda, bajó al suelo sus patas delanteras, dio media vuelta y desapareció en el bosque.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó la señora Hollister, que luego alabó a Pam por lo valiente que había sido, corriendo a salvar a su hermanita—. Bueno. Y ahora ya habéis visto lo que es el oso pardo de que tanto hablan las gentes de Alaska.



Una inesperada risilla contenida acabó con la tensión que dominaba a todos. Sue, con una mano extendida y riendo alegremente, señalaba a su tío y todos se fijaron, entonces, en que el dibujante estaba con un papel y un lápiz en la mano. Mientras todos los demás gritaban para alejar a la fiera, Russ Hollister había hecho un boceto del animal.

El jefe de policía le estrechó la mano, diciendo con admiración:

—¡Es usted un hombre valiente!

Cuando Pete preguntó al policía por qué no había disparado contra el oso, el jefe Harris explicó que el herir a la fiera con bala de poco calibre como eran las de su pistola, sólo habría servido para enfurecer al animal, que posiblemente les habría atacado.

—¿Tú crees que estaría hambriento, papá? —inquirió Jean.

El padre se echó a reír, contestando:

—El oso no sé, pero yo sí estoy hambriento. Lo mejor será que volvamos a Sitka —opinó, después de comprobar la hora en su reloj.

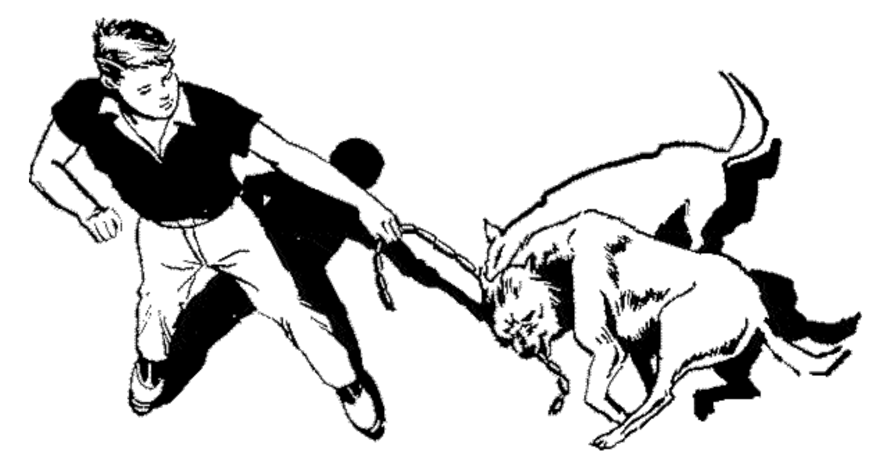
—Podríamos enseñar este mapa al señor Gallagher —dijo Pete —. A lo mejor él sabe descifrarlo.

El jefe Harris les acompañó hasta la orilla del agua, diciendo que él esperaría a encontrarse con sus hombres. Como los Hollister eran tantos, propuso que Randy les llevase a Sitka en dos turnos.

La señora Hollister, tía Marge y las niñas salieron primero. Poco

después, el piloto volvió a recoger a tío Russ y los chicos, quienes se llevaron en el avión los dos trozos de tótem.

De nuevo en el hotel, todos los Hollister paladearon con gran apetito la sabrosa comida. Sue estaba tan cansada que la señora Hollister la llevó a la habitación y se quedó con ella para que la niña hiciese la siesta, mientras los otros iban a enseñar el mapa al señor Gallagher.



Encontraron al viejecito tomando el sol en un banco de la Casa de los Pioneros. Cuando le contaron lo que había sucedido, el señor Gallagher sacó del bolsillo unas gafas con montura de oro y se las ajustó sobre el puente de la nariz. Luego, estudió el mapa durante unos minutos.

—Díganos qué es —pidió Pam.

—La vieja mina de Juneau.

—¿La que está en la falda de la colina? —preguntó Teddy.

—Sí. Yo trabajé allí hace tiempo.

—¿Y qué cree usted que quiere decir esa X? —insistió Pam.

El viejo explorador sonrió.

—Pues yo diría que hay algo escondido en este lugar.

Ricky se puso mohíno y murmuró:

—Entonces, no podremos ir a buscarlo. No dejan entrar en la mina.

Pero tía Marge le tranquilizó, diciendo que tal vez se pudiera solicitar un permiso especial. Al oír aquello, Pete propuso:

—¿Y por qué no tomamos hoy mismo el último avión que salga

para Juneau? A lo mejor mañana podremos entrar en la mina.

Todos regresaron rápidamente al hotel, menos Pam y Jean que fueron a casa de los Kindue para despedirse.

—Dígales a Rossy y a Beth —pidió Pam a la señora Kindue— que deseamos que pesquen un pez todavía más grande que el que ha conseguido hoy Pete.

—Muchas gracias, nenas —contestó la mujer india—. ¿Sabéis que hasta el momento, el vuestro es el salmón más grande que se ha pescado?

Muy contentas con la noticia, las dos primas regresaron al hotel para decírselo a Pete. Para entonces ya se había despertado Sue y lo primero que preguntó fue si ya habían atrapado al «hombre malo».

—Todavía no sabemos nada —contestó la madre.

Tío Russ había reservado billetes para el avión y los Hollister se dirigieron al muelle. Minutos más tarde, el avión anfibio que llegaba desde Juneau, avanzó sobre las aguas, para ir a detenerse en el embarcadero.

Todos subieron a bordo y el aparato volvió a salir para Juneau; ascendió lentamente, sobrepasó las cumbres de las montañas que bordeaban Sitka y luego, describiendo una línea inclinada, avanzó directamente a Juneau.

—¡Canastos! —gritó alegremente Ricky—. Esto es igual que ir en un tobogán, pero sin tocar el suelo.

Fueron quedando atrás las cumbres nevadas y empezaron a aparecer verdes bosques. En frente se veía Juneau por la parte opuesta al canal de Gastineau. El piloto redujo la velocidad de los motores y fue avanzando sobre un valle de forma triangular, hasta ir a detenerse suavemente sobre las aguas.

Los Hollister fueron directamente al hotel, desde donde tío Russ telefoneó a la compañía minera.

—Si hicieran ustedes esta excepción, por una sola vez, podríamos solucionar un gran misterio —dijo tío Russ a un empleado.

Hubo una pausa. Luego el dibujante volvió a decir:

—Gracias. Sí. Agradeceremos mucho contar con un guía experto. Nos reuniremos con el señor Judson a las diez.

Cuando tío Russ colgó el auricular, los niños empezaron a dar

saltos y gritos de entusiasmo.

—Me gustaría que estuviésemos ya en mañana —declaró Holly.

Los Hollister pasaron el resto del día paseando por Juneau. A Ricky y Holly les encantaban las escaleras de madera que llevaban a lo alto de la colina por uno y otro lado. En cambio Pam consideraba que lo más bonito de todo eran los pequeños arroyos que bajaban en cascadas por la pared rocosa de la montaña, a espaldas de la ciudad.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, no cesaron los comentarios y exclamaciones. Tío Russ rió, diciendo:

—Creo que estoy tan nervioso como los niños.

A las diez en punto, todos los Hollister, con pantalones toscos y camisas, se reunieron en el vestíbulo del hotel. Al poco apareció un hombrecillo menudo y ágil. Tenía la cara tan arrugada que todos calcularon que ya habría cumplido más de setenta años, pero andaba con el paso firme de un hombre mucho más joven.

Al ver a los niños, el anciano sonrió y sus ojos azules despidieron chispitas cuando hizo un guiño. En seguida se acercó a tío Russ.

—Soy «Dinamita» Judson —dijo, presentándose.

Sin la menor timidez, Sue exclamó:

—¡Qué nombre tan gracioso!

—¡Chist! —ordenó la señora Hollister a la pequeña.

—No tiene importancia —dijo el viejecito, acercándose a acariciar la cabeza de Sue—. Me dieron el apodo de «Dinamita» porque yo era el encargado de poner las mechas y la pólvora para volar las zonas necesarias, en una mina del territorio del Yukón.

A todos los Hollister les pareció una persona muy agradable el señor Judson y Pete preguntó en seguida:

—¿Podemos ir ahora mismo a la mina?

—Primero necesito ver ese mapa —dijo el hombre.

Tío Russ, que se había hecho cargo del pergamino, se lo mostró al anciano. Éste afirmó:

—Efectivamente, ésta es la mina Juneau. Conozco exactamente dónde queda este rincón. Pero…

—¿Qué? —preguntó Pam, al momento.

—Puede resultar peligroso.

—Tendremos mucho cuidado —prometió en seguida Ricky, temeroso de que el señor Judson no quisiera llevarles.

El anciano explicó que la mina estaba llena de rocas movedizas.

—Pero si vamos con prudencia evitaremos que ocurra una desgracia.

Dos taxis llevaron a los improvisados exploradores y el minero por la carretera de la costa sur de Juneau, ascendiendo luego una vertiente, hasta detenerse a la misma entrada de la mina. El señor Judson pidió a los taxistas que les aguardasen fuera y luego sacó una llave del bolsillo. Abrió con ella una enorme verja y entró, seguido de los Hollister.

—Necesitaremos luz —dijo Dinamita.

Se aproximó a una alacena y de su interior sacó linternas para toda la familia.

—Ahora, enciendan las linternas y síganme —indicó—. Pero tengan cuidado de no tocar las paredes de los túneles.

Fueron penetrando más y más en el interior de la montaña. El túnel, que en la entrada era bastante ancho para dar cabida a un camión, cada vez se hacía más estrecho.

El señor Judson se detuvo a examinar el mapa.

—Ahora nos desviaremos a la derecha —dijo.

Los buscadores del tesoro se encontraban ahora en las viejas galerías de la mina. Las paredes estaban muy húmedas y de vez en cuando se veía relucir un tramo de los raíles del transportador de mineral, en donde había caído agua desde el techo.

Sue, cogiéndose fuertemente de la mano de la señora Hollister, declaró:

—Esto es muy horrible, pero me gusta.

—¿Estas paredes son sólidas? —preguntó Ricky.

Y antes de que el señor Judson hubiera tenido tiempo de contestar, el muchacho había apoyado una mano en la roca porosa de la pared. Al instante se desprendieron varias piedrecillas y luego unos pedruscos rebotaron en el suelo. El ruido arrancó miles de ecos en el fantasmal subterráneo.

La voz de Dinamita sonó atemorizada, al gritar:

—¡Cuidado! ¡Apártense!

UNA BOLSA DE PEPITAS DE ORO



Los Hollister se apartaron apresuradamente, en el momento en que un gran pedazo del techo del túnel se desprendía y chocaba en el suelo con estrépito. La galería se llenó de polvareda y todos empezaron a toser y estornudar.

—¡Huy! Per… perdonadme —pidió Ricky, con voz trémula.

—Por tu culpa estoy toda sucia —reprendió Sue a su hermano.

Dinamita dijo que habían tenido suerte porque la imprudencia del niño podía haber dado peores resultados. Luego, enfocó su linterna sobre la roca desprendida y comprobó que, afortunadamente, no era tan grande como para bloquearles, al regreso, la salida.

—De ahora en adelante, tener muchísimo cuidado —advirtió—. El lugar marcado con la X no está lejos de aquí y conviene que lleguemos allí todos enteros.

Enfocando las linternas sobre la oscuridad, el grupo siguió avanzando. Al cabo de un rato, Dinamita se detuvo y señaló a un lado del túnel.

—Éste es el lugar marcado con la X.

En un principio, los buscadores no vieron nada anormal ni interesante en el lugar. Con cuidado de no tocar nada, todos fueron pasando la luz de linterna en torno a las paredes rocosas.

Al poco rato, Pam preguntó:

—¿Qué es esto, señor Judson?

La niña señalaba el extremo de una alcayata clavada en la roca.

—Tienes buena vista —alabó el minero.

Con mucha precaución tocó la alcayata; no se movía. El hombre dio un tirón más fuerte y de pronto, la larga pieza de metal se balanceó. Dinamita tiró más fuerte y cuando el metal estuvo fuera, aproximó la linterna para iluminar la pequeña abertura.

—Puede que en ese túnel haya oro —dijo el viejo—. Veo una pequeña cripta.

Valiéndose de la alcayata para escarbar, Dinamita apartó los pedacitos de roca suelta.

—¿Hay algo dentro? —preguntó Pam, muy nerviosa.

—Sí hay —contestó el minero, intentando meter la mano por el orificio. Pero como el agujero era demasiado pequeño, Dinamita decidió—: Será mejor que utilicemos a uno de los pequeños para este trabajo.

—Yo tengo la mano pequeña —ofreció Holly, en seguida.

—Muy bien. Acércate.

Holly metió la mano en el agujero y sus dedos tocaron una saqueta de cuero, no mucho más grande que su puño. Cuando la sacó, Teddy empezó a dar zapatetas, al tiempo que gritaba:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Lo hemos encontrado! ¡Hemos encontrado el tesoro!

La tira de cuero que cerraba la saqueta estaba corroída por la humedad y resultó muy fácil quitarla. Las linternas de todos los presentes iluminaron el objeto encontrado.

Dinamita dio un sonoro silbido de admiración.

—¡Son pepitas de oro!

—Verdaderamente creo que ése es el tesoro que buscábamos —sonrió tío Russ.

—¡Y es nuestro! —fue lo que opinó en seguida Ricky.

—Puede que alguien tenga puesta una denuncia sobre la desaparición de este oro —objetó tío Russ.

—¿Alguien como Ben Roebuck o Emmet Gallagher? —dijo Jean.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el señor Judson con asombro, mirando fijamente a los Hollister—. Hace años que no oigo hablar de esos hombres. ¡Viejos rastreadores de minas! Creí que habían muerto hace años.

Mientras hacían el camino de regreso a través de los túneles, Pam contó al minero todos los motivos y aventuras de su viaje a Alaska.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Dinamita—. Creo que yo puedo añadir algunos detalles al asunto.

—¡Diga! ¡Diga! —pidió Pete.

El señor Judson explicó que hacía muchos años, un ladrón robó un puñado de pepitas de oro al señor Gallagher. Las había escondido en una mina, pero nadie pudo saber qué mina era, ni en dónde se encontraba.

—Más tarde, el ladrón murió.

—¿Sin haber dicho a nadie su secreto? —quiso saber Pete.

—No. Dio el mapa del escondite a un renegado amigo suyo; éste escondió el mapa en un tótem de la región Haida.

—Entonces, ¡ése era el tótem que encontramos ayer nosotros! —dijo Pete inmediatamente.

—Eso es —repuso Dinamita, que ya guiaba a los Hollister a la puerta por donde se filtraba la luz del día—. Veréis. Después de esconder el mapa, el hombre hizo creer a los indios que aquel tótem daba mala suerte. El jefe de la tribu acabó haciendo desaparecer el tótem, pero no dijo a nadie a dónde lo había llevado.



Tío Russ se echó a reír, diciendo:

—«Oreja» Farley nos hizo un buen favor al encontrar el tótem.

—Sí —concordó la señora Hollister—, pero a mí me gustaría recuperar, también, el dinero y las otras cosas que ese Farley nos quitó.

Cuando llegaron a Juneau, los Hollister dieron las gracias a Dinamita Judson por la ayuda que les había prestado y se despidieron de él. En seguida corrieron a buscar su equipaje para ir a tomar el avión y regresar a Sitka: estaban deseando devolver su tesoro al señor Gallagher.

Llegaron a la antigua capital fundada por los rusos, en ocasión en que las barcas pesqueras iban deteniéndose en el muelle, concluido su segundo día de participación en el Derby. Rossy y Beth vieron salir a los Hollister del avión anfibio y fueron a toda prisa a saludarles.

—¡Pete, tu salmón sigue siendo el más grande de todos los pescados! —anunció Rossy.

Con su simpática sonrisa, Beth dijo muy orgullosa:

—Mi hermano recibió ayer un premio. Pescó el más grande de los salmones plateados y le dieron un carrete precioso para su caña.

—¡Felicidades! —dijeron los Hollister a coro.

—La policía encontró a Farley, que todavía tenía el dinero y las demás cosas que os había quitado —explicó Beth—. Las han enviado ya a vuestra casa de Shoreham.

Todos se alegraron de saber que el ladrón ya no andaba suelto y

no podría causar más perjuicios a nadie.

Entonces se dispusieron a ir a dar al señor Gallagher la buena noticia. Acordaron que fuera Pam quien llevase la saqueta de las pepitas de oro, los Hollister y los dos hermanos indios se pusieron en camino y encontraron al señor Gallagher en el prado de la Casa de los Pioneros. Cuando el viejecito oyó todo lo que los niños le explicaban, apenas podía creerlo.

—¡Mis pepitas de oro! ¡Al cabo de tantos años…! —exclamó muy emocionado—. Las repartiré con vosotros.

—No, no, señor Gallagher.

—No sé cómo daros las gracias.

Mientras hablaba, al viejecito se le habían llenado los ojos de lágrimas que tuvo que enjugarse con el pañuelo. Cuando logró dominar aquellas lágrimas de alegría, preguntó:

—¿Querrían ustedes llevar la mitad de estas pepitas a Ben Roebuck, a Shoreham?

—Lo haremos con mucho gusto —dijo la señora Hollister.

El señor Gallagher contó las relucientes pepitas y las dividió en dos partes iguales, poniendo veinte de ellas en la mano de la señora Hollister.

—¡Y díganle a Ben que se divierta con ellas! —dijo con una cascada risilla.

Después de hacer unos cuantos dibujos rápidos del anciano explorador, tío Russ dijo:

—Ahora tendremos que marcharnos, señor Gallagher.

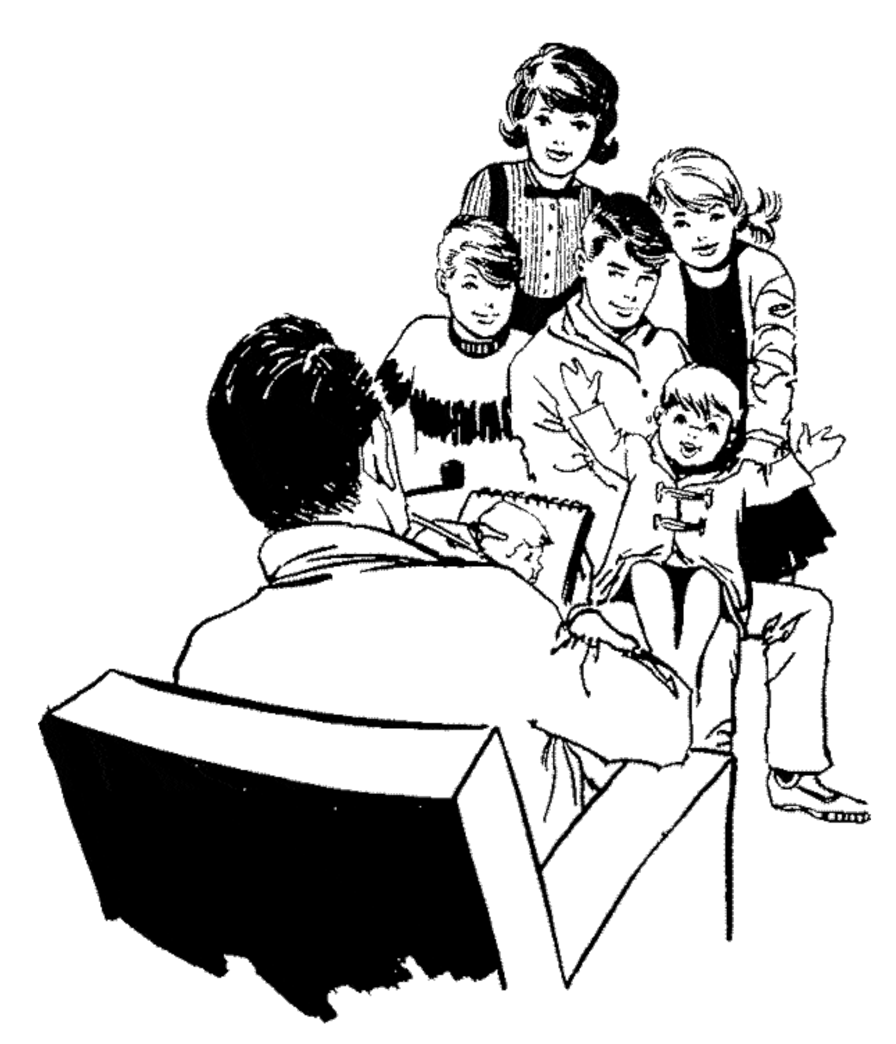
El dibujante explicó que había planeado tomar un avión de Sitka a Ketchikan, en donde encontrarían el avión de la compañía para la que trabajaba.

—Pasaremos la noche en Ketchikan y mañana saldremos para Estados Unidos.

Al oír aquello, Rossy y Beth se pusieron tristes.

—Me habría gustado que os quedaseis aquí más tiempo…, mucho —murmuró la niña india.

—Os escribiremos —prometió Pam.



Los Hollister volvieron a aproximarse al muelle, donde tío Russ estuvo vigilando cómo pasaban los equipajes de un avión a otro.

—¿Y la cabeza de cuervo? —preguntó Teddy.

—Va en mi maleta —repuso su padre—. Es el recuerdo que me llevo de Alaska.

Aterrizando en Ketchikan, los viajeros fueron a ver a los pilotos que habían dejado el gran avión en el aeropuerto de la isla Annette. Los aviadores quedaron sorprendidos al enterarse de las aventuras que habían corrido los niños en el corto tiempo transcurrido desde que se separaron.

Por la mañana, mientras el avión surcaba los aires,

aproximándose más y más a Shoreham, todo los Hollister pensaban con cariño en su casa. De repente, todos prestaron atención al altavoz, por el que estaba hablando el piloto.

—Acabamos de recibir un mensaje especial para Pete Hollister. Atención que lo leo: «Has ganado Derby Salmón Sikaro. ¡Felicidades! Firmado: Rossy».

—¡Zambomba!

—¡Canastos!

—¡Hurra, hurra! ¡Olé!

La señora Hollister se llevó las manos a los oídos, mientras los gritos de los niños sobrepasaban el ronroneo de los motores. Pero al mismo tiempo sonrió, complacida, sintiéndose orgullosa de su hijo.

—¡Lo has ganado, Pete! —gritó Pam, abrazado cariñosamente a su hermano.

—¿Y qué dan de premio? —preguntó Ricky.

Tío Russ era el único que lo sabía y fue quien contestó:

—Una motora de una plaza.

—Se la regalo a los hermanos Kindue —dijo Pete, sin siquiera pararse a pensarlo.

—Eres un muchacho bueno y generoso.

—Son Rossy y Beth quienes se merecen el premio. Sin su ayuda yo no habría pescado ni un salmón enano.

—¿Quieres que demos esa noticia por radio a los Kindue? —preguntó tío Russ.

—Sí, sí. En seguida —contestó Pete.

El dibujante entró en la cabina de mandos y dio instrucciones a Chet para que enviase el mensaje.

Cuando volvió de la cabina y se sentó, tío Russ empezó a hacer varios bocetos con las amables y risueñas caritas de los felices niños Hollister.

—¡Esperad a que contemos a nuestros amigos todo lo que hemos pasado en Alaska! —rió Ricky, haciendo un guiño—. No nos van a creer.

Holly, apoyando la barbilla en la mano, dijo compasiva:

—Pobre Joey Brill. ¡Dios quiera que ya se le hayan curado todos los granos de la hiedra venenosa!

En aquel momento, el aviador volvió a hablar por el altavoz:

—Llega otro mensaje de Rossy y de Beth.

Y un momento después leía:

—Un millón de gracias por motora. Buena suerte a todos. Esperamos tío Russ haya conseguido personajes. ¡Que veamos pronto a los Felices Hollister en historietas cómicas!